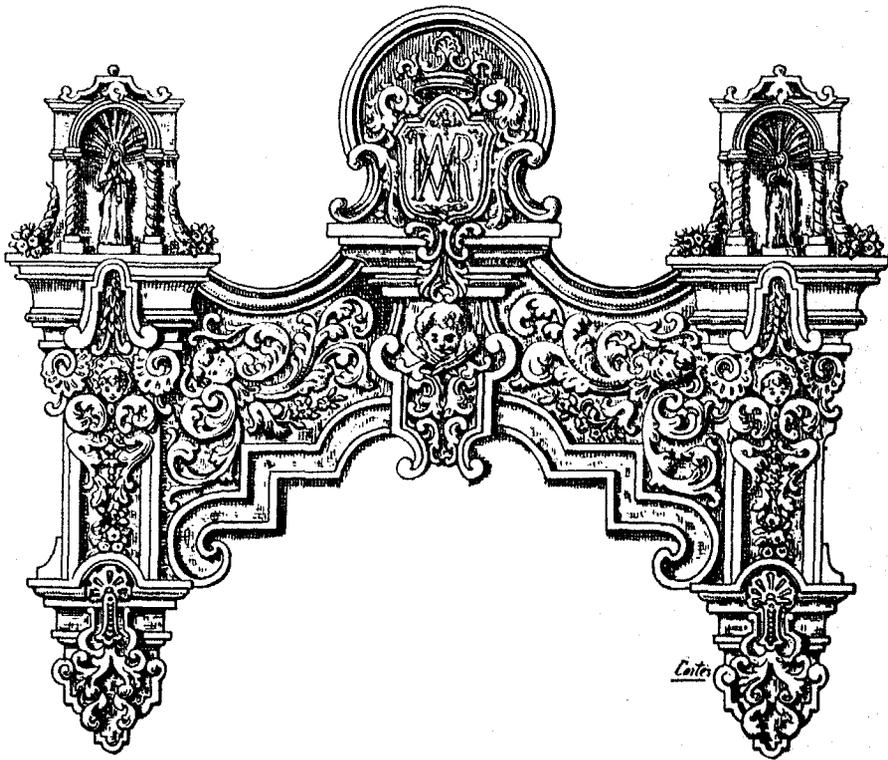


NOTICIAS BIOGRÁFICAS
DE
INSURGENTES APODADOS,
POR
ELÍAS AMADOR.

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO NACIONAL
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA



INTRODUCCIÓN.

Los primeros historiadores que se ocuparon de la guerra de la Independencia, como D. Carlos María de Bustamante, D. Lucas Alamán, Fray Servando Teresa de Mier, D. Lorenzo Zavala y algunos otros, así como los que á éstos sucedieron en épocas posteriores, consignan noticias relativas á varios insurgentes que, aparte de sus nombres propios, tenían algún apodo ó sobrenombre; pero solamente nos han hecho conocer las hazañas y los servicios patrióticos de los más populares y notables de esos insurgentes, entre los que figuran *el Manco Albino García, el Jiro, Buen Brazo, Cabo Leyton, Salmerón, Huacal, el Anglo Americano, Chito Villagrán, el Pipila, Juan Cureña, los Pachones, el P. Chocolate, la Corregidora, la Generala, la Capitana* y algunos otros; pero han dejado en el olvido á la mayor parte, ya sea porque dichos historiadores no dispusieron de datos suficientes para aumentar el número de los patriotas que llevaban apodos, ó bien porque les pareció de poco interés el papel que representaron en el campo de la borrascosa lucha insurgente.

Nuestro objeto, pues, al escribir estas páginas,¹ es dar á conocer la participación que en esa lucha tuvieron muchos de esos patriotas partidarios y defensores de la justa causa mexicana. Este trabajo es indudablemente incompleto, tanto por las noticias que corresponden á cada uno de los personajes que figuran en él, como porque dentro del número de ellos tal vez no aparecen todos los que justamente debían aparecer; pero debemos asegurar que nuestras investigaciones han sido prolijas y empeñosas, á fin de reunir cuantos datos pudieran propocionarnos para llenar nuestro objeto, las historias y los documentos que hemos consultado. Sin embargo, si estos apuntes resultan truncos ó deficientes, no por eso carecen de algún interés, supuesto que, como antes se ha dicho, las historias referentes al período de la guerra de Independencia no nos han transmitido los nombres ni los hechos de muchos servidores de la patria, que, perteneciendo al grupo de los conocidos con un segundo nombre, supieron luchar y sacrificarse por ella. No importa que la mayor parte de ellos hayan sido de origen bajo ó humilde, ó que, despojados de cultura y de sentimientos humanos y nobles, hayan ejecutado acciones reprobadas y aún criminales. El hermoso suelo patrio ha sido siempre y es el legítimo patrimonio de todos los que en él han nacido; y defender ese suelo, para librarlo de tiranos y de extranjeros invasores, es un deber imprescindible y sagrado que obliga á todos los mexicanos. No es extraño, por lo mismo, que entre el crecido número de los que se lanzaron

¹ Obras consultadas: Alamán, Lucas. Historia de México.—Archivo General de la Nación. Varias secciones de Historia.—Arrangoiz, Francisco de P. México desde 1808 hasta 1867.—Bustamante, Carlos María. Campañas de Calleja. Cuadro Histórico.—Castillo Negrete, Emilio del. México en el Siglo XIX.—Frias, Valentín F. Leyendas y Tradiciones Queretanas.—García, Genaro. El Clero y la Independencia.—Gacetas del Gobierno Mexicano.—González, Eleuterio. Colección de Noticias y Documentos para la Historia de Nuevo León.—González Obregón, Luis. México Viejo.—Hernández Dávalos, Juan. Colección de Documentos para la Historia de la Independencia.—Hombres Ilustres Mexicanos. Varios autores.—Licéaga, José María. Adiciones y Rectificaciones á la Historia de México por Alamán.—Marmolejo, Lucio. Efemérides Guanajuatenses.—Museo Mexicano. Miscelánea Pintoresca de Aemidades Curiosas.—Navarrete, Ignacio. Compendio de la Historia de Jalisco.—Orozco y Berra, Manuel. Diccionario Universal de Historia y Geografía.—Rivera, Agustín. Viaje á las Ruinas del Fuerte del Sombrero, y otros opúsculos suyos.—Sosa, Francisco. Mexicanos Distinguidos. Efemérides Históricas y Biográficas.—Vargas, Fulgencio. La Insurrección de 1810 en el Estado de Guanajuato.—Zárate, Julio. México á Través de los Siglos, tomo 3.º

al campo de la guerra para darnos libertad, hayan figurado hombres de costumbres inmorales, de criterio pervertido, de instintos salvajes y de inclinaciones malvadas. La culpa no fué de ellos, sino de los que, habiendo hecho pesar durísimo yugo sobre el pueblo esclavizado, no supieron ó descuidaron educarlo para la vida de la verdadera civilización, sacándolo de la degradante ignorancia y de la lastimosa obscuridad intelectual en que lo mantuvieron durante tres centurias.

Así es que, los excesos y los delictuosos actos que esos hombres consumaron en nombre de una noble y justa causa, fueron el forzoso resultado de la ignorancia, de la falta completa de educación moral y del frenético deseo de vengar los odiosos ultrajes y las injusticias cometidas contra los derechos naturales y políticos de un pueblo envilecido y duramente subyugado.

Es preciso reconocer que las revoluciones casi siempre se desarrollan en medio de borrascosas turbulencias, de sangrientas represalias, de inevitables venganzas, de incendios, de pillajes, de desastres y de todo el cortejo aterrador que acompaña á esas revoluciones ó que surgen de su alborotado seno.

Además, los errores, los extravíos, las faltas ó la punible conducta de muchos insurgentes, no deben recaer sobre la justa y salvadora causa que ellos defendieron, ni mucho menos mancharla, porque ella no autorizaba los males que en su nombre se cometían, ni sus benéficas tendencias eran la perversidad y el crimen.

No; el lodo no puede manchar al diamante, como atinadamente lo expresan los siguientes versos:

«Puede una gota de lodo
sobre un diamante caer;
puede también de este modo
su fulgor obscurecer.

Pero aunque el diamante todo
se encuentre de fango lleno,
el valor que lo hace bueno
no perderá ni un instante,
y ha de ser siempre diamante
por más que lo manche el cieno.»¹

Por otra parte, es preciso advertir que no todos los insurgentes que figuran en estos apuntes han sido acreedores á la severa

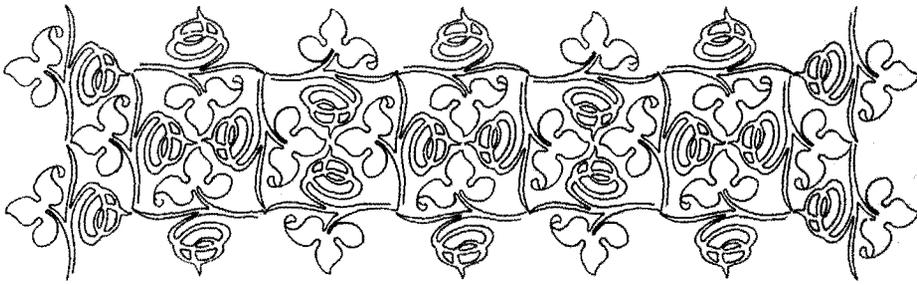
¹ Rubén Darío,

censura con que la historia ha tratado á los verdaderos culpables ó perversos. Muchos de esos insurgentes fueron, no sólo leales defensores de la Independencia y excelentes patriotas, sino también héroes y mártires, cuya memoria debe ser siempre respetada y querida para nosotros. Y si hemos reunido en un solo grupo á unos y á otros, es porque todos cooperaron á la salvación de la patria, prestándole más ó menos interesantes servicios. Por esto es que no hemos considerado una mengua para la ilustre *Corregidora* colocar á su lado á la humilde y anciana *Madre de los Desvalidos*, porque ésta, sirviendo de correo y proveedora de víveres á los insurgentes, fué tan buena patriota como aquélla salvando de un desastroso fracaso la revolución iniciada por Hidalgo y por Allende. *La Gabina, la Mar y las Once mil Virgenes*, no son menos acreedoras á figurar al lado de *la Generala* Antonia Nava y de *la Capitana* Manuela Medina; y en cuanto á los varones, los hubo también que se distinguieron por su ardiente patriotismo, por su lealtad y constancia, y por tanto, son dignos de que sus nombres no queden olvidados en las páginas de nuestra historia.

Por lo demás, el hecho de que se les haya designado con vulgares y burdos apodos, no constituye una deshonra, porque la costumbre de aplicarlos ha sido y es muy común en todas las naciones, y ella ha penetrado aún en los brillantes palacios de los reyes, pues la historia nos enseña que hubo entre ellos un Federico *Barbarroja*, un Ricardo *Corazón de León*, un Carlos *el Calvo*, un Enrique *el Negro*, un Carlos *el Tartamudo*, un Felipe *el Hermoso*, un Pedro *el Cruel*, una Juana *la Loca* y otros á quienes el vulgo malicioso, ocurrente y observador ha bautizado con esos sobrenombres.

Perdonemos, pues, los defectos y los errores de nuestros insurgentes apodados y reconozcamos con gratitud los patrióticos servicios que supieron prestar á la causa de la Independencia mexicana.

EL AUTOR.



AGUACERO, El.—*Felipe Santiago.*

Era éste un insurgente desordenado y temible, que merodeaba con una pequeña guerrilla por algunos pueblos limítrofes á México, cometiendo robos y otros excesos, según se refiere en un parte del Subdelegado de la Villa de Guadalupe al Virrey. El mes de junio de 1816 entró en el pueblo de Calacoaya, extrayéndose varias alhajas y paramentos de la iglesia, así como algún dinero perteneciente al fondo de limosnas de los fieles.

Felipe Santiago fué capturado en Tlalnepantla y se le formó consejo de guerra, el cual lo sentenció á la pena capital; pero al encontrarse ya encapillado y próximo á marchar al suplicio, se recibió orden de que se suspendiera la ejecución y se remitiese la sumaria á la Junta de Seguridad de México, para que fuera revisada allí. El Virrey determinó que dicha causa era de la competencia de los tribunales comunes, y, por lo mismo, á ellos correspondía juzgar á Felipe Santiago. (Causas de Infidencia, tomo 56, expediente número 1. Archivo General y Público de la Nación.)

Se ignora la suerte que correría después este individuo.

AGUADOR, El.—*Pedro Guzmán.*

Se ignora de dónde era originario, y solamente se sabe que pertenecía á las guerrillas insurgentes que andaban en el Bajío con el caudillo Dr. D. José María Cos, quien, deseando corregir de algún modo las punibles y escandalosas depredaciones y crímenes que, amparándose con el nombre de la causa insurgente, cometían algunos cabecillas de la revolución, se vió en el duro caso de mandar que

el mencionado Guzmán y tres individuos de apellido Bolaños, fueran pasados por las armas y que se pusiesen sus cabezas en lugares públicos, una en San Felipe, otra en La Quemada y otra en San Juan de los Llanos, sentencia que se ejecutó en el pueblo de Dolores, el mes de enero de 1813, solamente en las personas de dichos Bolaños, pues Pedro *el Aguador* había logrado fugarse antes de ser fusilado; pero ese mismo día lo capturó una avanzada realista y le dió muerte. (Correspondencia de Independientes, tomo 12, folio 188. Archivo General y Público de la Nación.) El Dr. Cos hizo saber esos fusilamientos por medio de un aviso al público.

Pedro *el Aguador* era hombre de conducta desarreglada, amante del latrocinio y de carácter feroz, según lo pintan los partes de algunos jefes realistas, aserción que no debe parecer dudosa, supuesto que el Dr. Cos se vió obligado á poner coto á sus desmanes llevándolo al patíbulo.

Sin embargo, ese guerrillero valiente y audaz había logrado reunir una fuerza algo numerosa, con la cual hostilizó á las tropas realistas algún tiempo, atreviéndose á combatir las aún en plazas atrincheradas ó bien defendidas, como lo hizo en Guanajuato, que atacaron él y *Salmerón* el 19 de julio de 1812, aunque sin resultado favorable, pues solamente consiguieron penetrar en los suburbios.

Varios fueron los encuentros de armas en que tomó parte *el Aguador*; pero su conducta desordenada y los excesos que permitía á sus soldados ó que él mismo ejecutaba, hicieron que su vida como insurgente terminara en un afrentoso patíbulo.

ALCABALERO, EL.—Véase *Varios*.

ANGLO ó ANGLO AMERICANO, EL.—*José Güemes*.

Indudablemente se había adherido á la causa de la insurrección desde fines del año de 1810, pues el mismo Güemes asegura en una carta que escribió desde Jerécuaro al Cura D. Rafael Gil de León, que había sido herido y hecho prisionero en la batalla de Las Cruces, de donde lo condujeron á México.

Decía también al citado Cura que hasta abril de 1811 se había encontrado en once batallas, y que estaba resuelto á no envainar la espada hasta tomar venganza de las tiranías de que había sido objeto su pobre familia.

De la citada carta aparece que el Cura Gil de León era padrino del *Anglo*, pues en ella se le muestra muy agradecido por haberle retirado de las garras del diablo, lo que hace suponer que

dicho *Anglo* era protestante ó sectario de alguna comunión anticatólica. (Causas de Infidencia, tomo 99. Archivo General y Público de la Nación.)

Antes de haberse adherido á la causa insurgente, pertenecía á las tropas del Coronel realista D. Torcuato Trujillo, y se dice que fué de los instigadores de los asesinatos cometidos en la Alhóndiga de Guanajuato, el 24 de noviembre de 1810.

Güemes anduvo en las tropas de D. Rafael Iriarte, á quien acompañó en sus expediciones á León, Aguascalientes, Zacatecas y San Luis Potosí, y en esta última ciudad se hizo dueño de la situación, cometiendo algunas tropelías y desórdenes, pues dispuso de los efectos de algunas tiendas y pretendió fusilar á D. Antonio Frontaura y Sesma, quien pudo salvarse debido á los empeños que en su favor hizo el P. Fr. Luis Orozco.

Güemes fungía entonces como Comandante de Artillería de los Ejércitos Americanos, y con ese carácter obligó al mismo Frontaura y Sesma á que publicara un bando, en el que se prevenía á los comerciantes recibieran la moneda provisional que se había acuñado en Zacatecas pocos días antes.

El lego Fr. Luis Herrera, que ocupó á San Luis dos ó tres días después de entrar allí *el Anglo*, desocupó la ciudad, porque no pudo resistir en ella á las tropas realistas que la amagaban, y se retiró rumbo á Río Verde.

En esta expedición lo acompañaba *el Anglo*; pero como el referido lego fué capturado y pasado por las armas en la Villa de Aguayo, José Güemes se volvió á internar en la Provincia de San Luis Potosí, con muy poca gente, pero sin desmayar en su patriótico propósito de combatir á los enemigos de la causa mexicana, pues en abril de 1811 recorría algunos lugares de aquella Provincia, habiendo entrado en el pueblo del Armadillo, de donde extrajo una partida de caballos mansos para aumentar su guerrilla; pero tenazmente perseguido por las tropas realistas, se vió obligado á dirigirse al Bajío, donde, en combinación con Albino García, *Salmerón*, *los Pachones*, Cleto Camacho y otros afamados insurgentes, siguió combatiendo en favor de la Independencia.

En mayo de 1811 intentó entrar en Guanajuato, unido con los sacerdotes insurgentes Fr. Santiago Rodríguez y el P. Rafael García, conocido por *Garcillita*; pero no habiendo logrado ocupar aquella plaza, se retiraron, y pocos días después los derrotó en la Calera el Coronel D. Miguel del Campo.

Igualmente intentó ocupar á Querétaro en mayo de 1811, cuya plaza pidió á los Alcaldes y vecinos, amagándolos con entrar á fue-

go y sangre si no se le recibía de paz; pero tampoco pudo ocupar dicha ciudad.

Hasta aquí es lo único que he podido adquirir acerca del *Anglo*, cuyos servicios á la causa de la Independencia fueron importantes y meritorios.

La esposa de Güemes residía en México y se llamaba Andrea González. El Virrey, en vista de la suma pobreza en que ella se encontraba, dispuso que se le diera un empleo en el ramo de tabacos.

Amo, El.—*José Antonio Torres*, oriundo de San Pedro Piedra Gorda, en el Estado de Guanajuato.¹

Un positivo patriotismo, un patriotismo desinteresado, ardiente y sincero, fué el poderoso móvil que empujó á D. José Antonio Torres al campo de la revolución insurgente, para prestar su ayuda á la santa causa que acababa de proclamar en Dolores el Cura D. Miguel Hidalgo.

Hallábase en Guanajuato este ilustre caudillo cuando se le presentó D. José Antonio Torres á ofrecerle sus servicios, que fueron desde luego aceptados, confiriéndole la comisión de que fuera á insurreccionar la parte Sur de la Provincia de Jalisco; y en verdad que el Cura Hidalgo no pudo haber hecho mejor elección para encender el fuego de la libertad en aquella comarca, pues D. José Antonio logró en muy pocos días reunir alguna gente, con la cual comenzó á expedicionar desde Arandas hasta La Barca, Jamay, Mezcala, Colima, Sayula, Chapala, Zacoalco y otros lugares, donde se produjo una rápida conflagración en favor de la Independencia, pues de la misma ciudad de Guadalajara salían muchos patriotas á militar en las filas del modesto hijo de San Pedro Piedra Gorda.

Las autoridades realistas de Guadalajara, seriamente alarmadas con los notables progresos que la revolución había logrado en aquel rumbo, hicieron que D. Tomás Ignacio Villaseñor, con una fuerza de 500 hombres, se dirigiera á batir al jefe insurgente, que se hallaba en Zacoalco dispuesto á esperar á las tropas del Rey, las que sufrieron allí una completa derrota, en la que perecieron muchos jóvenes pertenecientes á distinguidas familias de Guadalajara, quedando prisioneros el mismo Villaseñor y la mayor parte de su tropa. Este brillante triunfo, que dió gloria y renombre al

¹ No se le debe confundir con su homónimo el P. D. José Antonio Torres, que fué también un insurgente notable.

caudillo Torres, le abrió á la vez las puertas de la Capital de Nueva Galicia, adonde entró el 11 de noviembre de 1810, en medio de la ruidosa y entusiasta recepción que le hicieron las corporaciones civiles y eclesiásticas.

D. José Antonio Torres había ofrecido respetar las vidas y los intereses de los habitantes de la ciudad, y cumplió religiosamente su promesa, dando así una prueba palpable de honradez, de magnanimidad y de prudente política, que le granjearon merecido respeto y popularidad.

La victoria de las armas insurgentes en Zacoalco y la ocupación de Guadalajara vinieron á compensar de alguna manera el desastre sufrido por el ejército de Hidalgo en Aculco. Así es que el primer jefe de la insurrección se dirigió luego á dicha ciudad, donde D. José Antonio lo esperaba para poner en sus manos la bandera triunfante de la revolución en la Nueva Galicia.

La favorable tregua de que pudo disponer el Cura Hidalgo en Guadalajara, y que consagró principalmente á reforzar su mermando ejército, fué debida al buen éxito de la breve, pero gloriosa campaña del infatigable y valeroso D. José Antonio Torres, quien después de la desgraciada batalla del Puente de Calderón, siguió á los caudillos insurgentes en su deplorable éxodo rumbo al Norte.

D. Ignacio López Rayón había quedado con alguna fuerza en el Saltillo, y como dicho jefe, después de la captura de Hidalgo y sus compañeros en Acatita de Baján, emprendió una marcha retrógrada desde aquella ciudad para dirigirse al interior del país á reanudar la lucha contra los realistas, tocó á D. José Antonio formar parte de esa atrevida y peligrosa expedición, durante la cual ocurrieron los memorables combates de Piñones, Zacatecas y El Maguey, en los que dicho jefe se batió con su acostumbrado arrojo y denuedo, particularmente en Zacatecas, donde D. Ignacio Rayón le encomendó el asalto á la formidable posición del Cerro del Grillo.

D. José Antonio Torres no contaba con artillería para batir ventajosamente dicha posición, y así se lo mandó decir al jefe del ejército insurgente, quien le contestó previniéndole que la tomara del enemigo. Esta contestación enardeció el ánimo del intrépido Torres y sin esperar más, hizo que sus soldados emprendieran el ataque, trepando la abrupta montaña hasta llegar á los parapetos de los realistas, donde trabaron con ellos una lucha sangrienta y obstinada que terminó con la completa derrota de los defensores del Grillo (abril de 1811).

Al día siguiente, toda la ciudad de Zacatecas había quedado en poder de los vencedores insurgentes.

Pocos días más tarde, el General Rayón era derrotado por el Coronel Emparan en el rancho del Maguey, y este inesperado desastre obligó al caudillo insurgente á retirarse á Michoacán, en donde, á fuerza de constancia y de nuevos esfuerzos y sacrificios, consiguió reparar los trastornos sufridos, haciendo que la insurrección se presentara pujante y formidable. Y en esta tarea patriótica y azarosa tuvo importante participación D. José Antonio Torres, quien algunas veces vencedor y otras vencido, pero siempre infatigable y animoso, ayudó eficazmente á aquel caudillo cuando, después del combate ocurrido en La Tinaja, en el que fué herido y vencedor dicho Torres, se le confió el mando militar de los Distritos de Pátzcuaro y Uruapan, donde había logrado situarse y proveerse de alguna artillería para batir al Brigadier D. Pedro Celestino Negrete, con quien trabó reñido combate en Tlasasalca, el mes de enero de 1812, habiendo sufrido completa derrota el jefe insurgente, quien fué hecho prisionero en Palo Alto, cerca de Tupátaro.

El Gobierno realista había conseguido un importante triunfo en ese deplorable encuentro, no precisamente por la derrota de centenares de insurgentes y la muerte de muchos de ellos, sino más bien por la captura de un caudillo que tantas veces había humillado á las armas del Rey, haciendo morder el polvo á sus disciplinadas y orgullosas huestes.

Grande fué el regocijo de los enemigos de la patria con motivo de la valiosa presa adquirida en Palo Alto; pero mayor fué la infamia que cometieron con el indomable insurgente, cuya generosidad había respetado las vidas y los intereses de sus enconados contrarios. Así es que D. José Antonio Torres fué inicuaamente sacrificado en aras de la más negra y repugnante venganza.

He aquí cómo refiere un historiador la muerte del inolvidable caudillo:¹

«Se le condujo amarrado á Guadalajara por orden de Negrete, en donde entró en medio de una curiosa multitud;² se le sometió á consejo de guerra y fué condenado por D. Francisco Antonio de Velasco, Presidente de la Junta de Seguridad, á ser ahorcado, descuartizado y puesto á la espectación pública. El 23 de mayo de 1812, se ejecutó la sentencia en una elevada horca en la plaza de Venegas, á vista de todo el público; el cadáver fué dividido en

¹ *Compendio de la Historia de Jalisco*, por D. Ignacio Navarrete, pág. 79.

² Dícese que el abnegado caudillo, al entrar preso en Guadalajara, fué objeto de ultrajes de parte de algunos realistas, entre ellos el mismo General Cruz, y que, habiéndose intentado ponerle una argolla en el cuello, rehusó con dignidad ese ultraje.

cuatro partes y una se colocó en la garita de San Pedro, otra en la de Mexicalcingo, otra en la de Zapopan y la restante se mandó á Zacoalco. Después de cuarenta días de estar así expuestos aquellos restos mortales, fueron quemados y esparcidas al aire las cenizas. La casa de Torres en San Pedro Piedra Gorda fué arrasada y en la superficie del terreno se esparció una gran cantidad de sal. ¡Ejecución bárbara, indigna de un pueblo cristiano, y que da idea del carácter de Cruz! ¡Tal fué la suerte del mejor caudillo de la Independencia en Jalisco!»

Ejecución bárbara, sí; ejecución tan inicua y monstruosa como la que para el Cura Hidalgo concibió el Fiscal de su causa, quien deseaba que aquel benemérito caudillo hubiera sufrido el más tremendo, el más cruel, el más espeluznante y el más *exquisito* de los suplicios.

Por el atroz y terriblemente inhumano castigo que se aplicó al héroe de Zacoalco y del Grillo, puede medirse la magnitud del rencor y del odio que le profesaban sus sanguinarios enemigos, no porque supieran que descargaban tan iracunda zaña contra un bandolero despreciable ó contra un facineroso reconocido, sino porque sabían que D. José Antonio Torres era insurgente temible por su acrisolado patriotismo, por la firmeza de sus profundas convicciones, por su incansable actividad, por su imponente valor y por el miedo que les infundió aquel paladín ardientemente consagrado al triunfo de la libertad mexicana. Por eso cebaron su negro rencor contra el inerme prisionero, destrozando su cuerpo en fragmentos y reduciéndolo á polvo, porque así desaparecía hasta la sombra del bravo luchador que tantas inquietudes y temores les causaba; pero aquel proditorio asesinato, aquel bárbaro suplicio, fué el brillante apoteosis que, de entre regueros de sangre y cenizas, hizo surgir la figura del denodado caudillo para colocarla circunscrita de gloria sobre indestructible y elevado pedestal.

Así desapareció el *Viejo Torres*, como despectivamente lo llamaban los realistas; mas así también ascendió al cielo de la inmortalidad el *Amo Torres*, como por razón de un respetuoso afecto lo llamaban sus conterráneos, sus compañeros en los trabajos del campo, sus imitadores en las rudas fatigas cotidianas, porque D. José Antonio Torres había sido administrador de una hacienda rústica y modelo de honradez y de laboriosidad, por lo que supo conquistarse el respeto y la fiel adhesión de los que con él bregaban en la afanosa lucha por la vida.

ARRIEROTE, El.—*Pedro Rosas*.

Originario de Cocula y de oficio agricultor.

El Gobernador indígena de Zacoalco, Juan Chango, tan pronto como estalló en aquel rumbo la insurrección, organizó una junta de veinte principales de dicho pueblo, con el fin de ofrecer ayuda de gente al caudillo D. José Antonio Torres, que se hallaba en Sayula; y entre los que se alistaron con tal objeto, se contaba Pedro Rosas (a.) *Arriero*, quien fué á unirse al referido Torres en Sayula, habiéndolo comisionado desde luego como explorador para que vigilara los movimientos de las tropas enemigas, y en ese tiempo lo comisionó también para ir á entregar una carta del mismo Torres al Cura de Aqualulco, D. José María Mercado, á quien acompañó en su expedición á Tepic y San Blas, y después á Mochitiltic, en cuyo combate le tocó estar, lo mismo que en el de Zacoalco.

En seguida pasó *Arriero* al Real del Rosario, en Sinaloa, donde se puso á trabajar, previo el indulto que le concedió el Capitán realista Gantil, después de haber estado allí preso un año (septiembre de 1811).

Escudado con el papel de indulto, regresó á Zacoalco en marzo de 1812; pero como se tenía recomendada su captura, fué aprehendido luego por el Gobernador Agustín Juan y procesado en dicho pueblo, habiéndosele conducido después á Guadalajara, donde se prosiguió la tramitación de su causa; y como de las declaraciones de varios testigos se aclaró que Pedro Rosas había sido uno de los principales insurgentes promotores de la revolución en Zacoalco, uniéndose al caudillo D. José Antonio Torres y al Cura Mercado, y además se le acusaba de robos y otras faltas que había cometido antes, el Fiscal pidió para el reo la pena de muerte, la que fué aprobada por el jurado, ordenándose que esa pena fuera la de la horca, con confiscación de bienes; que se le sacara arrastrando de la prisión como traidor y se le llevara al suplicio, donde el cadáver debía quedar colgado por veinticuatro horas, después de lo cual se le cortase la cabeza, que debía ser enviada á Zacoalco para que se fijase en un palo á la salida para Sayula.

El General Cruz mandó se efectuara la ejecución, la que se verificó al tenor de la sentencia indicada, el 1.º de julio de 1812.

Al cuerpo mutilado del infeliz *Arriero* se le dió sepultura sagrada en Belem.

(Documentos para la Historia de la Independencia, por Hernández Dávalos, tomo IV, pág. 196).

ATOLERO, El.—*Andrés Pérez.*

Originario de México. El día 8 de agosto de 1814, ocurrió en dicha ciudad un motín ó tumulto popular en el barrio de La Lagunilla, provocado contra los europeos por un individuo llamado Pérez (a.) *el Atolero*, quien montado á caballo y en compañía de un camarada de nombre Joaquín, azuzaba al populacho para que los secundaran; y aunque dicho movimiento sólo tuvo las proporciones de un alboroto, *el Atolero* dió pruebas de valentía, pues se arrojó sobre los artilleros que tenían su cuartel en el Puente de Amaya, intentando lazarlos con una reata. Intervino la fuerza de policía y cesó el escándalo con la captura de Pérez, á quien inmediatamente se formó causa en consejo de guerra; pero logró fugarse de la cárcel, habiendo conseguido reaprehenderse á los pocos días.

El Virrey lo había consignado por ocho años al servicio de las armas en el Regimiento de Asturias; pero el Auditor D. Miguel Bataller dictaminó que se mandara á las Islas Marianas á cumplir la pena de ocho años de prisión, lo que fué aprobado después por el Virrey. (C. de I., tomo 64, expediente núm. 4. Archivo General y Público de la Nación.)

ATOLERO, El.—*Pedro Vásquez.* Véase CHALLO.

BARRABÁS.—Véase RATÓN.

BARRAGANA, La.—Se ignora su nombre.

Lo único que acerca de esta mujer se sabe, es lo que consta en el siguiente documento:

«Haz.da de la Goleta y Diz.re 29-810 á las 11 de la mañana.—S.or Gral.—D.n Antonio Sánchez, oficial de Sillería en la Haz.da de Querendaro, que ha servido al Rey 20 a.s, acaba de llegar á esta y declara lo sig.te y aun está pronto á jurarlo: el Ad.or de la dha. Haz.da de Querendaro, despachó ayer mañana á José Ricardo, sirviente suyo, al pueblo de Zinapequaro, en busca de pan; regresó con el pan á las 11½ de dha. mañana, y dijo el tal Ricardo, que estando él allí, llegó á Zinapequaro un posta despachado por la Barragana, jefe de innumerables indios que trae consigo, y vino diciendo que ayer noche mismo, venia ella con su indiada á campar en Zinapequaro; que se le dispusiese carne, y maiz, y nada más. Que no tubiesen miedo, que no venian, sino á derrotar al ejército de V. S. Esto declara el referido Sánchez, que acompañado del Mayordomo de esta Haz.da, pasa á presentarse á V. S. para hacer

la misma declaración, y yo no quiero dejar de comunicarle esta noticia, sea ó no cierta.—Dios gue. á V. S. m.s a.s—S.or Gral.—B. L. M. de V. S. su at.º serv.r y Capellan.—*Fr. Antonio del Espiritu Santo.*—S.or Gral. D.n José de la Cruz.»

(O. de G. de Realistas. Cruz, José de la; tomo 3; fs. 228. Archivo General y Público de la Nación.)

BENDITO, El.

De este individuo solamente se puede decir que pertenecía á las fuerzas auxiliares del General D. José María Morelos, habiendo militado bajo las inmediatas órdenes del sanguinario y afamado cabecilla Miguel Arroyo, con quien tomó parte en un reñido combate contra el Brigadier D. Ciriaco de Llano en Tepeaca, el año de 1812, y con el P. Sánchez en Acultzingo, en julio del mismo año.

Después de ese hecho de armas le confió el mismo Arroyo la comisión de conducir preso y atado á D. Juan N. Rosainz, á quien en esta forma condujo á Tepeji, donde estuvo preso como un mes, hasta que por orden del Cura Morelos fué puesto en libertad.

D. Lucas Alaman dice que *el Bendito* era un temible bandido.

BOTAS.—*Máximo González.*

Este individuo era oriundo del Real de Borbón, en la Provincia del Nuevo Santander (hoy Tamaulipas).

Se le procesó en dicho lugar el mes de enero de 1812, por haber desobedecido una orden de la autoridad, profiriendo expresiones ofensivas, llamando *acallejados* á varios vecinos, y cuando se le conminó en nombre del Rey, dijo que él no conocía al Rey y que deseaba se lo enseñaran. Se le acusó también de haber sido cabecilla insurgente y de no haber solicitado indulto cuando regresó á Borbón.

Botas negó con firmeza esos cargos; pero su tenaz negativa le resultó contraria, porque el Brigadier D. Joaquín de Arredondo lo condenó á morir ahorcado, sentencia que fué cumplida el 9 de enero de 1812, con las terríficas demostraciones que en tales casos se acostumbraba. (C. de I., tomo 103, expediente número 10. Archivo General y Público de la Nación.)

BOTAS PRIETAS.—Véase VARIOS.

BOTERO, El.

En un parte que el Coronel realista D. Gabriel de Armijo rindió al Virrey desde Tixtla, el 29 de marzo de 1815, relativo al com-

bate que los insurgentes emprendieron sobre Chilpancingo, se dice que murió un capitán llamado *el Botero*, quien recibió un balazo á quemarropa al asaltar uno de los cuarteles de los realistas.

En el referido parte se dice también que *el Botero* disfrutaba del concepto de muy valiente desde antes de la insurrección. (O. de G. de Realistas. Armijo, Gabriel; tomo 7; núm. 92. Archivo General y Público de la Nación.)

BUEN BRAZO Ó BRAZO FUERTE.—*Rafael Mendoza.*

Este individuo era originario de Zapotlán el Grande, en el Estado de Jalisco, de oficio hojalatero, y fueron sus padres José Gregorio Mendoza y Ana Josefa Trejo. Algunos años antes de que estallara la guerra de Independencia había sido soldado del Regimiento de la Corona y del de Voluntarios de Cataluña, de los cuales se desertó dos veces, por cuyo delito fué juzgado el año de 1779 y remitido al presidio, de donde logró fugarse.

Se encontró en la batalla del Monte de las Cruces, dada por el Cura Hidalgo á Trujillo. Fué hecho prisionero entonces, pero consiguió que se le pusiera en libertad. Poco tiempo después volvió á servir en el partido insurgente, y D. Lucas Alamán nos hace saber que *Buen Brazo ó Brazo Fuerte*, como él lo llama, era presidiario prófugo, y había tomado parte en la conjuración intentada por el Lic. D. Antonio Ferrer y otros contra el Virrey Venegas, el 3 de agosto de 1811, en la que se encomendó á Mendoza la comisión de asociarse á una partida de salteadores que al mando de Mariano Hernández debía de asaltar la guardia de la Acordada y en seguida poner libres á todos los presos de la ciudad, á efecto de que, con éstos y los Granaderos del Comercio, fuera ocupado el Palacio Virreinal. (Tomo 2, pág. 359.)

D. Carlos María de Bustamante refiere que D. Ignacio Rayón había destinado á *Buen Brazo* para que en la proyectada conjuración se encargara de sorprender al Virrey y llevarlo inmediatamente á Zitácuaro, donde se encontraba entonces el citado caudillo insurgente; mas como dicha conjuración fué descubierta á tiempo y perseguidos sus principales autores, fracasó también la comisión encomendada á Mendoza, quien indudablemente pudo escapar de ser capturado, supuesto que el Virrey Venegas libró órdenes y exhortos y una detallada filiación de *Buen Brazo* para que con mucho empeño se le procurara y aprehendiera, lo que no tuvo lugar entonces, porque el referido *Buen Brazo* se había ido á agregar á las filas insurgentes de Zacatlán, en la Provincia de Puebla, donde se consagró á fomentar la revolución, dando pruebas de temerario

valor, actividad y patriotismo, habiendo comenzado á figurar como Capitán, y después como Mariscal y *ordenador de ejército*.

Diversos fueron los encuentros de armas en que tomó parte, y uno de ellos fué el año de 1814, en Zacatlán, de donde pudo escapar de caer prisionero, debido á su astucia y sangre fría para disfrazarse de mendigo tullido, pues de esta manera logró engañar á los soldados realistas y aún obtener de ellos que le dieran algunas limosnas.

Después de tan comprometido y peligroso lance, fué Mendoza á presentarse al General D. Ignacio Rayón, quien le confirió el encargo de ir á organizar tropas á Colima y á Zapotlán el Grande; pero antes de marchar para aquellos lugares, anduvo algunos días unido al Coronel insurgente D. Francisco Domínguez, cuya guerrilla fué sorprendida en Tecamachalco, el mes de octubre de 1814, por el realista D. Vicente Furlong, quien hizo á Domínguez algunos prisioneros, contándose entre éstos Rafael Mendoza, cuya captura tan deseada fué un verdadero triunfo para las armas del Rey, y como era de esperarse, no le quedaba al intrépido *Buen Brazo* otra expectativa que la del patíbulo.

Así es que inmediatamente y sin formarle causa, fué pasado por las armas en unión de seis de sus compañeros, á quienes se concedió nada más que los auxilios espirituales, encomendados á un sacerdote dominico, ante quien hizo Mendoza algunas importantes confesiones de los delitos que había consumado y de los cuales se mostraba arrepentido.

En el parte que de este acontecimiento habla, se dice que Mendoza era hombre grosero y de bárbara crianza; que desde joven se había dedicado á cometer atrocidades; que dos veces había sido sentenciado á muerte, y que pudo escaparse del patíbulo, merced á las extraordinarias fuerzas que tenía. (Parte de Calixto González de Mendoza al Brigadier D. José Moreno Daoiz. Puebla, octubre 21 de 1814. Archivo General y Público de la Nación.)

D. Carlos María de Bustamante asegura que el sacerdote que asistió á Mendoza en sus últimos momentos, fué quien reveló al jefe realista la confesión que le había hecho dicho reo.¹

BUEN BRAZO.—*Pedro N. . . .*

Perteneció á las tropas de D. Manuel de Mier y Terán. Se dice que era oficial de nombradía y que acompañó á dicho jefe en su expedición á Playa Vicente, el año de 1816.

¹ Nota puesta por Bustamante en la hoja de filiación de *Rafael Mendoza*. Archivo General y Público de la Nación.

Buen Brazo salió herido en el combate que Mier y Terán sostuvo contra el realista Topete, el 11 de septiembre de dicho año, y murió al día siguiente. (México á Través de los Siglos, tomo 3, pág. 517.)

CABALLO FLACO.

Era éste un sacerdote insurgente de quien el historiador D. Lucas Alamán dice que pertenecía al crecido número de eclesiásticos que, movidos por sus vicios y perversidad, se habían adherido á la causa de la Independencia.

En iguales términos habla dicho historiador de otros sacerdotes conocidos por *P. Chinguirito* y *P. Zapatitos*, de quienes no da sus nombres propios, ni refiere hechos que los hubieran dado á conocer en el campo de la insurrección.

Dícese del *P. Chinguirito* que él fué el primero que comenzó á divulgar la noticia de que los europeos presos en Valladolid, de orden del Cura Hidalgo, habían sido asesinados en el punto nombrado Las Beatas.

CABEZÓN, El—*Gil Saucedo*. V. CHALLO.

CABO LEYTON.—*Rafael Iriarte*.

D. Rafael Iriarte se hallaba en el mineral de Marfil, en Guanajuato, antes de que estallara la insurrección, y había sido soldado veterano cuando D. Félix Calleja mandaba la 10.^a Brigada del ejército realista en San Luis Potosí, en cuyo tiempo sirvió de amanuense á dicho jefe, y desde entonces se le conocía ya con el sobrenombre de *Cabo Leyton*.

Refiere D. Agustín R. González en su *Historia del Estado de Aguascalientes*, que Iriarte se encontraba en aquella ciudad cuando estalló en Dolores la insurrección, cuya causa abrazó luego, formando un numeroso ejército.

No me ha sido posible encontrar noticias fehacientes acerca del lugar en que Iriarte comenzó la organización de ese ejército; pero sí se refiere en algunas historias que á los pocos días de que Hidalgo proclamó la Independencia, contaba ya con una numerosa fuerza, aunque compuesta de gentes sin disciplina, sin orden, turbulentas y armadas en su mayor número con lanzas, machetes y flechas, pues en aquella improvisada chusma andaban más de cinco mil indios que por Huejúcar y Colotlán había reunido el P. D. José Pablo Calvillo, con los cuales se reunió una parte del Regimiento de Nueva Galicia.

El mencionado Iriarte fungía entonces como Coronel comisionado por el Cura Hidalgo para cooperar en los propósitos de la insurrección, y refiere el historiador D. Niceto de Zamacois que lo primero que hizo Iriarte fué despojar de sus bienes á los europeos de la villa de León. (Historia General de México, tomo 7, pág. 29.)

Entre tanto, Zacatecas había secundado el movimiento revolucionario, nombrando al Conde de la Laguna, D. Miguel Rivero, Intendente interino de la Provincia; mas como ni éste ni las autoridades de la ciudad conocían los verdaderos fines ó tendencias de dicho movimiento, resolvieron comisionar al Dr. D. José María Cos, Cura del burgo de San Cosme (hoy Villa de Cos), para que fuera á conferenciar sobre ese asunto con el Generalísimo del Ejército Grande Americano, D. Miguel Hidalgo y Costilla.

El Dr. Cos partió sin pérdida de tiempo á cumplir su importante comisión, dirigiéndose á Guadalajara; pero en Aguascalientes se encontró con D. Rafael Iriarte, á quien hizo saber el objeto de la citada comisión y las instrucciones que al efecto se le habían dado; y como el Cura Hidalgo se encontraba entonces en Valladolid, el Dr. Cos entró en explicaciones y en arreglos con Iriarte, resultando de esto que la Provincia de Zacatecas, sin escrúpulo alguno, estaba en actitud de adherirse á la causa de la insurrección, y que, por tanto, Iriarte podía ir á aquella ciudad, donde no encontraría ninguna resistencia.

El siguiente documento demuestra claramente en qué sentido entendió Iriarte los fines de la revolución, ó de qué modo debía llenarse el programa de aquel grandioso movimiento, cuyas saludables tendencias desfiguraron desgraciadamente no pocas veces muchos hombres de conducta corrompida y perversa, que se habían lanzado animosos á romper con la espada las cadenas que oprimían á la Nación.

He aquí dicho documento:

«Instruído de las Credenciales que caracterizan á V. S. representante de la Provincia de Zacatecas, que con oficio de este día acompaña V. S. Digo: Que no tengo ordenes de mi Gefe para satisfacer con justificación los fundamentos justos de la guerra relatándolos por menor, pero sí de insinuar á V. S. que los europeos tenían tramada la entrega de esta América al extranjero, como á su tiempo se hará ver. Sin embargo, observando el derecho inviolable de la guerra, puede V. S. ocurrir al Supremo Consejo nacional ó al Señor Generalísimo para la satisfacción que V. S. exige. Este es el espíritu de nuestra expedición, y de ninguna manera vulnerar

los derechos de nuestra Santa Religión, antes bien, conservarla pura, intacta, ilesa, restituirla á su pureza y esplendor, y transmitir-la de esta suerte á la posteridad; abolir la corrupción de costumbres introducida por los europeos, y que tenia trascendencia no sólo á los principales lugares de la América, sino en los más recónditos de ella; proscribir el monopolio conocido en su comercio, y que éste tenga toda su extensión en los criollos; fomentar la agricultura, artes y ciencias. El conservar este precioso ramo de la América á nuestro legítimo soberano el Sr. D. Fernando Séptimo es otra de las causas fundamentales de nuestras miras, y salvar la patria de los intrigantes.—La expulsión de los europeos delincuentes tiene, en efecto, sus restricciones, segun la clase y circunstancias de los individuos; pero sobre esto y demás relativo á la comisión de V. S. de admitir proposiciones y ajustar convenios, es privativa á aquel Supremo Consejo, ó Generalísimo del Ejército, y para el salvo conducto en el tránsito de V. S. se le franqueará el pasaporte y salvaguardia con la necesaria ampliación, siendo requisito preciso y esencial de que las cartas ó noticias que por V. S. se remitan ó reciban sean abiertas, y su conducción restringida al acompañamiento de su capellán, secretario, camarero ú otro del servicio inmediato de V. S., además de la gente baja para la marcha. También es importante que quede V. S. instruido que el sacerdocio, mirado con desprecio por la soberbia y falta de religión de los europeos, se trata de sublimarlo al grado de veneración y respeto que le debe todo católico, con penas muy serias á los contraventores. Con lo que creo satisfecho el citado oficio de V. S.—Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general de Aguascalientes, 29 de Octubre de 1810.—El coronel comisionado del Exmo. General de América, *José Rafael de Iriarte*.—Sr. Dr. D. José María Cos.»

Después de la conferencia que el Dr. Cos había celebrado en Aguascalientes con Iriarte, éste se dirigió con su ejército á Zacatecas, á cuya ciudad pudo entrar, el 2 de noviembre, sin que se le hubiera hecho ninguna resistencia, y antes por el contrario, se le recibió con muestras de agrado y aún de simpatía, pues se hicieron en su honor varias demostraciones públicas y le fué ofrecido un banquete de cien cubiertos, al que concurrieron muchas personas prominentes y aún algunos sacerdotes.

En obsequio de la verdad, debe decirse que la tropa de Iriarte no cometió allí ningún desorden grave, aunque varios de sus soldados sí se atrevieron á cometer algunos abusos de poca importancia.

Iriarte permaneció en Zacatecas pocos días, ocupándose de

procurarse recursos y de equipar y aumentar su tropa, aprovechando los buenos elementos que aquella ciudad pudo proporcionarle. Súpose entonces que San Luis Potosí había secundado el movimiento de insurrección y que el caudillo D. Ignacio de Allende estaba á punto de ser atacado en Guanajuato por el Brigadier D. Félix Calleja. Estas noticias obligaron á Iriarte á abandonar á Zacatecas, con intención de ir á unirse á Allende; pero en la hacienda de Muleros varió de pensamiento, pues lejos de apresurar su marcha rumbo á Guanajuato, se encaminó á San Luis Potosí, después de haber preguntado á los caudillos insurgentes de aquella ciudad si podría dirigirse á ella.

Iriarte llegó á San Luis, el 16 de noviembre. He aquí cómo refiere el Sr. Manuel Muro, en su *Historia de San Luis Potosí*, la entrada del cabecilla insurgente á esa ciudad:

«La llegada de Iriarte fué celebrada con Te-Deum y bailes durante tres días, á cuyos obsequios correspondió ese Jefe con otro baile dedicado á los legos Herrera y Villerías y al Capitán Sevilla.

«Iriarte había indicado á los Jefes insurrectos de San Luis si se les podía permitir á sus soldados una media hora de saqueo para que se proveyeran de lo que les faltaba y por ser gente que estaba acostumbrada á obtener esa clase de permisos al ocupar alguna población.

«Los legos y Sevilla se negaron redondamente á semejante pretensión, y por ese día quedó ese asunto en tal estado; pero la noche del baile ofrecido por Iriarte, á lo mejor de la fiesta invadió la sala una parte de la gente de ese Jefe, apoderándose de los tres obsequiados, y la otra asaltó los cuarteles haciéndose dueños de la ciudad, la que fué entregada á un saqueo general; Villerías logró escaparse y con cincuenta hombres que pudo reunir, huyó para Guanajuato á incorporarse con Allende.

«Iriarte solemnizó su felonía con un banquete, al que hizo que fueran Herrera y Sevilla, que tenía presos en un cuartel; allí les dió satisfacciones por su comportamiento, diciéndoles que había sido preciso proceder de la manera que lo hizo, por haberse ellos negado al saqueo que pedían sus soldados, los que querían ejercer una venganza en sus personas, cuya desgracia se había evitado con lo hecho y con el saqueo de la ciudad. Les hizo saber que quedaban en absoluta libertad, y al siguiente día les envió á sus alojamientos despachos de Mariscal de Campo al lego Herrera y de Coroneles á Sevilla y al oficial Lanzagorta. Preparado para marchar á Guanajuato en auxilio de Allende, que seguía llamándolo con instancia, confirmó á Flores en su empleo de Intendente, que

le había dado Herrera, y encomendó á Lanzagorta y al lego Zapata el cuidado de las armas y municiones que dejaba en San Luis.»

Asegúrase que Iriarte, al salir de San Luis, sacó 300 barras de plata y \$80,000 de las Casas Reales, así como muchos objetos del saqueo que hizo allí, entre los cuales deben indudablemente haber entrado las alhajas y el dinero que la esposa de Calleja dejó depositados en el convento de San Francisco y que Iriarte mandó extraer de ese lugar.

Iriarte tomó el rumbo de Ojuelos y allí expidió á Fr. Juan Salazar un nombramiento de Comandante para que levantara gente voluntaria y con ella se le uniera.

Los historiadores están algo en desacuerdo acerca del rumbo que después tomó Iriarte; pero D. Agustín R. González asegura que se encontraba ya en Aguascalientes cuando Allende llegó á esa ciudad, después de la derrota que sufrió en Guanajuato.

El caudillo D. Ignacio de Allende había comenzado á desconfiar de Iriarte, pues éste recibía mal que se le viera como á un inferior, y manifestándose descortés con aquel jefe, á quien daba muestras de cierta superioridad, hizo que saliera de sus propias manos la paga de los soldados de Allende, quien temiendo una tropelfa de parte del insubordinado *Cabo Leyton*, marchó á Guadalajara á unirse con el Generalísimo Hidalgo.

D. Carlos de Bustamante refiere que cuando en Aguascalientes ocurrió el desastroso incendio del parque y se culpaba de ese siniestro á los gachupines, los soldados de Iriarte salían armados matando á cuantas personas blancas encontraban en las calles.

A los pocos días, el ejército de Hidalgo era derrotado en el Puente de Calderón, y con el resto de tropa que le quedaba se dirigió á Aguascalientes, donde, según parece, permanecía aún Iriarte, quien siguiendo una conducta voluntariosa y egoísta, no se había preocupado de ayudar con sus tropas á los jefes principales de la insurrección.

De Aguascalientes marcharon Hidalgo y Allende á Zacatecas, acompañándolos Iriarte, quien quedó acantonado con su tropa en la inmediata Villa de Guadalupe.

Los caudillos de la revolución, después de permanecer en Zacatecas algunos días, acordaron marchar rumbo al Norte, dejando á Iriarte en dicha ciudad como para cubrir la retaguardia y con orden de que fuera á incorporárseles en la ruta que segufan; pero el insubordinado cabecilla permaneció en Zacatecas todavía algunos días, y en el ínterin destacó sobre Fresnillo una fuerza al mando de D. Mariano Muciño, la que tuvo un encuentro en el rancho de

Tapias con otra realista que venía de Sombrerete, al mando de D. Pedro Ruiz Larramendi, habiendo sido rechazados los insurgentes, que tuvieron que replegarse á Zacatecas.

Entre tanto, el Coronel realista D. José Manuel Ochoa avanzó sobre dicha ciudad por orden del Brigadier D. Bernardo Bonavía, que se hallaba en Durango.

No se puede asegurar acertadamente si Iriarte mismo esperó á Ochoa en Zacatecas, ó si aquél se dirigió al Saltillo, dejando á Sotomayor ó á Muciño en dicha ciudad; pero lo cierto es que Ochoa atacó á la fuerza insurgente que allí había quedado, derrotándola, el 17 de febrero de 1811, después de una tenaz resistencia.

Los jefes insurgentes derrotados en Zacatecas se dirigieron al Saltillo, y en cuanto á Iriarte, se sabe que Allende, al ir á tomar parte en un combate que se esperaba cerca de aquel lugar, dejó encargados del mando del ejército á D. Mariano Arias y al mismo Iriarte en Matehuala.

Como no había ido á incorporarse al Saltillo con Allende, éste, al salir de allí rumbo al Norte, y poseído de disgusto y de serias sospechas de infidencia contra Iriarte, dió orden á D. Ignacio L. Rayón para que lo fusilara en caso de que se le presentase; y como esto aconteció después de la captura de los caudillos Hidalgo, Allende y compañeros en Acatita de Baján, el referido Rayón lo hizo pasar por las armas en el Saltillo, en cumplimiento de la orden mencionada.

Los cargos que pesaban sobre el antiguo amanuense del Brigadier Calleja, se reducían á malversación de fondos de su ejército; abandono de éste; desobediencia á las órdenes superiores; no haber concurrido á auxiliar ni á Allende ni á Hidalgo en Guanajuato y en Guadalajara, y haberse manifestado como independiente de sus jefes superiores. Además de estos cargos, se le inculpaba de haber tenido excesivas deferencias con la esposa de Calleja, hasta el grado de que, cuando ésta estuvo en poder de los insurgentes, le puso escoltas en el camino para que llegara á su hacienda de Bledos con toda seguridad. Finalmente, se tuvo en cuenta el hecho bien significativo y sospechoso de que Iriarte pudo escapar de Acatita de Baján con algunos de sus soldados, siendo que en aquella intempestiva sorpresa habían sido hechos prisioneros casi todos los caudillos, empleados, jefes y oficiales del ejército insurgente.

Hubo, pues, suficientes y poderosas razones para que se sospechara de la siniestra conducta de Iriarte, y si muy dura fué la pena que se le impuso, tal vez dejándolo impune, los males que hubiera

causado una abierta deslealtad de él, habrían sido de funestas consecuencias para la causa insurgente.

Lástima es, en verdad, que uno de los primeros que se apresuraron á secundar el glorioso grito de Dolores, logrando reunir en pocos días, bajo las libertadoras banderas, un numeroso grupo de defensores de la patria, no hubiera sabido guiar á éstos por la senda del orden y del verdadero patriotismo, dándoles personalmente un ejemplo digno y honroso.

Iriarte no era llevado al patíbulo todavía, cuando su familia fué objeto de las inquisiciones y órdenes del Gobierno realista, pues éste dispuso, en los primeros días de marzo de 1811, que Librada, de doce años de edad é hija única de D. Rafael Iriarte, así como sus dos hermanas Antonia y Carmen, de trece y de veinte años, fueran llevadas á la Casa de Educación y Enseñanza de Pinos, y pocos días después, su esposa, doña Mariana Ruedas, sufría en dicha población el cateo de su casa, pues al General Calleja se le tenía hecha denuncia de que Iriarte le había dejado en guarda mucho dinero y valiosas alhajas; pero solamente resultó de ese cateo la captura de un baúl con ropa, un poco de dinero y algunas alhajas, que Calleja ordenó desde Zacatecas le fueran remitidas.

Tales son las únicas noticias que he podido adquirir acerca del desgraciado *Cabo Leyton*, de quien no se sabe de dónde era originario, aunque algún autor supone que lo fué de Zacatecas.

CADETE, El.—*Bernardo Fuentes*, nativo de Tula.

Este cabecilla merodeaba con una pequeña tropa por el Distrito de Tula y por la Sierra Alta, y como era hombre valiente y audaz y se le temía porque era *carnicero*, según se refiere en un parte que se rindió al Coronel D. Cristóbal Ordóñez, se le perseguía tenazmente; pero varias veces logró escapar. El año de 1816, se encomendó al indultado insurgente Eпитacio Sánchez la persecución contra *el Cadete*, habiendo logrado derrotarlo cerca de Tula, pero sin conseguir su captura. Al fin se presentó á implorar la gracia de indulto ante el Comandante de Chapa de Mota, D. Francisco Manuel Hidalgo, en mayo de 1816.

Estando ya indultado, se le acusó de que, abusando de esta gracia, exigía arbitrarias contribuciones y cometía robos, asesinatos y otros excesos en la Sierra Alta, por lo que se le redujo á prisión y se le sentenció á ser pasado por las armas y á que se le cortara la cabeza, la cual se mandaríá al pueblo de Santiago Maxdá, para que allí fuera puesta en expectación pública; pero *el Cadete*, que era hombre astuto y atrevido, concibió la idea de escaparse, fra-

guando un ardid que pudiera favorecerlo en su intento. Así es que, cuando ya había sido sentenciado á muerte, pidió hacer una revelación importante y reservada, que consistía en asegurar que en un punto inmediato á la hacienda de Chingua había dejado enterrados seis mil pesos en dos costales de cuero. Esta revelación provocó la codicia ó el interés del Comandante D. Francisco Manuel Hidalgo, quien mandó suspender la ejecución del *Cadete*, emprendiendo al día siguiente una expedición al punto designado, llevándose al referido reo para que señalara el lugar preciso donde estaba el dinero.

Durante la travesía, el astuto *Cadete* hizo que la tropa realista penetrara en un espeso bosque donde había una profunda barranca, en la cual se precipitó intempestivamente para escaparse; pero un dragón de San Carlos que iba muy inmediato, logró cogerlo y evitar que se fugara.

El malaventurado *Cadete* fué fusilado allí mismo, habiéndose colgado su cadáver en un árbol (junio 10 de 1816.)

El parte que de este suceso habla, refiere que en el mismo punto donde fué ejecutado *el Cadete*, éste se le había escapado antes á D. Ignacio Rayón, quien por algún grave motivo mandó que se le fusilara, y á quien igualmente engañó diciéndole que por ahí tenía oculto un tesoro de diez mil pesos. (O. de G. de Realistas. Ordóñez, Cristóbal; tomo 15. Archivo General y Público de la Nación.)

CALCETERO, El.—V. CALERO.

CALERO, El.—*José Atanasio Murcia*, originario de San Agustín de las Cuevas (Tlálpam.)

En el mes de agosto de 1811, fué descubierta en México una conspiración cuyo objeto principal era capturar al Virrey Venegas, y según las aclaraciones que respecto á ese asunto se hicieron, resultaron también complicados Atanasio Murcia y un individuo conocido con el sobrenombre de *el Calcetero*, vecino también de San Agustín, quienes por este delito fueron sentenciados á los trabajos forzados de la Zanja Cuadrada; pero *el Calcetero* logró fugarse la misma noche de su aprehensión y fué á unirse con los cabecillas González y Alquisiras, que merodeaban por algunos lugares cercanos á México.

El Calero estuvo algún tiempo trabajando en la Zanja; pero de allí logró fugarse y fué también á unirse con el cabecilla Pedro Alquisiras, hasta que, perseguido tenazmente por D. Cosme Ramón del Llano, Subdelegado de Coyoacán, por D. Vicente Lara y

por otros realistas, fué aprehendido y se le volvió á procesar en San Agustín de las Cuevas; aunque en el nuevo proceso se le hicieron los cargos de la fuga de la Zanja, así como de haberse ocupado de cobrar peajes por orden de los insurgentes en Cerro Gordo, al fin se dió por compurgado el delito con la prisión sufrida, poniéndosele en libertad en octubre de 1815.

El Calero, según declaraciones de él mismo, era pastor ó cuidador de cabras. (C. de I., tomo 93, expediente núm. 12. Archivo General y Público de la Nación.)

CALERO, El.— *Agustín Guadalupe Rojas*, originario de Tuzantla, jurisdicción de Zitácuaro.

Figuraba como sargento en una guerrilla insurgente y le tocó tomar parte en el primer combate que el Brigadier realista Llano dió contra las tropas del Cura Morelos en Cuautla.

Fué capturado en el pueblo de Tetecala, el mes de septiembre de 1812, y se le procesó en Cuernavaca. Le fué negada la gracia de indulto y estuvo preso en la Real Cárcel de México, sin que se sepa cuánto tiempo permaneció en ella. El Virrey dispuso que fuera enviado á la Zanja, donde debía extinguir la pena de cinco años de trabajos forzados. (Infidentes Procesados, tomo sin número, años 1812 y 1813, fs. 105. Archivo General y Público de la Nación.)

CAMPANERA, La.— *María Andrea Martínez*.

Refiere el jefe realista D. Manuel Ruiz y Casado, en un parte que rindió al Comandante militar de Tlaxcala, D. Agustín González del Campillo, que María Andrea Martínez era mujer del cabecilla Domingo Domínguez, quien fué sorprendido y hecho prisionero con cuatro de los suyos en un punto denominado Mal País, cerca de Apizaco, por el Capitán de Patriotas de Huamantla, D. José Antonio Dávila (octubre 15 de 1814.)

María Andrea Martínez fué también capturada en dicha sorpresa y estuvo á punto de que la pasaran por las armas juntamente con Domínguez y sus cuatro compañeros, que fueron fusilados en Santa Ana Chiautempan; pero habiendo alegado María Andrea la circunstancia de encontrarse grávida, se procedió á hacerle el examen correspondiente, y como el facultativo justificara que en verdad se encontraba en días mayores, se le perdonó la vida, pero no se dice si en cambio se le impuso algún otro castigo.

En el parte mencionado se refiere también que María Andrea era reincidente en el delito de infidencia, supuesto que antes de que se le capturara en Mal País, había sido indultada por el mis-

mo delito, y que era mujer atrevida y afamada como insurgente. (O. de G. de Realistas. Moreno Daoiz; tomo 15, fs. 364. Archivo General y Público de la Nación.)

La referida insurgente, según se refiere en el tomo VIII de la Colección de Documentos para la Historia,¹ andaba armada en la guerrilla de Pascual Machorro, y encontrándose presa en la casa de las *Arrecogidas* de Puebla, se fugó de allí y fué á presentarse á Iturbide cuando éste proclamó el plan de Iguala. El citado jefe aprovechó los servicios de tan decidida patriota, ocupándola en conducir correspondencia para las personas con quienes tenía combinaciones en México.

CAMPECHANO, El.—*José Antonio López*, originario de Campeche.

Fué cabecilla insurgente y anduvo bajo las órdenes del caudillo D. Juan Pablo Anaya, el año de 1812, con quien concurrió á los combates de Toluca, Tenango del Valle y otros, durante el año mencionado.

El Campechano era un decidido y buen patriota, según se deduce de una carta que desde Jilotla escribió él mismo á D. Vicente Beristáin, el 12 de julio de 1812. (I. P., tomo sin número, años 1812 y 1813. Archivo General y Público de la Nación.)

CAMPOVERDE.—*Matías Enríquez*, nativo de Irapuato.

Fué soldado en el Regimiento de la Corona, del cual se desertó á fines de 1812 para reunirse á las guerrillas insurgentes de Santos Picazo y Matías Ortiz (a.) *Pachón*, á quienes sirvió en calidad de secretario un año y cuatro meses. Después se puso al frente de una pequeña tropa, con la cual militaba á las órdenes del caudillo D. Víctor Rosales, el año de 1814, quien le confería comisiones encaminadas á hostilizar por diversos medios al enemigo.

Matías Enríquez se ocupaba precisamente de evitar que los campesinos introdujeran leña al Real de Pinos, cuando fué sorprendido y capturado por una tropa realista que lo condujo á dicho pueblo, donde lo mandó pasar por las armas el Subdelegado D. Andrés López Portillo, el 16 de febrero de 1815. (O. de G. de Realistas. Torres, Valdivia; tomo 5. Archivo General y Público de la Nación.)

CANELERO, El.—*Juan Martínez*.

Desde el principio de la insurrección anduvo prestando sus ser-

¹ En la Biblioteca Nacional.

vicios en diversos lugares del Bajío, aunque no hay datos suficientes para precisar algunos hechos de su vida como cabecilla insurgente; pero se deduce del parte que el Brigadier D. Diego García Conde rindió en junio de 1812 al Virrey Venegas, participándole la captura y fusilamiento del famoso Albino García, que *el Canelero* fué uno de los subalternos de éste ó, á lo menos, uno de sus principales compañeros de armas.

El Canelero, á la muerte de Albino García, quedó al frente de una guerrilla compuesta de cuarenta hombres, con la cual siguió combatiendo á los realistas. (O. de G. de Realistas. García Conde, Diego; tomo 6.; fs. 169. Archivo General y Público de la Nación.)

Martínez fué un fiel y constante defensor de la causa insurgente durante mucho tiempo, pues todavía se le encuentra en el campo de la revolución el año de 1820.

El 20 de enero de dicho año, fué batido y derrotado en la Puerta de Andaracua por el sargento realista Joaquín Sierra, de cuyo suceso resultó que Martínez, viéndose ya sin ningún apoyo y tal vez cediendo á las mismas astutas sugerencias ó intrigas que se habían puesto en juego para reducir á varios jefes insurgentes, se presentara á solicitar la gracia de indulto ante el Comandante D. Manuel Bezanilla, en el pueblo de Yuririapúndaro, y como *el Canelero* era el único cabecilla que merodeaba con una reducida fuerza en aquel rumbo, quedó éste pacificado, según se refiere en el parte respectivo de Bezanilla. (O. de G. de Realistas. Linares, Antonio; tomo 13; fs. 39. Archivo General y Público de la Nación.)

CANTAREÑO, El.—*José María García.*

Refiere el Dr. D. Eleuterio González, en su *Colección de Noticias y Documentos para la Historia de Nuevo León*, que el año de 1812, al llegar á la Bahía del Espíritu Santo el insurgente D. Bernardo Gutiérrez de Lara, jefe principal de la revolución en la Provincia de Texas, había comisionado á un tal Garibay y á D. José María García, conocido por *el Cantareño*, para que pasasen á levantar fuerzas y á sublevar las Provincias Internas; pero se ignora lo que en cumplimiento de dicha comisión hayan hecho esos individuos.

CAPITÁN PEPE.—*Cayetano Ramos.*

El *Capitán Pepe* perteneció á las tropas insurgentes del caudillo D. Víctor Rosales, á quien acompañó algún tiempo en varias expediciones por el Bajío, Aguascalientes, Zacatecas y San Luis Potosí.

El referido Ramos se había separado de las fuerzas de Rosales aproximándose á Salinas del Peñón Blanco, en San Luis Potosí, con una guerrilla de treinta hombres, á la cual mandó batir el Cura realista D. José Francisco Alvarez, conocido por *el Padre Chicharronero*, logrando que el sargento Oteo derrotara á Ramos en la Noria del Tecomate, después de dos horas de reñida lucha, en que murieron trece insurgentes y quedó prisionero dicho Ramos con tres de los suyos, que fueron conducidos á Salinas, donde de orden del Cura Alvarez se les pasó por las armas, el 11 de enero de 1815. (O. de G. de Realistas. Torres Valdivia; tomo 5. Archivo General y Público de la Nación.)

CASTRADOR, El.—*Vicente Gómez*. Se ignora de dónde era originario.

Famoso cabecilla de quien se ocupaban con mucha frecuencia los partes de varios jefes realistas, pues Vicente Gómez era uno de los subalternos más importantes del Brigadier D. Francisco Osorno, aunque algunas veces militaba con D. Manuel de Mier y Terán, á quien acompañó, tomando parte en varios combates, cuando dicho caudillo hizo una arriesgada y penosa expedición desde Tehuacán hasta Coatzacoalcos y Playa Vicente.

Gómez era hombre activo, osado y valiente; pero como muchos de los de su clase, estaba poseído de un carácter inmoral y de apetitos sanguinarios, que lo hacían temible y repulsivo, pues durante el tiempo que estuvo en las filas de la insurrección, cometió actos verdaderamente atroces, mutilando á muchas de sus víctimas en las partes más delicadas y ocultas del cuerpo, para que los españoles no siguieran propagando su raza, por lo que se le aplicó el vergonzoso apodo de *el Castrador*, cuyo vocablo sonaba entre los enemigos de la insurrección como el de un facineroso y temible asesino.

Varias veces demostró su valor combatiendo contra los realistas, aun siendo éstos en crecido número, como sucedió en un encuentro que tuvo cerca de Puebla con una fuerte sección de Cholula, á la cual destrozó, el mes de febrero de 1816.

En Huamantla, unido á Machorro, Arroyo y Bocardo, derrotó al realista García del Casal.

Los realistas lo perseguían tenaz y encarnizadamente, sin que les fuera posible atraparlo; pero después de la derrota que sufrió D. Manuel de Mier y Terán en las Lomas de Santa María, cerca de Tehuacán, Vicente Gómez solicitó indultarse por conducto del Obispo de Puebla, cuya gracia le fué otorgada, y después de esto se diri-

gió á dicha ciudad, entrando en ella con sesenta hombres de su misma gente; pero como sus criminales hechos eran muy conocidos y le habían concitado el odio de muchas personas, el vecindario de Puebla se alarmó bastante con la presencia de Gómez y sus guerrilleros, y por tanto, la plebe pedía en ruidoso tumulto la cabeza de *el Castrador*. Fué preciso, para calmar la efervescencia del pueblo enfurecido, poner sobre las armas á la guarnición y hacer salir de la ciudad á Gómez y á su gente, enviándolo á Santiago Culzingo, donde quedó como jefe de una compañía realista (noviembre de 1816).

Después de haber cometido esa inesperada defección, siguió empleando contra los insurgentes la misma conducta sanguinaria y destructora que había observado contra los realistas.

Al proclamarse el Plan de Iguala, volvió Vicente Gómez á prestar sus servicios á la causa de la Independencia en las guerrillas que dependían del caudillo suriano D. Vicente Guerrero, y según refiere Alamán, promovió cerca de Puebla una asonada política, el año de 1824. (Historia de México, tomo 2.º, pág. 568.)

CAPITANA, La.—*Manuela Medina ó Molina*, originaria de Tasco.

He aquí lo que acerca de esa entusiasta y valerosa insurgente se refiere en el *Diario de la Expedición del Sr. Morelos de Oaxaca á Acapulco*, inserto en el tomo 5.º de la *Colección de Documentos para la Historia*, por Hernández Dávalos:

«Llegó D.^a María Manuela Molina India natural de Tasco, Capitana titulada por la Suprema Junta: esta mujer llevada del fuego sagrado, que inspira el amor á la patria, comenzó á hacer varios servicios á la Nación, hasta llegar á acreditarse, y levantar su compañía. Se ha hallado en 7 batallas, y entuciasmada con el gran concepto que al Sr. G. (Morelos) han acarreado sus victorias, hizo biaje de mas de 100 leguas por conocerlo, expresando despues de lograrlo, que ya moriría gustosa, aunque la despedazara una bomba de Acapulco: ojalá que la décima parte de los americanos tubiera los mismos sentimientos!»

El Sr. González Obregón dice que *la Capitana* era originaria de Texcoco y que murió en su ciudad natal en marzo de 1822, á consecuencia de dos heridas que recibió en un combate y que la tuvieron postrada año y medio en el lecho del dolor. (México Viejo, capítulo 23, pág. 238.)

CARNICERO, El.—*Miguel González*.

Este cabecilla andaba en el Bajío y fué uno de los que más que-

hacer dieron á los realistas durante algunos años, según se refiere en un documento del Archivo Nacional.

Fué aprehendido por el Capitán Llata, el 4 de junio de 1819, y se le formó causa en Salvatierra; pero no se sabe qué castigo se le impuso.

CLARA.—V. NEGRITO CLARA.

COHETERAS, LAS.

Residía en San Luis Potosí á principios del pasado siglo una familia de humilde origen, conocida allí con el apodo de *las Coheteras*, cuyos miembros principales eran Jacinto Sánchez, Manuela Niño y María, hija de ese matrimonio.

Esta familia tenía la fama de observar una conducta desarreglada y aún indigna, según se refiere en una carta dirigida desde Querétaro al General D. Félix Calleja por D. José Angel María de Yllescas, el 1.º de septiembre de 1811.

En esa carta se denuncia el hecho de que en la casa de las referidas *Coheteras* verificaban continuas reuniones los legos insurgentes juaninos de San Luis Potosí, los que al fin acabaron por consumar allí, á fines de 1810, el movimiento revolucionario, encabezado por Fr. Luis Herrera y Fr. Juan Villerías.

María huyó en seguida; pero en julio de 1811 volvió á San Luis, sin que se sepa lo que haya pasado con dicha familia después de la denuncia hecha á Calleja. (O. de G. de Realistas. Calleja; tomo 23; fs. 1. Archivo General y Público de la Nación.)

Cojo, El.—*Juan Briones*. V. VARIOS.

Cojo, El.—*Magdaleno Medina*.

No se sabe de cierto si fué cabecilla que mandaba alguna tropa ó simplemente un buen partidario de la Independencia, pues en un parte remitido á Guadalajara al General D. José de la Cruz, se dice que Medina sublevó á los habitantes de un rancho llamado El Muerto, cerca de San Pedro (?), para combatir á una pequeña tropa realista que por allí pasaba, á la cual atacaron, haciendo uso de palos y de piedras, pero con tal arrojo y tezon, que hicieron huir á los realistas, hiriendo á varios de ellos (noviembre 24 de 1811).

Cojo, El.—*Pedro Trujillo*.

En un diario de operaciones militares del Comandante de León, D. Miguel Ignacio de Béistegui, se refiere que, el 18 de enero de

1820, fué aprehendido *el Cojo* en unión de Felipe Quiroz, ambos pertenecientes á la tropa de *los Pachones* y conocidos como criminales por sus muchas atrocidades. (O. de G. de Realistas, Linares, Antonio; tomo 3; fs. 648. Archivo General y Público de la Nación.)

No se menciona el lugar en que fueron capturados, ni el castigo que se les impuso.

COLERO, El.—*José Antonio Bárcena.*

Notable insurgente que con el carácter de Coronel militaba en la Provincia de Veracruz en las tropas del benemérito caudillo D. Guadalupe Victoria.

Varias veces se hace referencia del mencionado Bárcena, en las partes de los realistas, como un cabecilla astuto, audaz y temible que no cesaba de inquietar á dichos realistas, aun acometiéndolos en algunos lugares bien defendidos, como lo verificó el 23 de julio de 1812, atreviéndose á atacar á la villa de Córdoba, defendida por el Comandante D. Miguel Paz.

Bárcena llevaba 500 hombres, escogidos entre las guerrillas que merodeaban por aquel rumbo, y al emprender el ataque hizo que algunos soldados de su vanguardia vistieran uniformes semejantes á los de las tropas del Rey, con el fin de dar una sorpresa á los defensores de la plaza en la madrugada de dicho día; pero este ardid no le dió resultado, á pesar de que al grito fingido de ¡Viva España! pretendió que su tropa pasara los fosos y se acercara á los parapetos, porque al fin los centinelas se apercibieron del engaño y comenzaron á hacer fuego contra los supuestos realistas, quienes, ayudados por una parte de la plebe, iban ya provistos de hachas y otros útiles para romper las puertas del cuartel de los realistas, habiendo logrado derribar una de ellas, por la que pudieron penetrar como veinte insurgentes; pero reforzado aquel punto por una partida que envió el Comandante Paz, tuvieron que retirarse los asaltantes, abandonando su intento de apoderarse de la plaza, pues no llevaban artillería para contrarrestar el fuego que con uno ó dos cañones se les hacía. *El Colero* se retiró dejando en el campo como veinte muertos y llevándose muchos heridos, según refiere el parte que Paz envió al Coronel D. José Antonio de Andrade. (O. de G. de Realistas, Andrade, José Antonio; tomo 4; fs. 75. Archivo General y Público de la Nación.)

El citado *Colero* logró derrotar á la escolta que conducía el correo de Veracruz, en los callejones inmediatos á dicha ciudad, ha-

biendo capturado en ese encuentro á un sacerdote de apellido Iglesias.

También contribuyó á hostilizar un interesante convoy que en septiembre de 1812 conducía el Capitán D. Francisco de la Meza á Veracruz, quien sufrió fuertes reveses en Paso del Macho y El Platanar.

COMANCHE, El.—*Miguel Ramos Arizpe*, originario del Valle de San Nicolás, en el Saltillo, Estado de Coahuila.

Serfa preciso escribir muchas páginas para presentar la interesante biografía del Dr. D. Miguel Ramos Arizpe, distinguido sacerdote, notable defensor de la Independencia y partidario fiel de las ideas liberales; mas como los límites de este pequeño trabajo no permiten extensas reseñas ó biografías, nos conformaremos con hacer un resumen de la interesante vida del ilustre eclesiástico, quien justamente mereció, por sus relevantes virtudes públicas, que la historia eternizara su nombre, colocándolo al lado de la brillante pléyade de los hijos más beneméritos de la patria.

Sus estudios para la carrera eclesiástica los hizo con plausible aprovechamiento en Monterrey y en Guadalajara, y en esta última ciudad, donde concluyó sus funciones literarias, obtuvo los grados mayores de Dr. y Lic. en sagrados cánones.

Muchos fueron los cargos ó empleos que desempeñó el Sr. Ramos Arizpe en la diócesis del Nuevo Reino de León, donde obtuvo por oposición los curatos de Santa María de Aguayo, Real de Borbón, Güémez y Padilla, habiendo desempeñado antes los empleos de Provisor y Vicario General, Juez de testamentos y capellanías, Promotor y Fiscal Eclesiástico, así como Catedrático de derecho canónico y civil en el Seminario de Monterrey.

En México le fué conferido por la Real Audiencia, después de brillante examen, el título de Abogado en leyes, y como su nombre figuraba ya entre los eclesiásticos más ilustrados, amantes de la justicia, laboriosos y de conducta recomendable, lo designó su misma Provincia de Coahuila para que fuera á representarla como Diputado propietario en las Cortes extraordinarias de Cádiz, adonde llegó el mes de marzo de 1811.

Uno de sus biógrafos, D. Manuel Gómez Pedraza, refiere que el Sr. Ramos Arizpe, durante su representación en dichas Cortes, se distinguió como hombre verdaderamente patriota y amante de la libertad de su país, habiendo despreciado tentadoras promesas ó halagüeñas proposiciones, antes que hacer traición á la sinceridad y á la firmeza de sus principios políticos. Tal conducta, en

verdad digna y respetable, le atrajo el odio del mismo Monarca español y de otros déspotas, por lo que tuvo que verse envuelto en graves dificultades y persecuciones, habiendo sufrido un encarcelamiento en Madrid por cerca de veinte meses y un destierro de cuatro años en la Cartuja de Valencia.

Restablecido el orden constitucional en la península, volvió á las Cortes como Diputado suplente, sin que dejara de seguir trabajando con ánimo y con empeño en favor de la libertad de la América; y consumada la Independencia de México, volvió el Sr. Ramos Arizpe á pisar el suelo patrio, el 31 de diciembre de 1821.

Después de su regreso de España y como debida recompensa á los valiosos y patrióticos servicios que prestó á su patria en aquel país, fué electo Diputado al Congreso Constituyente Mexicano, el año de 1823.

Tomó parte en los trabajos consagrados á la Constitución de 1824; fué Oficial Mayor del Ministerio de Justicia y Negocios Eclesiásticos, Ministro Plenipotenciario para el arreglo de tratados entre México y la República de Chile, individuo del Consejo de representantes con motivo de las llamadas Bases Orgánicas de Tacubaya, y en abril de 1842 fué nuevamente designado para formar parte del Congreso General de ese año.

Por fin, tras de una vida consagrada durante muchos años al cumplimiento de sus deberes eclesiásticos, y sobre todo, á llenar los que habfa contraído con la patria, sucumbió el ilustre coahuilense, el 28 de abril de 1843, legando á México un nombre glorioso y una memoria digna del eterno recuerdo de todos sus compatriotas.

Tal fué, trazada á grandes rasgos, la interesante vida pública del Dr. D. Miguel Ramos Arizpe, á quien en España llamaban *el Comanche*, apodo que él mismo se habfa aplicado, tanto por el desaliño que usaba en su propia persona, como porque su fisonomía y algunos de sus caracteres morales tenían cierta semejanza con los salvajes de la tribu comanche. (Museo Mexicano, tomo 2, 1844. Anuario Coahuilense.)

COMINOS.—*Joaquín Margara.*

Era éste un cabecilla insurgente, cuyo nombre aparece en la causa que se instruyó en Acapulco contra varios hombres y mujeres que en el pueblo de Cacahuatpec se ocupaban de proveer de alimentos y de prestar otros servicios á dicho cabecilla y á los llamados *Narciseños*. Esta es la única referencia que se hace de *Cominos* en la citada causa.

CORREGIDORA, La.—*Josefa Ortiz de Domínguez.*

La primera heroína de nuestra Independencia, es comúnmente conocida en la historia con el nombre de *la Corregidora*, título honorífico que se le daba por haber sido esposa del Corregidor de Querétaro D. Miguel Domínguez.

Esa mujer varonil y de espíritu fervientemente patriótico fué una de las más entusiastas, decididas y firmes partidarias de la causa de la Independencia, pues cuando en Querétaro se verificaban reuniones secretas para preparar el movimiento encaminado á proclamar la libertad de nuestra América, D.^a Josefa Ortiz de Domínguez estaba iniciada en esos patrióticos trabajos, tomando participación activa en ellos y manteniendo correspondencia con el Capitán D. Ignacio de Allende y con otros de los conjurados.

Próximo estaba á estallar tan atrevido movimiento; pero como en esa clase de empresas no faltan los judas, hubo entonces un pérfido llamado Joaquín Arias, que descubrió la conspiración, poniendo en gravísimo peligro á todos los complicados en ella, inclusive D.^a Josefa Ortiz.

Habían comenzado á verificarse algunas aprehensiones en Querétaro, y habrían sido igualmente capturados el Capitán Allende, el Cura D. Miguel Hidalgo y Costilla, D. Mariano Abasolo, Aldama y otros de los comprometidos en Dolores y en San Miguel el Grande, si *la Corregidora*, á quien su esposo D. Miguel había dejado encerrada en su casa, por temor de que fuese á cometer una peligrosa indiscreción, no hubiera consumado en aquellos críticos instantes un acto verdaderamente meritorio y oportuno.

En efecto, la animosa y patriota matrona, temiendo justamente que con la prisión de todos los comprometidos fracasara por completo el plan de libertad proyectado, concibió el pensamiento de comunicar á D. Ignacio de Allende la delación hecha por Arias. Pero, ¿cómo haría para lograr que recibiera con la rapidez posible tan importante aviso? El paso era difícil y la situación en que *la Corregidora* se encontraba, era apremiante y desesperada; pero ella supo vencer esa dificultad, apelando á un recurso que le aconsejó su espíritu sagaz y previsor.

En los bajos de la casa que ocupaba D. Miguel Domínguez tenía su habitación el Alcaide de la cárcel, D. Ignacio Pérez, hombre de confianza y uno de los conjurados con quien D.^a Josefa Ortiz estaba de acuerdo. Así es que se puso al habla con él, previniéndole que como pudiera fuese inmediatamente á San Miguel á llevar al Capitán Allende la noticia de lo que acababa de ocurrir en Querétaro. Bien sabido es que este oportuno paso dió por resul-

tado que los primeros caudillos de la insurrección escaparan de las garras del Gobierno realista, proclamando en seguida la Independencia en el pueblo de Dolores.

Entre tanto, la Sra. Ortiz y su esposo eran reducidos á prisión, lo mismo que otras personas, y á efecto de que se les instruyese la respectiva causa, fué de México á Querétaro el Alcalde de Corte D. Juan Collado, quien restituyó en su empleo á D. Miguel Domínguez, poniendo en libertad á *la Corregidora*; pero como ella era partidaria decidida de la Independencia, siguió después consagrando sin temor alguno sus esfuerzos á la propaganda de tan benéfica y justa causa. Esto dió motivo para que D. Fernando Romero Martínez acusase á D.^a Josefa Ortiz ante el Virrey, quien se conformó con prevenir al Corregidor Domínguez que la amonestara seriamente, so pena de que, si continuaba en su actitud sediciosa, se procedería poniéndola reclusa en algún convento.

Sin embargo, la intrépida dama, resueltamente entusiasta por el triunfo de la causa que con tanto ardor había abrazado, no tan sólo despreció la amenaza del Virrey, sino que, desafiando las iras y las persecuciones del Gobierno español, seguía poniéndose en contacto con los partidarios de la Independencia, pues cuando en la metrópoli del Virreinato se verificaron las elecciones del año de 1813, aseguraba el Canónigo Beristáin que en Querétaro había *un agente descarado, audaz, incorregible*, que no perdía ocasión de inspirar odio al Rey, á España y á su Gobierno legítimo, y que ese agente era D.^a Josefa Ortiz, á quien dicho sacerdote comparaba con Ana Bolena, la legendaria reina inglesa.

Tal acusación determinó una nueva providencia contra la abnegada insurgente, ordenándose que se le pusiera presa, comisión que desempeñó el Coronel D. Cristóbal Ordóñez.

Se acusaba á la Sra. Ortiz de que recibía y circulaba impresos sediciosos de los insurgentes, de que les comunicaba noticias y de que mantenía correspondencia con D. Ignacio Rayón y el Dr. Cos, por cuyo motivo se ordenó que fuera remitida á México, á disposición del Virrey.¹

Al llegar á la metrópoli, se le designó como lugar de arresto el convento de religiosas de Santa Teresa la Antigua, en donde permaneció algún tiempo sufriendo las duras penalidades de aquella reclusión y las amarguras que le causaba la ausencia de sus pobres hijos. Aparte de estos sufrimientos morales, que sin duda la ator-

1 El Coronel insurgente D. Francisco Lojero enviaba impresos á la Corregidora desde San Miguel el Grande y recados del Dr. Cos. Agosto de 1812. (Colección de Documentos de Hernández Dávalos, tomo IV, pág. 921.)

mentaban, se vió próxima á ser nuevamente madre, y esta circunstancia exigió entonces atenciones especiales, que no se le podían proporcionar en el convento, y por tanto, se le concedió salir á recibirlas á una casa particular.

Reclusa todavía en las Teresas, se dirigió al Virrey, lamentándose de las penalidades, vejaciones, bochornos y angustias que sufrió cuando fué conducida á México como una criminal, y pidiendo solamente que se le hiciera justicia; pero el Virrey le contestó que todavía se estaba tramitando su causa.

Entre tanto, D. Miguel Domínguez había suplicado al Virrey le permitiera pasar á México á prestar alguna ayuda á su esposa, ofreciendo renunciar el empleo de Corregidor, si acaso era necesario.

La causa de la Sra. Ortiz seguía lentamente sus trámites, pues había comenzado el año de 1813 y hasta el de 1816 quedó en estado de sentencia, habiéndose impuesto á la rea el castigo de reclusión indefinida; pero como dicha causa había pasado al Auditor D. Miguel Bataller, este pidió que D.^a Josefa fuera nuevamente reducida á prisión, por lo que ordenó el Virrey que se le pusiera reclusa en el convento de Santa Catalina. Hasta entonces de nada habían servido los esfuerzos y las súplicas de D. Miguel Domínguez en favor de su infortunada esposa, pues el Virrey Calleja se manifestaba indiferente ó inflexible ante los ruegos del Corregidor y los sufrimientos de D.^a Josefa.

Por fortuna para esta respetable dama y para su desolada familia, fué designado como Virrey de Nueva España D. Juan Ruiz de Apodaca.

La Sra. Ortiz había sido sentenciada en definitiva á cuatro años de reclusión en el mismo convento de Santa Catalina, hasta que diera pruebas de verdadero arrepentimiento; pero habiendo llegado á oídos del mencionado Virrey las nuevas súplicas del Corregidor y una instancia de D.^a Josefa, en que pedía se le pusiera libre para poder cuidar á sus catorce hijos, casi desamparados, supuesto que el Corregidor se encontraba enfermo y á punto de perder la vista, se le concedió la libertad el mes de junio de 1817.

D. Miguel Domínguez no volvió á ocupar su puesto de Corregidor de Querétaro, y tanto él como D.^a Josefa quedaron residiendo en México hasta después de consumada la Independencia.

D. Miguel llegó á desempeñar algunos puestos importantes en el Gobierno independiente, y D.^a Josefa bajó al sepulcro, iluminada con una aureola gloriosa el 2 de marzo de 1829, y su cadáver fué sepultado en el altar de la Virgen de los Dolores, en la iglesia del Convento de Santa Catalina, de México.

Los eminentes y heroicos servicios que la varonil *Corregidora* prestó á la patria en días aciagos y tormentosos, no debían quedar olvidados por el pueblo mexicano, porque aquella abnegada mujer, aquella primera y distinguida heroína de nuestra Independencia se hizo acreedora, por su grande patriotismo, á la eterna gratitud de la Nación.

Así es que por decreto de 21 de octubre de 1894 fueron exhumados sus restos y conducidos á Querétaro solemnemente, donde descansan ahora bajo un monumento que se les erigió en el Panteón de la Cruz.

En la Capital de la República se erigió también una estatua á su memoria en el jardín ó plazuela de Santo Domingo, y el nombre de la ilustre *Corregidora* está escrito con letras de oro en el salón de sesiones de la Legislatura de Querétaro.

El Sr. González Obregón, en el libro intitulado *México Viejo y Anecdótico*, dice lo siguiente acerca de la insigne heroína:

«En la última década del siglo próximo pasado, y en la casa número 25 de la calle de Santa Clara [ciudad de México], vivían las señoras González, personas de buena sociedad y amantísimas de obsequiar á sus tertulianos con dulces, chocolates, bizcochos y refrescos.

«Las tertulias de las González eran muy concurridas y animadas. Oidores, inquisidores, militares, canónigos, literatos, todos los personajes más distinguidos de la época concurrían allí, para comentar en sabrosa charla las noticias de la *Gaceta* ó los chismes de la ciudad.

«Una joven huérfana llevaba ella misma los obsequios á las visitas, y en más de una ocasión, cerca de la puerta de la sala, á hurtadillas, se detenía á escuchar las conversaciones, y de una manera especial las acaloradas disputas relativas al Gobierno de España y á los primeros síntomas de la revolución francesa. Un día, principalmente, le cautivó la fogosa y elocuente palabra del joven don José Joaquín Fernández de Lizardi, quien más tarde figuraría en el mundo de las letras con el pseudónimo de *El Pensador Mexicano*, y el cual en esa vez hablaba con entusiasmo, con sinceridad y con suma valentía de la emancipación de los pueblos y de los derechos que tenían para aspirar á ella.

«La semilla, arrojada sobre terreno virgen, siempre fructifica, y aquella apología de la Independencia que escuchó de los labios de *El Pensador* la joven huérfana é hija de don Juan José Ortiz y de doña Manuela Girón, fué el primer beso de libertad que sintió en su frente, ella que había de anunciar más tarde al Padre de

la Patria el peligro por que atravesaba la conspiración que inició la gloriosa lucha de la Nueva España en 1810.

«La joven se llamaba María Josefa Ortiz. Había ingresado al Colegio de las Vizcaínas el 30 de mayo de 1789, previa solicitud que hizo el día 16, y estuvo en este notable plantel hasta el 31 de marzo de 1791. Fué sacada de allí por su hermana mayor, doña María Sotera Ortiz, á pretexto de que estaba enferma y de que los bienhechores que daban dinero para la pensión, uno había muerto y otros habían retirado sus limosnas.

«Quizás la verdadera causa fué otra. El Lic. don Miguel Domínguez visitaba el Colegio por negocios que tenía con la Mesa Directiva. Tal vez conoció allí á la joven Ortiz, y prendado de sus cualidades y de su hermosura, solicitó sacarla bajo los pretextos ya mencionados. Confirma esta sospecha, el que á poco tiempo, el 24 de enero de 1793, se unieron en matrimonio don Miguel Domínguez y doña María Josefa Ortiz.»

Y agrega el Sr. González Obregón que la ilustre heroína, después del triunfo de la Independencia y ya establecido el Imperio de Iturbide, la Emperatriz esposa de éste, doña Ana María Huarte, nombró á la Sra. Ortiz primera dama de honor; pero que al recibir ésta tan honroso nombramiento, contestó al portador con abnegación democrática y con altivez lo siguiente:

—«¡Diga usted que la que es *Soberana* en su casa, no puede ser *dama* de una Emperatriz!»

COYOTE, EL.—*José Viguera*s, originario de Totolapa.

Varios vecinos de dicho pueblo denunciaron á Viguera, acusándolo formalmente de *fautor de los rebeldes* y de haber sido un hombre perverso que tenía íntimas relaciones con algunos cabecillas, á quienes comunicaba interesantes noticias y ayudaba en favor de la insurrección, por lo que dichos vecinos le consideraban perjudicial á la paz y seguridad del referido pueblo.

Por esta acusación fué capturado Viguera y se le instruyó sumaria en Tlayacapa; pero después de hechas varias averiguaciones, se enviaron éstas á la Real Sala del Crimen, y el Virrey Apodaca solamente le impuso la pena de residir en un punto que estuviera guarnecido por tropas del Rey (diciembre de 1817).

CRISTO.—*José Miguel Durán de Huerta*.

A este individuo se le formó causa en Perote, el año de 1816, acusado de haber sido uno de los cómplices en la conjuración insurgente que se tramó en los Llanos de Apam, por cuyo delito fué

sentenciado á servir ocho años en los bajeles de S. M. en los mares de Europa, con calidad de que no pudiera volver á México ni á sus islas adyacentes, bajo ningún pretexto. (C. de I., tomo 170, n.º 98. Archivo General y Público de la Nación.)

CRISTOBALÓN.—No se menciona su nombre.

En una declaración que rindió en Aguascalientes, el mes de junio de 1816, Pedro González de Enterría, soldado del Batallón de Castilla, aseguró que un negro de Guinea, conocido por *Cristobalón*, era correo que con mucha frecuencia se ocupaba de llevar papeles y noticias de los insurgentes de Zacatecas para algunos cabecillas del Bajío.

La filiación que Enterría daba de dicho negro es la siguiente: «Con pasas (en el pelo), alto de cuerpo, manchada la cara de viruelas, con una cicatriz en el carrillo izquierdo, calzón de cuero, manga nevada de paño de la tierra.» (O. de G. de Realistas. Torres Valdivia, tomo 8.º Archivo General y Público de la Nación.)

CUATE, EL.—V. VARIOS.

CUATE, EL.—*Luis*.

Pertenecía á las tropas del jefe insurgente D. Francisco Osorno, y le tocó concurrir al ataque de Tulancingo en junio de 1812, así como á los combates de Tlaxcala, Pachuca y otros.

CUATES, LOS.—*Gervasio y Manuel Vásquez*.

Estos capitanes guerrilleros y otros llamados *los Lucianos* andaban por el Bajío prestando sus servicios á la causa insurgente; pero á principios de enero de 1817 se presentaron *los Cuates* á solicitar la gracia de indulto con el Teniente Coronel Larragoiti, Comandante de Salvatierra. El carácter áspero é insolente de este jefe hizo que dichos *Cuates* se volvieran al partido de la insurrección, pues públicamente los ultrajaba, llamándolos pícaros, malvados y ladrones, lo que dió motivo para que, irritados por la imprudente conducta de Larragoiti, se lanzaran nuevamente á combatir á los realistas, llevándose de Salvatierra alguna gente, armas y caballos. (C. de I., tomo 174, expediente 10. Archivo General y Público de la Nación.)

CULONA, La.—*Juana López*.

Acerca de esta mujer se refiere en una declaración que rindió en la villa de Lagos el soldado del Regimiento de Zamora, Domin-

go Hedreyra, que era originaria de Guanajuato y se ocupaba de conducir víveres, zapatos, sombreros, plomo, pólvora y otros artículos que llevaba de dicha ciudad para las tropas de D. Encarnación Ortiz y otros insurgentes del Bajío. En esta clase de patrióticos servicios ayudaban á Juana López tres mujeres de Guanajuato.

A consecuencia de la declaración del soldado Hedreyra, dispusieron las autoridades realistas que se procurara la captura de Juana López y sus compañeras; pero no hay constancia de que se hubiera conseguido cumplir esa orden. (O. de G. de Insurgentes, tomo 74 r., fs. 118. Archivo General y Público de la Nación.)

Por insignificantes que parezcan los servicios que Juana López prestó á la causa insurgente, ellos reclaman una justa deuda de gratitud en favor de esa humilde, pero atrevida mujer patriota.

CUREÑA.—*Juan Valdivia.*

La ciudad de Zacatecas era presa de grande alarma la tarde del día 14 de abril de 1811.

Las tropas realistas que guarnecían dicha ciudad habían salido precipitadamente á ocupar el cerro del Grillo, en cuya ventajosa posición se prepararon para resistir á las fuerzas insurgentes del General D. Ignacio Rayón, quien se acercaba por el rumbo del Saltillo con un ejército de mil hombres, después de haber inferido gloriosa derrota á las tropas realistas del Coronel Ochoa, en el Puerto de Piñones.

El valiente y patriota zacatecano D. Víctor Rosales y D. José Antonio Torres, que venían á la vanguardia con una sección de 500 insurgentes, habían empeñado reñido tiroteo con la avanzada realista, á la cual hicieron retroceder desde el inmediato mineral de Pánuco hasta el pie del cerro del Grillo. Casi al mismo tiempo apareció por el camino de Herrera el jefe insurgente D. José María Licéaga, enviado por Rayón á ocupar el cerro de la Bufa; pero advertidos de este movimiento, los realistas destacaron sobre Licéaga una fuerza que logró derrotarlo completamente, pues apenas pudieron escapar de aquel inesperado descalabro el mismo Licéaga, D. Francisco Rayón y un soldado.

El General Rayón pasó revista á su tropa, encontrando que en aquellos momentos sólo contaba con unos mil hombres de combate; pero sin artillería apropiada ni parque bastante para atacar con probabilidades de éxito á un enemigo numeroso, bien posicionado y con elementos favorables para una vigorosa resistencia. Sin embargo, el General Rayón no se desalentó por esto, y apelando á

un ardid que se le ocurrió en aquel instante, hizo que la multitud de mujeres que seguían á la tropa formara en la misma línea de batalla de ésta, con el fin de aparentar así mayor número de combatientes.

En tales condiciones, ordenó el General Rayón el ataque.

La noche cubría con su obscuro velo el campo que iba á presenciarse escenas sangrientas de intrepidez y de heroísmo.

Era la hora llamada de *ánimas* cuando comenzó á escucharse nutrido fuego de fusilería sobre la formidable posición del Grillo, que intempestivamente había sido asaltada por los valientes soldados de D. José Antonio Torres y de D. Víctor Rosales.

Los realistas hicieron tenaz resistencia, y por largo rato el estampido ensordecedor de sus cañones repercutió con eco prolongado y pavoroso en las montañas de Zacatecas; pero Torres no contaba con artillería para atacar al enemigo y hacer provechoso el asalto. Envió entonces un ayudante á decir á Rayón lo que pasaba. Este General se limitó á contestar lo siguiente:

—Diga Ud. á Torres que si no tiene artillería, la tome del enemigo.

El intrépido Torres, quizá avergonzado ó estimulado con esa espartana contestación, no midió ya el número del enemigo, ni se detuvo ante la ventajosa posición en que éste se encontraba.

Los asaltantes trepan con inusitado arrojo y entusiasmo hasta la cumbre de la montaña, y al grito de ¡viva la Independencia! ¡viva México! se lanzan ansiosos sobre los realistas, combatiendo con ellos á quemarropa y cuerpo á cuerpo, en reñida y sangrienta lucha.

Pocos momentos después, el ejército realista fué vencido y completamente derrotado por los insurgentes, quienes quitaron al enemigo casi todo su armamento y artillería, municiones de guerra y 500 barras de plata.

Al día siguiente en la mañana entró Rayón en Zacatecas con sus soldados triunfantes, y el jefe realista Zambrano huyó rumbo á Jerez con los restos de su tropa derrotada.

Fué éste un hecho de armas altamente glorioso para aquellas tropas insurgentes y para sus denodados y patriotas caudillos; pero el atrevido asalto del cerro del Grillo, la noche del 14 de abril de 1811, se hizo muy notable, porque durante él ocurrió un episodio extraordinario y sorprendente, cuyo relato nos ha transmitido la historia de aquella tremenda y borrascosa época.

Dícese que en los momentos en que se empeñaba rudamente el asalto al cerro mencionado, los insurgentes pretendieron hacer

uso de un pequeño cañón para batir al enemigo; pero como dicho cañón no tenía cureña, era difícil aprovecharlo como se deseaba. Sin embargo, un insurgente llamado Juan Valdivia, comprendiendo la imperiosa necesidad de hacer uso de aquella arma, se propuso servir de cureña, haciendo que sobre sus espaldas se colocara el cañón y se hiciera fuego con él. Sus compañeros de combate vieron en esto una determinación temeraria; pero Valdivia, poseído de un asombroso atrevimiento y de un ardiente patriotismo, substituyó la falta de la cureña con su propio cuerpo.

Se puso, pues, la carga correspondiente al cañón, se apuntó y se hizo fuego; pero después del disparo se vió que el intrépido Valdivia tenía la espina dorsal fracturada!

Indudablemente debió sentir el desventurado patriota terribles dolores en aquellos instantes; pero sobreponiéndose á la intensidad de éstos, preguntó tranquilamente á sus compañeros de armas si había hecho buen efecto el tiro, y como se le contestara afirmativamente, replicó diciendo:

—Entonces, muero ahora con gusto.

Este episodio, ejemplo de una sorprendente abnegación y de un valor heroico, ha merecido que la historia patria lo consigne en una de sus brillantes páginas y que D. Guillermo Prieto, el inolvidable *Fidel*, el inspirado y popular vate mexicano, haya cantado en un hermoso romance el heroísmo de Juan Valdivia ó *Juan Cureña*, como también se le ha llamado.

Y ciertamente, el nombre de aquel humilde y denodado defensor de la patria, es digno de que se le eternice en los anales de nuestra primera Independencia, porque la gloria con que Valdivia se cubrió sobre la montaña del Grillo, no es menos memorable que la que también hizo célebre al atrevido *Pípila*, en el sangriento asalto al Castillo de Granaditas, el año de 1810.

Episodios de este género, ejemplos de sublime abnegación, de valor sin igual y de heroico patriotismo, abundan en las páginas de nuestra historia; pero entre ellos resalta indudablemente, con imperecedero recuerdo, el nombre de Juan Valdivia, aquel intrépido soldado que ofreció con gusto su vida por la salvación de la patria.

CURRO EL EUROPEO.—*Francisco Fernández.*

De este individuo se sabe únicamente que era uno de los complicados en la entrega de la plaza de Acapulco, que fué propuesta por el español Gago al Cura Morelos. (Armijo, Gabriel, tomo 7, núm. 75. Archivo General y Público de la Nación.)

CHALLO. —*Hilario González.*

El mes de junio de 1811, fué descubierta en Oaxaca una conspiración insurgente contra el Gobierno realista, la cual debfa haber estallado en aquella ciudad.

Los principales promotores de dicha conspiración fueron D. Felipe Tinoco y D. Catarino Palacios, á quienes se formó proceso, y durante la tramitación respectiva aparecieron como cómplices Hilario González (a.) *Challo*, Gil Saucedo (a.) *Cabezón*, José María Ramírez (a.) *Pelón Chilaques*, José Romero (a.) *Chintico*, Pedro Vásquez (a.) *El Atolero*, y uno apellidado Flores (a.) *Pito Aguacate*, todos originarios de Oaxaca.

En dicho proceso consta que *Challo*, *el Cabezón* y *Chilaques* tenían dispuesta alguna gente armada con escopetas, machetes y cuchillos en sus respectivos barrios del Carmen, los Alzados y el Peñasco, y que en la casa de *Chilaques* se habían celebrado algunas juntas relativas á la referida conjuración; pero no se sabe qué castigo se impuso á dichos complicados, y solamente se puede asegurar que Tinoco y Palacios pagaron en el patíbulo su temerario y patriótico proyecto, muriendo valerosamente y sin flaquear ni en los postreros momentos de su vida, y que Gil Saucedo fué sentenciado á destierro perpetuo á Puerto Rico. (C. de I., tomo II, expediente 6. Archivo General y Público de la Nación.)

CHANO, EL.—*Francisco Salazar.*

Se ignora de dónde era originario; pero apareció como cabecilla insurgente en el Distrito de Toluca y no se refieren hechos notables de él. Fué aprehendido y fusilado en dicha ciudad, el año de 1813. (C. de I., tomo 150. Archivo General y Público de la Nación.)

CHAPANECO, EL.—Se ignora su nombre.

Este individuo pertenecía á la tropa del cabecilla Juan Bustamante, afamado y temible insurgente, cuyas correrías eran por Jalpan, Apaseo y otros lugares del Bajío. Con Bustamante andaban *el Chapaneco* y otro guerrillero apellidado Becerra, quienes fueron sorprendidos y capturados en el rancho de las Pulgas, sobre la sierra de Jalpan, el 21 de enero de 1819, por el Capitán D. Ramón Galinzoga, de la sección del General D. Antonio Linares, quien sumariamente y previos los auxilios espirituales, los hizo pasar por las armas en Apaseo. La cabeza de Bustamante la mandó colocar en un palo para escarmiento de los rebeldes.

En el parte respectivo se dice que *el Chapaneco* era bien cono-

cido en aquel rumbo como muy audaz y temido por las maldades que cometía. (O. de G. de Realistas. Linares, Antonio; tomo 9. Archivo General y Público de la Nación.)

CHARRO, EL.—*Diego Tovar*, originario de San Juan del Río.

Desde el año de 1813 comenzó á servir á la insurrección en la tropa del cabecilla Miguel Serrano, por los Llanos de Apam, y sucesivamente en las de Vicente Gómez, Arroyo y Colín, habiéndose encontrado en los combates de Nopalucan, Tlahuapan y Acultzingo y en el ataque de un convoy que se dirigía á México.

Tovar fué capturado en el encuentro que tuvieron el Teniente realista Soto y el cabecilla Colín, á inmediaciones de San Lorenzo Tlacoyen, el 14 de abril de 1815. El referido Tovar fué enviado á México á la Real Cárcel. Se le formó causa y estuvo preso algunos meses; pero consiguió que se le concediera la gracia de indulto y fué puesto en libertad. No se sabe otra cosa del referido *Charro*. (C. de I., tomo 183. Archivo General y Público de la Nación.)

CHARRO DÍAZ.—No se sabe de dónde era originario.

Fué uno de los cabecillas que, en las Provincias de Puebla y de México, andaban á las órdenes del famoso insurgente D. Francisco Osorno. No se refieren hazañas importantes del *Charro Díaz*; pero se sabe que concurrió con cien hombres al sitio de Tulancingo, el año de 1812.

CHATO MADERA.—Originario de Zacatecas.

Muy pocos días transcurrieron desde que el Brigadier realista D. Félix Calleja había abandonado la ciudad de Zacatecas para dirigirse á Aguascalientes y el Bajío, después de la derrota de D. Ignacio Rayón, en el rancho del Maguey.

D. Víctor Rosales, el patriota zacatecano que se había rendido á Calleja, quedando indultado y aparentemente pacífico en dicha ciudad, comenzó á conspirar contra el Gobierno realista; pero sus trabajos fueron descubiertos y delatados al Coronel D. Martín de Medina, Intendente interino de aquella Provincia, quien á su vez dió parte á Calleja de la conspiración que se tramaba en Zacatecas. Así es que éste ordenó á Medina que con el mayor sigilo procediera á la prisión de los presuntos conspiradores, recomendándole especialmente la captura de un individuo conocido por *Chato Madera*, á quien se tenía como peligroso y complicado en la referida conspiración.

El Intendente Medina procedió á cumplir la orden de Calleja, reduciendo á prisión á D. Víctor Rosales, á D. Juan su hermano y á otras personas; pero el *Chato Madera* y el P. Fr. Laureano Saavedra, al tener aviso de que también se les buscaba, lograron escaparse la misma noche de la aprehensión de D. Víctor (junio 12 de 1811), yendo á unirse á una guerrilla insurgente que andaba cerca de Zacatecas.

Después de lo que queda referido, no se volvió á saber más acerca del *Chato Madera*.

*
CHEMSCUA.—*José María Romero*. V. NIGUA.

CHEPE EL DIABLO.

A este cabecilla se le menciona únicamente por medio del apodo con que era conocido; pero no se hace ninguna indicación acerca de sus hechos como insurgente.

Dícese que capitaneaba alguna tropa por el rumbo de Huisquilucan, el año de 1812.

CHICHARRÓN.—*José María Tovar*. Originario de México.

Se le procesó en Coyoacán, en septiembre de 1813, acusado de robo de mulas pertenecientes á la hacienda de la Condesa, así como de haberse ocupado de conducir cartas de los insurgentes para el dueño de una panadería situada en la Puerta Falsa del Convento de Santo Domingo, en México.

Tovar fué remitido con su causa á dicha ciudad; pero como él supo defenderse bien y no hubo pruebas evidentes para castigarlo, se le puso en libertad, el 20 de junio de 1814, después de diez meses de prisión en la Real Cárcel. (C. de L., tomo 105, expediente núm. 5. Archivo General y Público de la Nación.)

CHICHIS PELADAS.—*Juan Ignacio Aguilar*.

Era Coronel insurgente y andaba con alguna tropa por el rumbo de Tolimán y otros puntos de la Sierra Alta.

El 7 de mayo de 1813, unido á los cabecillas Norberto Guerrero y Ramón Vargas, sostuvo con 200 hombres un rudo y sangriento combate en las alturas de Huacáncoro contra la tropa realista de D. Manuel Fernando Bocanegra, quien logró derrotar á los insurgentes, haciéndoles cuarenta muertos y quitándoles un estandarte con la imagen de la Virgen de Guadalupe, varios fusiles, 40 caballos ensillados y otros objetos. (O. de G. de Realistas. García Rebollo, tomo 6, fs. 280. Archivo General y Público de la Nación.)

05110

CHICO, El.—*El Platero Millán.*

Fué insurgente por el rumbo de Zacatlán, el año de 1813, y cuando entró allí el realista D. Carlos Llorente, lo capturó y fusiló en unión de otros prisioneros. Es lo único que se sabe de *el Chico*.

CHICO FLACO ó INDIO DEGOLLADOR.—Originario del pueblo de Apozol, Zacatecas.

En un documento que existe en el Archivo General de Zacatecas, se hace mención de dicho cabecilla, refiriendo que pertenecía á la fuerza insurgente de otro, conocido por *Indio Dolores*, ambos muy atrevidos, valientes y fogosos defensores de la causa de la insurrección.

Chico Flaco, conocido también con el apodo de *Indio Degollador*, era de instintos sanguinarios y se había hecho temer en el Sur de Zacatecas y lugares limítrofes á Jalisco, por los muchos desórdenes que cometía y principalmente por las numerosas muertes de europeos y de americanos que ejecutaba, por el solo hecho de que parecían como realistas.

El Indio Degollador fué hecho prisionero en un combate que una de las avanzadas del Cura realista D. Francisco Alvarez sostuvo en la barranca de Jaltihuiloca contra *el Indio Dolores*, que fué derrotado allí y también cayó prisionero. Ambos cabecillas fueron ahorcados de orden del Cura y suspendidos sus cadáveres en unos árboles, (octubre 24 de 1811).

CHICO PALO.

Sébase solamente de este cabecilla que el año de 1812 tenia una fuerza de cerca de 300 hombres de á pie y de á caballo, con los cuales se batió en el Portezuelo, en enero de dicho año, contra el realista D. Vicente Fernández, quien lo derrotó allí, causándole algunas pérdidas en hombres y armas.

En el parte respectivo se dice que *Chico Palo* y sus soldados se defendieron con denuedo por más de dos horas.

CHILE VERDE.—*Gregorio Sevilla.*

Cabecilla insurgente que merodeaba por varios puntos inmediatos á México, el año de 1814. Se presentó á indulto ante el jefe de los realistas en Tacuba; pero el Cura de aquel lugar, D. Antonio de Col y España, se dirigió luego al Virrey exponiéndole que la residencia de Sevilla en Tacuba la consideraba peligrosa, pues podía seguir extraviando á algunas personas con su conducta sedi-

ciosa y desarreglada. (C. de I., tomo 150. Archivo General y Público de la Nación.)

CHINILLOS.—V. VARIOS.

CHINGUIRITO.—V. *Caballo Flaco*.

CHINO, El.—*Miguel González*.

Cabecilla notable que con el carácter de Teniente Coronel anduvo en el Bajío, prestando importantes servicios á la insurrección.

Se dice que González era hombre de mucho ascendiente en Salvatierra y lugares inmediatos, donde tenía mucho crédito como valiente, activo y buen patriota. Con frecuencia enviaba espías al campo enemigo para estar al corriente del número de sus tropas y movimientos, y con el fin de crear partidarios á la causa insurgente y combatir con la palabra á los realistas, mandaba publicar papeles y proclamas firmadas por él mismo. Los enemigos lo juzgaban como un hombre temible y perjudicial, y lo perseguían con empeño, hasta que lograron aprehenderlo, el mes de febrero de 1817, en Santa Ana Maya, los soldados del Capitán D. Antonio Larragoiti, quien le perdonó la vida á ruego de dos de los mismos aprehensores, remitiéndolo á la cárcel de Celaya y dando parte de esto al Virrey. Este dispuso que González fuera á extinguir la pena de ocho años de presidio á Veracruz, adonde fué enviado, el mismo año de 1817.

González usó de alguna astucia en su declaración, diciendo que por la fuerza se había visto obligado á entrar en el partido de los insurgentes; pero que siempre había sido de buena conducta, que nunca había derramado sangre ni cometido excesos, y que el propósito de salvar sus intereses había sido otro motivo para impulsarlo á lanzarse á la rebelión.

CHINO CLAUDIO.

En el tomo 3.º de *México á Través de los Siglos*, se refiere que *el Chino Claudio* se guarecía con su partida de insurgentes en el fortín llamado La Antigua, el cual tuvo que desocupar en diciembre de 1815, al aproximarse las tropas realistas del Brigadier Márquez Donayo.

CHINO, El.—*José Rafael Tuhonor*.

En el parte que el Coronel D. Matías Martín de Aguirre dió al

Virrey Calleja, referente á los rebeldes pasados por las armas, en octubre de 1815, en el Distrito encomendado á dicho jefe, se menciona á José Rafael Tuhanor, alias *el Chino*, como Capitán insurgente fusilado en la hacienda de la Gavia, lo mismo que el Coronel José Joaquín González y siete rebeldes más.

CHINO, El.—*Nicolás González.*

Pocas referencias se hacen de este individuo en los partes de algunos jefes realistas; pero se sabe que llevaba grado de Coronel y que expedicionó por varios pueblos de Michoacán y principalmente en el Distrito de Toluca.

Se le perseguía con empeño, lo mismo que á Pedro Rojas, alias *el Negro*, porque éstos eran los que más se acercaban con su gente á las poblaciones inmediatas á México, y los que más quehacer daban á las tropas realistas.

González fué al fin hecho prisionero en Alfajayucan, el 16 de agosto de 1815, y fusilado allí en unión del cabecilla Ramírez.

CHINTICO.—*José Romero. V. CHALLO.*

CHITO.—*José María Villagrán*, originario de Huichapan, en el Estado de Hidalgo.

Si debe darse entero crédito á los informes que acerca de *Chito* Villagrán se encuentran en documentos de procedencia realista y en algunos relatos históricos, será preciso creer que antes de alistarse en las filas de la insurrección, había sido un hombre de relajada conducta y de carácter perverso, pues se asegura que tenía cuentas pendientes con la justicia por haber dado muerte alevosa á D. Antonio Chávez, Subdelegado de Huichapan, clavándole un puñal en la espalda, y que á causa de este crimen se vió obligado á lanzarse á la revolución, que casualmente estalló en aquellos días.

Como quiera que sea, *Chito* Villagrán, tan pronto como el ejército insurgente salió de Guanajuato rumbo á Valladolid, fué á ofrecer sus servicios á los primeros jefes de la insurrección, habiéndole autorizado el caudillo D. Ignacio de Allende para que, con el título de Teniente General de Lanceros, combatiera al Gobierno realista.

Pocos días después estaba ya *Chito* en campaña, con alguna gente lista para combatir en favor de la Independencia.

D. Julián Villagrán, padre del referido *Chito*, se había levantado también en armas contra el Gobierno realista; pero después de la batalla de Aculco, estuvo á punto de indultarse, sugestionado

por las hábiles y astutas indicaciones de un sacerdote amigo suyo; mas *Chito* se opuso abiertamente á que su padre cayera en la red que se le tendía.

En esos días (diciembre de 1810), pasaba un convoy de México para Querétaro, conduciendo pólvora y municiones de guerra, y José María Villagrán y los Anayas lograron interceptarlo en Calpulalpan.

Algunas veces, unido á su padre D. Julián ó á los Anayas, ó bien solo con su propia tropa, *Chito* dió pruebas de ser guerrillero audaz y atrevido; y como había logrado reunir numerosa fuerza, aunque mal armada, se atrevió á atacar á Zimapán con más de tres mil hombres; pero no habiendo logrado tomar aquella plaza, en desquite hizo incendiar muchas casas y algunas haciendas de beneficio (junio de 1811).

Pocos días antes, los Villagranes habían tenido un sangriento combate en Venta Hermosa con el Capitán realista D. Ildefonso de la Torre, á quien derrotaron completamente, matándole casi toda su infantería.

No fueron éstos los únicos hechos de armas en que *Chito* Villagrán se encontró, pues aunque su terreno de acción no era muy extenso, no cesaba de inquietar al enemigo donde quiera que se lo permitía la oportunidad; y como los servicios que prestaba á la causa insurgente no eran de poca importancia, el General D. Ignacio Rayón le confirió, en Tlalpujahua, el grado de Coronel (septiembre de 1812). Sin embargo, los desórdenes y los delitos que tanto D. Julián Villagrán como su hijo cometían frecuentemente, llegaron á oídos de Rayón, y resuelto éste á castigar los desmanes y la desobediencia de aquéllos, por no haber cumplido la orden que les dió de ir á auxiliarlo en un ataque contra Ixmiquilpan, marchó á Huichapan, donde se encontraban los Villagranes; pero éstos, tan pronto como comprendieron el propósito de Rayón, intentaron apoderarse de él, á cuyo fin mandaron tocar generala y levantar los puentes levadizos que había en la población. Sin embargo, aunque aquel caudillo llevaba poca gente, se revistió de grande audacia y energía, evitando así la pérfida trama en que pretendieron envolverlo los insubordinados cabecillas, quienes al fin se vieron obligados á huir rumbo á San Juan del Río, Zimapán y Xichú, donde siguieron dominando algún tiempo, sin que á D. Ignacio Rayón le hubiera sido posible sujetarlos, pues se lo impidieron otras atenciones más urgentes de la guerra.

Entre tanto el Gobierno realista perseguía tenazmente á los Villagranes, *Chito* procuró fortificar á Huichapan para resistir á los

realistas con más probabilidades de buen éxito; pero en mayo de 1813 fué atacado allí por el Teniente Coronel D. Pedro Monsalve, quien, á pesar de la resistencia que se le hizo, logró vencer á los defensores de la plaza, cogiendo prisionero á *Chito*.

Monsalve, queriendo aprovechar esta circunstancia para hacer que D. Julián Villagrán depusiera las armas, ofreció á *Chito* que le salvaría la vida siempre que su padre se indultara, á cuyo fin le permitió le escribiera en ese sentido; pero D. Julián, temiendo quizás una celada de parte del jefe realista, ó más bien, animado de la intención de no cejar en nada ante el enemigo, contestó á *Chito* que no se acojería á la gracia que se le otorgaba.

En tal concepto, el Teniente Coronel Monsalve ordenó que fuera fusilado el prisionero, cuya ejecución tuvo lugar el 14 de mayo de 1813. Al cadáver de *Chito* le fué cortada la cabeza, colocándola en seguida en un palo que se puso sobre el puente.

A los pocos días de la muerte del infortunado cabecilla, fué hecho prisionero su padre D. Julián, y pasado por las armas, habiéndosele igualmente decapitado para colocar su cabeza al lado de la de su hijo José María. Estos tristes y ensangrentados despojos permanecieron en expectación pública algún tiempo; pero no faltó quien ocultamente los quitara de aquel lugar; á causa de esta desaparición, se hicieron escrupulosas pesquisas, resultando de ellas que las mencionadas cabezas fueron encontradas debajo del puente, en estado de putrefacción y cubiertas con una capa de tierra y piedras.

El sanguinario Comandante Casasola, al noticiar al Teniente Coronel D. Cristóbal Ordóñez la desaparición de las citadas cabezas, le comunicaba que, á pesar de eso, seguiría adornando los puentes de Huichapan con *esa clase de fruta*. (O. de G. de Realistas. Ordóñez, Cristóbal; tomo 8. Archivo General y Público de la Nación.)

Las referidas cabezas fueron nuevamente expuestas en el mismo lugar en que antes estaban, y allí permanecieron hasta el mes de julio de 1815, pues habiendo manifestado el Cura de Huichapan y su Vicario á la autoridad realista que aquellos horripilantes despojos impedían que el Viático pasara por enfrente de ellos, con siguieron al fin que se les retirase de la vista del público.

¡Tal fué la saña que los soldados del Rey desplegaron contra los atrevidos y temibles Villagranes, aun después de que éstos no existían ya sino en fragmentos inertes é inofensivos!

En verdad que *Chito* Villagrán fué un guerrillero desordenado, sin ninguna disciplina y tal vez perverso, como lo pintan los realis-

tas; pero á pesar de tan triste verdad, es igualmente cierto que su valor, su audacia, su firmeza y su patriotismo estuvieron siempre al servicio de la causa nacional, hasta que un tremendo patíbulo puso fin á su existencia.

CHIVERO, El.—*Manuel Frías*. V. VARIOS.

CHIVERO, El.—*Pablo Antonio*, originario de San Francisco Tetecala.

Fué denunciado por su propia mujer, María Josefa de la Luz, quien lo delató de insurgente ante el Capitán realista D. Rafael Irazábal, el mes de abril de 1815, en Tlaquiltenango.

Se le formó proceso en Tetecala, y tanto por la declaración de la esposa, como por las de otros varios testigos, se aclaró que Pablo Antonio había tenido participio en algunos combates librados por los cabecillas Bustos, Morales, Vargas y Marquina, y que cuando no andaba con ellos, se iba á ocultar á una barranca llamada El Mogote, cerca de Chontalcuatlán. Se aclaró también que desde el principio de la revolución andaba sirviendo á los insurgentes, habiendo estado preso antes en la cárcel de Tetecala, de donde se había fugado con otros reos, llevándose los grillos con que se le tenía asegurado, y con los cuales se presentó á un cabecilla llamado Manjarrez.

CHOCO, El.

Pertenecía á las fuerzas del caudillo D. Guadalupe Victoria, en la Provincia de Veracruz.

Ninguna otra noticia acerca de dicho cabecilla he conseguido en los documentos consultados para formar estos apuntes.

CHOCOLATE.—*Manuel Muñoz*. V. PADRE CHOCOLATE.

CHOPAS.—*Ignacio Alvarez*.—V. VARIOS.

DIENTE MOCHO.—De apellido *Villarreal*, originario de Teocaltiche, Jalisco.

De este cabecilla se sabe que abrazó el partido de la Independencia cuando el P. D. José Pablo Calvillo, Mariano Abad Miramontes, Oropeza y otros anduvieron insurreccionando el Sur de Zacatecas y Aguascalientes.

Hombre atrevido y valiente, pero de carácter sanguinario, mandó matar en San Juan de los Lagos á un sacerdote llamado José

Manuel Flores, quien después de haber dado á *Diente Mocho* todo el dinero que pudo, fué inhumanamente asesinado y suspendido su cuerpo de un árbol, hasta que manos piadosas lo quitaron de aquel triste espectáculo, para darle sepultura. Pocos días después de ese atentado, cayó prisionero uno de los subalternos de *Diente Mocho* apellidado Melgarejo, que había tenido participio en la muerte del P. Flores, y como represalias de ésta, el Comandante realista D. Miguel del Campo mandó fusilar á dicho prisionero, haciendo que su cadáver fuese colgado del mismo árbol en que lo había sido el P. Flores (junio de 1811).

Dicho sacerdote, según refiere Alamán, se encontraba en la cama cuando lo sacaron arrastrando á matarlo, y era dueño de una rica mina en el Real de Catorce.¹

EMPERATRIZ, La.—Se ignora su nombre.

Era esposa del insurgente cabecilla Sandoval, que anduvo en la Nueva Galicia con el lego D. Miguel Gallaga, combatiendo á los realistas, el año de 1811, y en el reñido encuentro que dicho Sandoval tuvo en Colima, el mes de agosto del mismo año, con el Capitán D. Manuel del Río, fueron capturadas *la Emperatriz* y dos mujeres que la acompañaban; pero no se dice si se les impuso algún castigo. (Colección de Documentos para la Historia, por Hernández Dávalos; tomo III; pág. 341.)

FINA, La.—*María* . . .

En un manifiesto que el Gobierno Provisional Mexicano dirigió á los americanos desde el Fuerte de Jaujilla, el 24 de mayo de 1817, se dice acerca de María *la Fina*, lo siguiente:

«Vosotros, habitantes de esta Provincia, lo habeis visto (al insurgente indultado Manuel Muñiz) abandonar con escándalo su propia muger, y abarraganarse con una prostituta y deshonrada por los azotes, que en las posaderas se le dieron en la plaza de Tacambaro. Esta vil embaucadora, llamada vulgar é irónicamente *la Fina*, ha sido la causa de innumerables de vuestros daños y detrimentos: ella en realidad era el Comandante, daba los empleos militares, protegía á los bribones favoritos y disponía á su antojo del fondo Nacional: ella se apropió la Hacienda de la Loma, y de Chupfo, los Ranchos de Cirucio y del Quahulote.» (Armijo, Gabriel; tomo 13; fs. 21. Archivo General y Público de la Nación.)

La Fina parece que antes había sido también favorita del insurgente Marroquín.

¹ Historia de México, tomo III, Apéndice, pág. 82.

FLORERO, EL.—*Miguel Ramírez.*

D. Carlos M. de Bustamante refiere, en su *Cuadro Histórico*, que cuando el General Morelos fué atacado por el realista Cosío, cerca del Veladero, en marzo de 1811, había confiado la defensa del paso de la Sabana á *el Florero*; pero que éste por cobardía, dejó desamparado aquel punto, habiendo entrado á substituirlo el modesto, pero valiente, D. Hermenegildo Galeana.

GABINA, La.—*Juana Bautista Márquez.*

En una lista de causas y sumarias remitidas al Auditor de Guerra de Querétaro, D. Matías Antonio de los Ríos, se hace referencia á la causa que en Guanajuato se instruyó á Juana Bautista Márquez, conocida por *la Gabina*, y á su hijo José María, acusados de haber tomado parte en los asesinatos cometidos en la Alhóndiga de Granaditas, cuando el ejército del Cura Hidalgo atacó dicha ciudad.

Tanto *la Gabina* como su hijo fueron encarcelados y se les sujetó á un proceso, el cual no terminaba en septiembre de 1811; pero al fin sufrieron el castigo de morir ahorcados. (O. de G. de Realistas. Calleja, Félix; tomo 31; fs. 123. Archivo General y Público de la Nación.)

D. José María Licéaga, al hablar de este suceso en sus *Adiciones y Rectificaciones á la Historia de México*, por Alamán, refiere que *la Gabina* y su hijo murieron siendo inocentes del delito que se les acusaba, supuesto que por un deplorable error se les confundió con otra mujer que llevaba también el apodo de *la Gabina* y con un pariente de ésta, que fueron los que en realidad habían concurrido á Granaditas, el 24 de noviembre de 1810; pero que el General D. Félix Calleja, que no ignoraba ese equívoco, dispuso que de todos modos, hubiera ó no culpabilidad en *la Gabina* y en su hijo, se les hiciera morir en la horca, como así se verificó.

Esa infeliz mujer, próxima á subir al cadalso, protestó ante el sacerdote que la auxiliaba en aquellos tremendos instantes, asegurando que moría inocente del crimen que se le imputaba.

El referido sacerdote quedó tan aterrorizado de aquella sangrienta y terrible escena, que poco tiempo después sucumbió á causa de la enfermedad que le produjo la fuerte emoción que recibiera al presenciar ésta, la cual conmovió también á muchas personas de Guanajuato.

GALLO, EL.—*Cesáreo Torres.*

Encontrábase preso en la cárcel de Guanajuato, antes de que estallara la insurrección, acusado de haber dado muerte en riña á

Guadalupe Torres (a.) *Pinole*, y por haber cometido algún otro grave delito. Cuando el Cura Hidalgo entró allí, logró salir de la prisión; pero pasado ese hecho y vuelto Guanajuato á poder de los realistas, se denunció á Torres, por la mujer del Capitán D. Angel de la Riva, de que cuando ocurrieron los asesinatos de Granaditas, él había sido uno de los cómplices ó autor de tres muertes. Por sola esa declaración, y sin forma alguna de proceso, ordenó el General Calleja que se le aplicara la pena de muerte, la que se ejecutó, el 15 de diciembre de 1810, en Guanajuato, conduciendo al reo á la horca. (Bustamante. Campañas de Calleja, pág. 32.)

GATO, El.—*Francisco Moctezuma*.

Este individuo había sido sargento en las tropas del Rey, y cuando estalló la revolución en el pueblo de Dolores, lo habilitó D. Ignacio de Allende en clase de oficial de una de las compañías que dicho caudillo organizó allí, el mismo día 16 de septiembre de 1810. (C. de D. para la H. de la Independencia. Hernández Dávalos, tomo 2, pág. 323.)

GENERALA, La.—*Antonia Nava*.

Acerca de esta notable heroína, refiere el Sr. Luis González Obregón, en su obra titulada *México Viejo*, lo siguiente:

«En un pueblecillo perdido en las escabrosidades de la Sierra de Xaliaca ó Tlacotepec, en el Sur, el General D. Nicolás Bravo sufría tremendo sitio de los realistas. Estaban á sus órdenes D. Nicolás Catalán y un puñado de valientes; pero la situación era tan crítica, que hacía algunos días que las provisiones se habían agotado y el desaliento había invadido á los insurgentes, algunos de los cuales veían la capitulación como halagüeña esperanza. El General Bravo hizo un esfuerzo supremo. Sacrificando sus sentimientos humanitarios que siempre lo distinguieron, mandó *diezmar* á sus soldados para que comiesen los demás. La orden iba á cumplirse cuando D.^a Antonia Nava y D.^a Catalina González, seguidas de un grupo de numerosas mujeres, se presentaron al General y con varonil actitud le dijo la primera:

—«Venimos porque hemos hallado la manera de ser útiles á nuestra Patria. ¡No podemos pelear, pero podemos servir de alimento! He aquí nuestros cuerpos que pueden repartirse como ración á los soldados;» y dando ejemplo de abnegación sacó del cinto un puñal y se lo llevó al pecho: cien brazos se lo arrancaron, al mismo tiempo que un alarido de entusiasmo aplaudía aquel rasgo sublime.

«El desaliento huyó como los fantasmas con la luz de la mañana. Las mujeres se armaron de machetes y garrotes y salieron á pelear con el enemigo.

«No satisfecha la heroína, á quien llamaban *la Generala*, con aquella grandiosa acción, algún tiempo después, cuando contempló ensangrentado el cadáver de su esposo, que asesinado por los realistas había sido llevado á la presencia del gran Morelos, y cuando éste intentaba consolarla, manifestándole que por la patria aun mayores sacrificios debían hacerse, D.^a Antonia Nava, con voz entera y ahogando su dolor, dirigió á Morelos estas sencillas, pero elocuentísimas palabras:

—«No vengo á llorar, no vengo á lamentar la muerte de mi esposo; sé que cumplió con su deber; vengo á traer cuatro hijos: tres que pueden servir como soldados, y otro que está chico será tambor y reemplazará á su padre.

«¿Qué otra cosa hizo Cornelia la madre de los Gracos?»

Esta narración, con algunas variantes, la hace también D. Gerardo Silva en sus *Glorias Nacionales*, y si no fuera porque la autorizan como verídica escritores serios é ilustrados, parecería increíble tan alto grado de abnegación y de patriotismo, de parte de unas débiles y humildes mujeres, que haciendo desprecio de sus propias vidas, querían ofrecer un asombroso sacrificio para la salvación de la patria.

¡Que la Historia conserve perpetuamente en sus imborrables páginas, los nombres de esas heroínas mexicanas!

GRIEGA, LA.—*Bárbara Rosas*, originaria de Oaxaca.

Bárbara Rosas era una pobre mujer que á principios del año de 1811, servía como doméstica en Oaxaca en la casa del Capitán D. José Ximeno Varela, y como probablemente era adicta á la causa de la Independencia, tuvo en cierta vez una conversación con su vecina Francisca Enríquez, á quien aseguró que el Cura Hidalgo no causaba mal á nadie, sino solamente á los gachupines. Por esta sola especie, la Enríquez se presentó ante el Deán de la Catedral, Dr. D. Antonio Ibáñez de Corvera, denunciando á la citada *Griega* como insurgente. El Deán Ibáñez á su vez hizo la denuncia respectiva al Intendente Corregidor de Oaxaca, quien desde luego dispuso se instruyera la sumaria correspondiente, poniéndose á la acusada en la cárcel de las Recogidas.

Para proceder contra Bárbara no había más que un solo testimonio, el de Francisca Enríquez; así es que se tomó declaración á ésta y sostuvo lo mismo que había dicho al Deán Ibáñez de Cor-

vera. La acusada negó al principio haber vertido delante de la acusadora las expresiones que le imputaba; pero en el careo con ella se vió obligada á confesar la verdad, y como éste era el punto capital de la acusación, se remitió la sumaria al Virrey para que determinara lo conveniente.

Bárbara Rosas fué, por sólo el hecho referido, sentenciada á un año de trabajos en la cárcel de las Recogidas. (C. de I., tomo 99, expediente núm. 1. Archivo General y Público de la Nación.)

GUADALUPANO, El.—No se menciona su nombre. Era originario de Pinos, Zacatecas.

Este insurgente pertenecía á la fuerza del cabecilla Desiderio Lozano, oriundo también de Pinos y subalterno del Mariscal D. Víctor Rosales.

Lozano fué derrotado, el 13 de noviembre de 1815, en las Mesas de San Nicolás de Quijas, por el Sargento de Voluntarios de la hacienda del Lobo, D. Francisco Ornelas, en cuyo encuentro logró escapar el citado Lozano, aunque herido de un lanzazo; pero pocas horas después fué aprehendido en la Cieneguita y llevado á Pinos, donde sin miramiento alguno al infortunado prisionero, cuya fresca herida todavía chorreaba sangre, fué pasado por las armas en unión de Desiderio Lozano, José María Hernández y tres insurgentes más, todos originarios de Pinos. (O. de G. de Realitas. Torres Valdivia, tomo 7. Archivo General y Público de la Nación.)

GUAPARRÓN.

En el tomo 3.º de *México á Través de los Siglos*, se habla de *Guaparrón* como de un guerrillero insurgente que andaba en la Provincia de Jalisco y que se había indultado á fines de 1815, así como Gordiano Guzmán y otros.

GUANAJUATEÑA, La.

Regresaba del Saltillo el jefe insurgente, D. Ignacio López Rayón, después de haber sido capturados en Acatita de Baján, el Cura Hidalgo y sus compañeros, y durante la travesía que aquél emprendió rumbo á Zacatecas, fué atacado en el Puerto de Piñones por el Teniente Coronel realista D. José Manuel Ochoa.

Trabóse allí entre ambos ejércitos un rudo y sangriento encuentro, durante el cual, y en lo más comprometido de la pelea, llegó á faltar el agua á los artilleros insurgentes para el servicio de los cañones, de modo que éstos no podían obrar sobre el enemigo con la prontitud que en aquellos momentos era necesaria.

En la tropa de Rayón iban muchas mujeres, y entre ellas había una á quien llamaban *la Guanajuatense*. Esta, advertida de que á los artilleros había faltado el agua, y temiendo quizás que tal circunstancia pudiera refluir en perjuicio del buen éxito del combate, concibió una idea peregrina en favor de los insurgentes; pero indudablemente benéfica y provechosa y que en aquel momento apurado no se había ocurrido á los mismos artilleros.

¿Qué fué lo que hizo *la Guanajuatense*? Con ánimo varonil y sin pensar en el peligro que podía correr, se apresuró á tomar las cubetas de los artilleros, haciendo que en ellas se orinaran las mujeres que seguían á la tropa. De esta manera quedó suplida la falta de agua para refrescar los cañones, y poco tiempo después la victoria se decidía en favor de los defensores de la patria.

Lástima que la historia no nos haya transmitido el nombre propio de aquella atrevida amazona; pero siempre es satisfactorio saber que en la gloriosa batalla de Piñones hubo una mexicana patriota, de origen obscuro y humilde, que sintió la necesidad de consumir algún sacrificio ó de desafiar algún peligro, para contribuir al triunfo de las armas insurgentes.

GUERA, La.—*Ignacia Rodríguez*.

Parece que esta mujer era originaria de la ciudad de México, donde ordinariamente residía, y sin duda alguna profesaba marcado afecto á la causa de la Independencia, pues se dice que *la Güera Rodríguez* se había ocupado de proporcionar dinero al Cura Hidalgo para ayuda de la revolución. (Realistas, tomo 72, q. r., fs. 239. Archivo General y Público de la Nación.)

Otro motivo hay para creer que D.^a Ignacia Rodríguez era partidaria de la causa insurgente y la protegía, y es que, encontrándose preso en Puebla el Dr. D. Francisco Lorenzo de Velasco, notable y conocido insurgente, recomendó el Virrey Calleja al Comandante General de aquella ciudad que procurara inquirir con dicho Velasco algunos asuntos de interés en que estaba comprendida una mujer llamada *la Güera Rodríguez*, de quien se decía que proporcionaba dinero, paño y otros objetos para vestuario de los insurgentes, de cuyo asunto podía dar noticias el referido Dr. Velasco. (A. de I., tomo 1, fs. 57. Archivo General y Público de la Nación.)

En cuanto al resultado de las aclaraciones que haya hecho el Canónigo Velasco, no hay constancia alguna.

Además de esto, se cuentan algunas historias acerca de *la Güera Rodríguez*, de quien se rumoraba que era mujer de vida inquiete-

ta y de aventuras novelescas y románticas, en las que llegaron á figurar el Canónigo D. Mariano Beristáin y otras personas caracterizadas de la ciudad metropolitana.

En apoyo de esta aserción puede citarse el caso siguiente:

Cuando el P. Fr. Servando Teresa de Mier estuvo preso en la cárcel de la Inquisición, el año de 1817, aseguraba á su compañero de cautiverio, el P. Fr. José Lugo y Luna, que la referida *Güero* había tenido relaciones sospechosas con el Dr. D. Ramón Cardeña, Canónigo que fué de la Catedral de Guadalajara, y procesado como infidente por el mismo Tribunal de la Inquisición.

GÜERO, El.—*José Francisco Hernández.*

Este cabecilla, que pertenecía á las fuerzas insurgentes del Coronel Landaverde, comenzó á prestar sus servicios á la causa mexicana desde el principio de la revolución, en varios pueblos de la Provincia de San Luis Potosí y de Querétaro.

En enero de 1811, entró en San Pedro Tolimán con 200 hombres, donde se apoderó de las rentas reales que allí había, según se refiere en un parte que el Lic. D. Miguel Domínguez dirigió al Virrey, el 19 de dicho mes.

GÜERO DE ZIPIMEO, El.

Cuando el Cura D. Miguel Hidalgo, después del triunfo que obtuvo en Las Cruces contra el Coronel D. Torcuato Trujillo, intentó entrar en México, dispuso enviar al Virrey unos emisarios para conducir el pliego en que intimaba la rendición de la ciudad.

Para llenar esa misión fueron designados el Teniente General D. Mariano Jiménez, D. Mariano Abasolo, y Montemayor, á los cuales acompañaba el llamado *Güero de Zipimeo*, oficial que se dice era muy conocido en el ejército. (Historia General de México. Zamacóis, tomo 6, pág. 506.)

HUACAL.—*Bernardo Gómez, López, ó González de Lara.*¹

A principios del año de 1811, había logrado reunir en los pueblos de Tula, Nola, La Palma y otros lugares, en la Provincia de Tamaulipas, una fuerza de más de 200 indios, armados con algunos fusiles, espadas, lanzas, flechas y dardos.

Con esta pequeña tropa, aunque indisciplinada y sin elementos suficientes para entrar en lucha contra los realistas, comenzó á hostilizarlos en varios lugares de aquel rumbo, logrando que se

¹ Con los tres apellidos se le designa.

sublevaran muchos indígenas, y cuando pudo tener como 300 hombres, se dirigió á Matehuala, en cuya población entró sin resistencia, el 13 de junio de dicho año, cometiendo allí muchos desórdenes, de los que resultaron muertos algunos vecinos, á pesar de que el Presbítero D. Joaquín Zavala y otros eclesiásticos, temiendo justamente que *Huacal* cometiera graves males á su entrada, habfan procurado halagarlo, recibéndolo con muestras de aparente regocijo, haciendo que se repicaran las campanas y llevándolo á la iglesia para darle el agua bendita.

Huacal hizo reunir en la plaza á muchas personas del vecindario, con el fin de agregar á su tropa alguna gente, y á los que no se le unían de buena voluntad, los obligaba por la fuerza. De este modo consiguió aumentar dicha tropa con unos 700 hombres, aunque armados de una manera irregular.

La noticia de la entrada de *Huacal* en Matehuala, alarmó al Brigadier D. Joaquín Arredondo, quien inmediatamente hizo salir al Capitán D. Antonio Elozúa con una sección de tropa de Provincias Internas á recuperar dicha plaza, la cual fué sorprendida por dicho Elozúa, el 21 del mismo mes de junio.

Huacal se defendió bizarramente por espacio de algunas horas; pero la intempestiva llegada del Cura realista D. José María Semper y del Capitán D. Gregorio Blanco, acabó de decidir la derrota del cabecilla insurgente, quien sufrió la pérdida de algunas armas, 200 hombres muertos, 12 heridos y 169 prisioneros, habiendo él escapado á uña de caballo.

Huacal huyó con poca gente rumbo á Palmillas, y durante el trayecto fué cometiendo robos y algunos asesinatos. En el referido lugar fué rechazado, y viéndose sin suficiente fuerza y tenazmente perseguido, se dirigió por las inmediaciones de San Luis Potosí, entrando por San Luis de la Paz en el Bajío, en cuya comarca le tocó tomar parte, con el Padre Pedroza, Tomás Baltierra, *Negro Habanero*, Landaverde, Botello y otros cabecillas, en varios combates librados contra los realistas en Celaya, San Miguel y en el Cerro de la Cruz.

El 9 de noviembre, fueron atacados *Huacal*, Cleto Camacho, Tovar y González, por D. Francisco Guizarnótegui, en un punto llamado La Cebada, habiéndolos derrotado y hécholes más de 300 muertos, entre los que se contó González.

Pocos días después, logró entrar con sólo 40 hombres en San Miguel el Grande, con el propósito de sublevar dicho pueblo y de sacar de allí alguna gente, armas y recursos.

Algunos eclesiásticos se acercaron á *Huacal* para suplicarle

que se retirara, pues la población temía que se cometieran varios desórdenes; pero no les hizo aprecio y siguió ocupándose de entrar en las Casas Reales y otros lugares, en busca de armas y dinero, á la vez que sus soldados se entregaban al desorden en varios puntos de la población.

Entre tanto, D. Miguel María Malo, Subdelegado del lugar, y algunos vecinos realistas, al ver que los insurgentes eran en poco número y andaban muy confiados, tramaron en secreto, y de acuerdo con una parte del pueblo, echarse sobre *Huacal* y los suyos.

El referido Malo logró reunir, con mucho sigilo, alguna gente armada en un corral, y entonces salió resuelto á batir á los insurgentes, quienes no esperaban una agresión tan intempestiva, por cuya causa la sorpresa los desconcertó y no hicieron mucha resistencia, acabando por desordenarse, huyendo unos, y otros encerrándose en las Casas Reales, cuyo edificio fué acometido y ocupado por el populacho.

Huacal se dirigió entonces á los asaltantes para inquirir el motivo de tan inesperada agresión; pero lo recibieron á gritos y á pedradas, siguiéndolo hasta la orilla de la población, donde un grupo de amotinados logró capturarlo, lo mismo que á su valiente compañero José Dolores Mireles, quienes se defendieron desesperadamente contra el crecido número de sus aprehensores.

Huacal y Mireles fueron conducidos á la cárcel en medio de la algarabía, los ultrajes y amenazas de la multitud capitaneada por Malo, quien hizo que fueran pasados por las armas, en la noche del 18 de noviembre, dentro de la cárcel, donde también fueron fusilados, al día siguiente, once compañeros de *Huacal*. (O. de G. de Realistas. Calleja, Félix; tomo 21, fs. 243. Archivo General y Público de la Nación.)

D. Lucas Alamán refiere que la captura y muerte de *Huacal* ocurrió en San Luis de la Paz, lo que no es cierto, como puede probarse con el parte oficial referente á ese suceso.

HUAJES.—*José Salgado*.

Perteneció á la guerrilla del afamado insurgente Pablo Campos, que andaba con D. Vicente Guerrero en el Sur.

Huajes estuvo indultado algún tiempo; pero volvió á combatir en favor de la insurrección. El mes de marzo de 1819, fué capturado en Acatémpam por el Coronel realista D. Miguel Torres, quien inmediatamente lo mandó degollar en dicho pueblo. (Armi-jo, Gabriel; tomo 18, fs. 242. Archivo General y Público de la Nación.)

INDIO DEGOLLADOR.—V. CHICO FLACO.

INDIO DOLORES.

Este era uno de los cabecillas insurgentes que más quehacer dieron, en el Sur de Zacatecas y diversos puntos de Jalisco, á las autoridades y tropas realistas.

Se ignora de dónde era oriundo *el Indio Dolores*; pero se sabe que el año de 1811 militaba con una guerrilla bajo las órdenes del jefe insurgente Oropeza, quien por mucho tiempo combatió á las tropas del Rey, en combinación con Abad Miramontes, González Hermosillo, D. Víctor Rosales, los Nájeras y otros denodados y constantes defensores de la Independencia, en Zacatecas, Aguascalientes y Jalisco.

El Indio Dolores tenía fama de atrevido, valiente y fiel partidario de dicha causa; pero como todos los hombres de su clase, incultos, sin sentimientos nobles y humanitarios y sin moralidad, se dejaba arrastrar por los arrebatos de un ciego y fogoso patriotismo, creyendo, sin duda, que el desorden y el exterminio eran las mejores armas para combatir á los enemigos. Así es que, siguiendo esa equivocada senda, se hizo temer *el Indio Dolores*, para quien las vidas de los europeos ó de los realistas, eran la mejor ofrenda que podía llevarse á los altares de la Patria.

No había completado ni un año *el Indio Dolores* al servicio de la causa insurgente, cuando, el 24 de octubre de 1811, fué batido y derrotado en la barranca de Jaltihuiloca, por una avanzada de las tropas del Cura realista D. José Francisco Alvarez, en cuyo encuentro fué hecho prisionero el citado *Indio Dolores*, lo mismo que su compañero *Chico Flaco*.

Fué éste un verdadero triunfo para las armas del Rey, no tanto por la magnitud del encuentro, que fué una simple escaramuza, sino más bien por la importante captura de los dos cabecillas indígenas, á quienes se persiguió con tenaz empeño y encarnizamiento, por lo mucho que se les temía.

El Cura Alvarez, tanto ó más inhumano y sanguinario que las dos deseadas víctimas que acababan de caer en sus manos, dispuso que inmediatamente fueran sacrificadas en el lugar de la captura, haciendo que los cadáveres de los ajusticiados quedaran colgados de unos árboles, para público escarmiento y en castigo del crimen de haber sido insurgentes.

INDIO DOROTEO.

Este indio abrazó el partido de la Independencia, el año de 1811,

y tenía su principal asiento en la sierra de Cerralvo, Provincia del Nuevo Reino de León, y cuando el cabecilla insurgente José Herrera intentó atacar á la ciudad de Monterrey, *el Indio Doroteo* se puso á sus órdenes, llevándole desde La Chorreada un auxilio de 40 indios armados de fusiles.

El referido *Indio* se daba el título de General y siguió prestando sus servicios al lado del cabecilla Herrera; pero no se refieren casos que hayan podido hacerlo notable en la revolución. (Colección de Noticias para la Historia de Nuevo León, por el Dr. D. Eleuterio González.)

INGLESITO, El.—*Ricardo Ruiz de Esparza*.

Este guerrillero insurgente peleó en la Provincia de la Nueva Galicia contra los realistas, á principios de la revolución, y entre varios combates que tuvo con ellos, se menciona el de San Pedro de las Lagunillas, cerca de Santa María del Oro, contra D. Manuel Pastor, quien lo derrotó allí, haciéndole más de 600 muertos. (C. de D. para la Historia, por Hernández Dávalos; tomo III; pág. 311.)

JARALEÑO, El.—No se menciona su nombre.

Pertenecía á la tropa del Brigadier insurgente D. José Ignacio Franco cuando éste tuvo un encuentro en Jaramillos, Estado de Guanajuato, contra una partida de realistas, el mes de noviembre de 1812, y dos cabecillas compañeros suyos atacaron valerosamente la retaguardia, logrando hacer varios prisioneros, entre los que se contó el P. D. Francisco Plata, que fué fusilado de orden de dicho Franco en Comanja. (Ilustrador Americano, n.º 34, periódico insurgente.)

JIRO, El.—*Andrés Delgado*. Originario de Salamanca (Guanajuato).

Indudablemente fué uno de los más notables guerrilleros que en el Bajío combatieron al Gobierno realista, pues el temerario valor, la audacia, las hazañas y el patriotismo de Delgado no fueron inferiores á los de Albino García, los Ortiz, *Salmerón*, *el Anglo-Americano* y otros que se hicieron notables en aquel rumbo, durante la Guerra de Independencia.

Andrés Delgado era indio, joven, de humilde origen, y se ocupaba como tejedor de mantas. Su figura, según la pinta un historiador, no lo recomendaba, pues era de áspera fisonomía, algo contrahecho, pequeño de estatura y flaco; pero en cambio tenía una alma grande y un corazón en el cual nunca tuvo cabida el mie-

do, como pudieron testificarlo las llanuras del Bajío y el pavor que su solo nombre infundía á los realistas. Además, *el Jiro* manejaba el caballo con admirable destreza y, por lo mismo, era un completo jinete.

No se sabe á punto fijo cuándo comenzó á luchar en favor de la causa insurgente; pero sí consta que el año de 1817 andaba unido con el P. D. José Antonio Torres, con el Dr. D. José Antonio Magos y con D. Miguel Borja, quienes mantenían el fuego de la revolución en la Provincia de Guanajuato, sin dar ninguna tregua de descanso á las fuerzas realistas.

El Jiro mandaba el cuerpo de Dragones de Santiago, uno de los mejores por bien armado, por sus buenos caballos y por sus expertos y valientes jinetes. Este cuerpo perteneció á las tropas del mando de D. José Antonio Torres, con quien concurrió al combate contra el Coronel D. José Ruiz, en Pabellón, donde este jefe realista fué derrotado, á pesar de los prodigios de valor de sus soldados, pertenecientes al Regimiento de Barcelona. Ese mismo Ruiz había hecho degollar, pocos días antes, á 300 fugitivos del fuerte de Los Remedios.

El Jiro fué atacado por D. Anastasio Bustamante en la hacienda de Dos Ríos, donde con sólo 60 hombres que llevaba se batió bizarramente contra aquel jefe realista, quien no pudo derrotarlo, aunque Delgado tuvo que retirarse ante la superioridad numérica del enemigo.

Refiérese también que en otro combate había conseguido matar á 30 realistas, y que al pretender capturarlo, los compañeros de éstos, pudo atrevidamente escaparse de ellos.

Cuando el General Mina tuvo un combate con los realistas, en la hacienda de La Caja, *el Jiro* tomó parte en él con una sección de 150 de sus jinetes.

No fueron éstos los únicos combates en que el intrépido Delgado tuvo parte, pues él se ocupaba incesantemente en hostilizar al enemigo, procurando privarlo de víveres, ya incendiando las pasturas ó bien extrayéndose los ganados de las haciendas inmediatas á los lugares ocupados por los realistas. Su táctica en la guerra era casi la misma que empleaba el astuto Albino García.

Andrés Delgado tenía una fábrica de armas en el cerro de Santa Ana, y á efecto de ponerla en movimiento, hizo llevar de Guanajuato á algunos oficiales herreros.

Desgraciadamente la discordia se había introducido en el campo de la insurrección, sembrando recelos, envidias, enemistades y rencores entre los principales jefes, y de las deplorables disensio-

nes en que ellos se hallaban envueltos, surgieron á la vez algunos bandos que se hostilizaban recíprocamente, con gran detrimento de la causa nacional y de los intereses de la patria.

Esos funestos disturbios cundían también entre los jefes inferiores, y no pocas veces estallaron en actos de turbulentas y encarnizadas enemistades. El Cura D. José Antonio Torres, disgustado con D. Juan Arago, que por orden de D. José María Licéaga lo iba á substituir en el mando, se puso en pugna con éste, pretendiendo resistir á dicho Arago. *El Jiro* tomó parte en favor de Licéaga y de Arago. Este al fin se vió obligado á batirse contra el P. Torres, cerca de Zurumuato, y entonces *el Jiro*, con algunos de sus dragones, pasó el río y atacó al Cura, derrotándolo enteramente.

Andrés Delgado siguió combatiendo á los realistas, quienes lo perseguían con encarnizado empeño, y en junio de 1819 había ido á establecer su campamento en la Cañada de Landín ó de La Laborilla, cerca de Chamacuero, donde lo sorprendió una partida de realistas, el 3 de julio del mismo año, enviada por el Coronel D. Antonio Linares, al mando de D. Anastasio Bustamante.

El Jiro había logrado escapar, saliéndose del cerco que le pusieron los realistas; pero en su seguimiento lanzó Bustamante algunas partidas, una de las cuales pudo darle alcance, según refiere el parte oficial respectivo; mas el historiador D. Carlos M. de Bustamante dice que *el Jiro* se escapó envuelto en unas mangas y se fué á un rancho inmediato, de donde volvió á caballo y armado, insultando á los realistas y desafiándolos.

Como quiera que sea, el temerario insurgente comenzó á luchar cuerpo á cuerpo con el Alférez de Dragones de San Luis, José María Castillo, quien logró darle una lanzada y derribarlo del caballo, y como lo creía ya muerto, Castillo se entretuvo en capturar dicho caballo. Entre tanto, Andrés Delgado se sacó la lanza que tenía clavada en el pecho, y empuñándola se atrincheró detrás de unos peñascos, donde fué nuevamente acometido por Castillo, á quien atacó con admirable denuedo, logrando inferirle una herida en una mano. En auxilio de dicho realista ocurrieron luego varios soldados, á quienes *el Jiro* hizo tenaz resistencia, y aunque pudo precipitarse en una barranca, siguió allí combatiendo á sus perseguidores, sin querer rendirse á ellos, hasta que, abrumado por la fatiga y por el número de los que lo atacaban, sucumbió á manos de éstos. El historiador antes mencionado refiere que los realistas acabaron con él á pedradas y que le cortaron la cabeza, la cual llevaron al Comandante Bustamante, quien, deseando identificar-

la, hizo que la viera una mujer que llevaba un niño en los brazos. Ella era precisamente la *pilmama* del niño y éste era hijo de *el Jiro*; así es que tan pronto como dicha mujer vió la ensangrentada cabeza, prorrumpió en llanto, exclamando: «¡es mi amo don Andresito!»

Refiere, además, el aludido historiador, que Delgado, antes de que lo mataran, había matado á tres realistas y herido á otros; que era un hombre imprudente que no supo apreciar su existencia para el bien de la patria, y que sus enemigos temblaban y hufan al oírlo nombrar.

Bustamante envió la cabeza de *el Jiro* á Salamanca para que fuera expuesta en un paraje público, y decía del temible insurgente que era hombre emprendedor, asesino y de los más perversos de cuantos habían hostilizado á los realistas en la Provincia de Guanajuato. (O. de G. de Realistas. Linares, Antonio; tomo 10; fs. 345. Archivo General y Público de la Nación.)

En *Glorias Nacionales* de D. Gerardo Silva, se dice que *el Jiro* había recibido 25 heridas en los combates contra los realistas, y que á su padre lo habían fusilado por insurgente, el año de 1816.

El intrépido é indomable guerrillero, aunque haya pertenecido á la clase más humilde del pueblo, y á pesar de que se le haya acusado de acciones reprobadas en el campo de la guerra, fué un ardiente patriota que supo defender, con valor sorprendente y con firmeza inquebrantable, la libertad de la patria, sacrificándose heroicamente por ella.

Debemos consignar aquí, como un recuerdo de la rusticidad del malogrado *Jiro*, el contenido de un autógrafo suyo que existe en el Archivo General y Público de la Nación.

Helo aquí:

«Debera V. acerle un hentierro mui solegne al finado Capitan Dn. Gregorio Rueda como tan vien Bera si ai Beinte fuciles corrientes para que salgan los Dragones Marchando yáciendole su honor con sus descargos correspondientes.

«Debera estar alla á las ohonse ó dies del Dia y en la tarde se le dara sepulcro como lo ordeno.

«Ads. Junio 4-819.—*Andres Delgado*.

«Sr. Comte. Dn. Ciriaco Cardiel.»

JUANILLO.—*Juan José*.

Sábese únicamente que este cabecilla era de raza indígena y que anduvo combatiendo en favor de la causa insurgente, por el rumbo de Tuxcacuesco, en la Provincia de Jalisco, el año de 1813;

pero no se refieren hechos conocidos acerca de dicho cabecilla. (Partes impresos del General D. José de la Cruz. Guadalajara, febrero 10 de 1814.)

JUMO.—*Ignacio Gómez*, originario de Tulancingo, en cuyo lugar fué procesado, el mes de febrero de 1813, por el delito de infidencia, pues se le acusó de andar robando reses que conducía para los cabecillas insurgentes, Guerrero y Trujillo, que andaban por Zacatlán y Huauchinango. Se ignora el castigo que se le impuso.

Ignacio Gómez había abrazado el partido de la insurrección desde el año de 1811. (C. de I.; tomo 49, expediente 4. Archivo General y Público de la Nación.)

LANZA.—*Trinidad Prado*, originario de Lagos.

Era barretero en Guanajuato cuando estalló la revolución de la Independencia, y fué aprehendido en Zacatecas, en mayo de 1811, por insurgente, pues lo delató como tal José María Garrido, tambor mayor del batallón de Guanajuato, quien lo acusaba de haber tomado parte en los asesinatos de europeos en dicha ciudad, cuando el caudillo D. Ignacio de Allende entró allí, asegurando que Prado había dado muerte á D. Francisco Iriarte, á un Sayn, á los Portu y á otras diez ó doce personas, y que, además, había tomado parte muy activa en sublevar á la plebe contra dichos europeos. Se le acusó también de haber seguido al ejército del Cura Hidalgo, cuando este marchó á Valladolid, habiéndose encontrado en las batallas que dicho Cura dió á las tropas realistas. Por todo esto, ordenó el General D. Félix Calleja que se le instruyera sumaria, y aunque Prado negó rotundamente esos cargos, fué sentenciado á la pena capital, por el mismo Calleja, sentencia que se ejecutó en Zacatecas, el día 13 de mayo de 1811, fusilando al reo por la espalda y colgando su cadáver en la horca, con un papel que se le puso en una mano y que indicaba la constancia de su delito. (C. de I.; tomo 14, expediente 7. Archivo General y Público de la Nación.)

LEYTON.—V. CABO LEYTON.

LINOS, LOS.

No se mencionan sus nombres; pero se sabe que fueron Capitanes de guerrillas insurgentes, en el Distrito de Río Verde, San Luis Potosí, donde durante algún tiempo combatieron con denuedo á los realistas, hostilizándolos sin descanso, hasta que, perseguidos tenazmente por el Subdelegado D. Manuel de Ormachea, fueron

batidos y derrotados, el mes de enero de 1814, cerca de la hacienda de Jabalí, donde se les hizo prisioneros y se les pasó por las armas.

Uno de los mencionados *Linos*, que solamente había recibido tres balazos, sin que le causaran una muerte instantánea, tuvo todavía potencia para incorporarse, y levantando indignado la cabeza, increpó duramente á sus verdugos por su mala puntería, exclamando: «¡Ah, car . . . s!» (O. de G. de Realistas. Torres Valdivia, Manuel; tomo 3.º Archivo General y Público de la Nación.)

LUCIANOS, LOS.—V. CUATES.

LUNAR.—*Pedro Ameca*, indio originario de Tolutla, Veracruz.

Este cabecilla, de quien se hace mención en un informe de D. Pedro Landero al Gobernador de Veracruz, pertenecía á las fuerzas insurgentes del caudillo D. Guadalupe Victoria, y el teatro de sus correrías era el Distrito de Córdoba, donde, según se asegura, había cometido muchos robos, desórdenes y asesinatos, particularmente en cuantos soldados realistas caían en su poder, por lo que tenía amedrentadas á las poblaciones de aquel rumbo.

Pedro Lunar era muy temido y se tenía muy recomendada su captura, la que se logró el año de 1819, en Puente del Rey, formándosele la correspondiente sumaria; pero no hay noticias acerca de la pena que se le haya impuesto. (C. de I., tomo 164. Archivo General y Público de la Nación.)

MADRE DE LOS DESVALIDOS.—Se llamaba *Marcela*; pero no se menciona su apellido ni el lugar de su nacimiento.

Marcela, según se refiere en una declaración del soldado insurgente Pedro González de Enterría, rendida el año de 1816, en Aguascalientes, era una mujer ya vieja, que se ocupaba como correo de los insurgentes, á quienes llevaba papeles, noticias y encargos desde León y Silao hasta un punto llamado Puerto Espino, donde tenía su principal cuartel el cabecilla Mateo Franco, de las fuerzas de D. Ignacio Rayón. (O. de G. de Realistas. Torres Valdivia, tomo 8.º Archivo General y Público de la Nación.)

Por tan importantes servicios de la anciana *Marcela*, tal vez no exentos de dificultades y de graves peligros, los insurgentes de aquel rumbo la apreciaban mucho, y en gratitud de la excelente ayuda que, como mujer patriota y animosa, prestaba á la causa de la revolución, la llamaban cariñosamente *Madre de los Desvalidos*.

MANCO, El.—*Albino García*. Originario del Valle de Santiago.

Indudablemente fué *el Manco* García uno de los más notables guerrilleros que figuraron en el Estado de Guanajuato defendiendo la causa de la Independencia, y tanto en la historia de aquella época como en muchos documentos oficiales, se habla de él como de un hombre de gran valor y de temerario arrojo, audaz, astuto, activo y decidido partidario y defensor de dicha causa.

Albino García no era hombre culto ni instruído; pero no le faltaba viveza y talento natural. No había sido soldado ni conocía la táctica militar; pero en su esfera de guerrillero insurgente, dió inequívocas pruebas de su táctica especial ó su peculiar estrategia; mantuvo en continuo movimiento y alarma á los jefes realistas, hostilizándolos sin descanso, batiéndolos en todas partes, burlando sus persecuciones, desconcertando sus planes y yendo á provocarlos en sus mismos atrincheramientos ó plazas fuertes. Tampoco era un hombre familiarizado con las ideas de orden, de disciplina y de moralidad; pero poseído de energía y de grande resolución, supo dominar con su ruda palabra y con su personal ejemplo á sus subordinados, quienes no sólo lo obedecían y lo respetaban, sino que también le tenían grande afecto.

El Manco García se adhirió con entusiasmo y con ferviente patriotismo á la causa de la Independencia, y como disfrutaba de grandes simpatías en el Bajío, donde era conocido como hombre atrevido y capaz de acometer difíciles y arriesgadas aventuras, muy pronto consiguió reunir á su lado un grupo de hombres igualmente atrevidos y resueltos, que lo seguían de buena voluntad y lo ayudaron á conquistar la fama que adquirió como uno de los guerrilleros más famosos de la revolución insurgente.

D. Carlos de Bustamante decía que *el Manco* era inmoral, ladrón y borracho; pero á la vez astuto y valiente, y que su táctica temible y destructora desconcertaba á los mejores jefes realistas.

La tropa de Albino era escogida, y sus jinetes, muy diestros en el manejo del sable y de la reata, eran el terror de los realistas en aquella comarca, y el primer encuentro que con ellos tuvieron, fué en la hacienda de Quiriceo contra el Capitán D. Antonio Linares, á principios de 1811.

Muchos fueron los combates en que tomó parte Albino García, unos favorables y otros adversos; pero en todos ellos dió siempre evidentes pruebas de arrojo y valentía, y puede asegurarse que la activa y destructora campaña que durante año y medio sostuvo contra los realistas, fué una cadena no interrumpida de actos de intrepidez, de asaltos intempestivos, de combates rudos y sangrien-

tos y de episodios interesantes en que había que admirar al indómito guerrillero y á sus fogosos cosacos, siempre en lucha tremenda con los soldados del Rey.¹

Ni en la llanura, ni en los bosques, ni en las montañas había obstáculos insuperables para aquellos ágiles é incansables jinetes, que lo mismo hacían gala de entusiasmo y atrevimiento al frente del enemigo, como de impassibilidad y de resistencia ante las manifestaciones de la más dura intemperie, pues ni los ardientes rayos del sol, ni la intensidad del frío, ni las copiosas lluvias eran capaces de desanimar ó de contener en su ardor patriótico á los desalmados compañeros de Albino García, quien empleaba diversos modos de hostilizar á los contrarios, ya batiéndolos en campo abierto, ya poniéndoles peligrosas emboscadas, ya atacándolos al pie de sus mismas trincheras; y sobre todo, interceptándoles convoyes de víveres y de ganados, destruyendo sementeras é incendiando los forrajes que pudieran aprovechar; y á efecto de hacer nulos ó ineficaces los movimientos de las tropas realistas, la gente de Albino rompía los diques de las presas, á fin de que el agua inundara el campo, y por medio de zanjás cubiertas con hierbas en los caminos se lograba impedir el paso de la artillería enemiga.

Albino García llegó á reunir bajo su mando á algunos miles de combatientes de las tres armas; pero de preferencia hacía uso de la gente escogida de á caballo, en la cual tenía mayor confianza y á la que procuró equipar y armar de una manera conveniente, pues con esta clase de tropa fué con la que hizo sus mejores hazañas y causó mayores males al enemigo. Al presentarse al frente de éste, formaba en línea de batalla su caballería, desprendiéndola después en dos alas para flanquearlo ó envolverlo, que era la maniobra que *el Manco* llamaba *corral*, y que algunas veces le dió buenos resultados.

El historiador D. Lucas Alamán dice de Albino García lo siguiente:

«El que daba más quehacer á Calleja, era Albino García: guerrillero infatigable, se presentaba de improviso donde menos se le esperaba; derrotado en un punto y cuando se le creía destruído, aparecía en otro que había señalado para reunion á sus compañeros dispersos; atacaba los convoyes, cortaba las comunicaciones y espiaba por sus confidentes la oportunidad de caer sobre alguna población indefensa ó desprevenida.» (Historia de México, tomo 2.º, pág 294.)

¹ D. Lucas Alamán los comparaba á los beduinos.

Aunque el campo de sus operaciones era extenso, había escogido como cuartel principal el Valle de Santiago.

He aquí algunos de los hechos más notables de Albino García:

El mes de agosto de 1811, entró en Pénjamo con cerca de tres mil hombres. Puso arrestado á D. José María Hidalgo y Costilla, Subdelegado de aquel lugar, é hizo que varios vecinos tenidos como realistas, fueran amarrados y paseados por las calles, según refiere el mismo Hidalgo y Costilla en el parte que dirigió á Calleja.

Después de esto, sorprendió á Aguascalientes, en cuyo lugar hizo que fueran objeto de escarnio público algunas personas, que también fueron paseadas por las calles, lo mismo que hizo en Lagos, donde cometió algunos saqueos y mandó que fueran paseados en burros unos señores González y D. José María Rico, quienes corrieron el riesgo de ser fusilados.

Dos veces atacó á Guanajuato en unión de Baltierra, Cleto Camacho y Natera, poniendo en gran conflicto á la guarnición de aquella ciudad, pues habían logrado apoderarse de varios puntos, cometiendo saqueos, quemando algunas casas y matando á muchos realistas.

El Brigadier D. Diego García Conde se encontraba en el Valle de Santiago, con una respetable fuerza, y lo atacó *el Manco* en febrero de 1812, obligándolo á abandonar aquella población.

A D. Francisco Guizarnótegui lo batió en Celaya, y aunque no pudo derrotarlo, le causó algunas pérdidas.

En Parangueo sitió á D. Pedro Celestino Negrete; pero la proximidad de García Conde lo obligó á levantar el sitio, á fin de no verse envuelto por las tropas de esos dos jefes.

También con D. Pedro Celestino Negrete sostuvo serios combates en La Piedad y Valle de Santiago, y con D. Miguel del Campo en Celaya.

Al salir Iturbide, en febrero de 1813, fué vigorosamente atacado por numerosas partidas acaudilladas por *el Manco*, quien logró quitarle una parte del convoy, y pocos días después volvió á batirlo entre Parangueo y Valle de Santiago.

En resumen, casi no hubo un importante encuentro de armas en todo el Bajío, en que dejara de tomar parte el infatigable Albino, quien había logrado establecer una fábrica de cañones y de pólvora en el cerro de la Magdalena, y se sabe que también mandaba fabricar moneda en el Valle de Santiago, imitando el cuño de Zacatecas. (O. de G. de Realistas, tomo 106, fs. 42. Archivo General y Público de la Nación.)

El Gobierno realista, justamente preocupado con la temible actitud del denodado *Manco*, no omitía ningún esfuerzo para destruirlo y para sofocar la imponente revolución que él sostenía con sus bravos compañeros. Por esto sucedió que dicho Gobierno se viera obligado á lanzar sobre los insurgentes del Bajío, y particularmente sobre Albino García, numerosas tropas encabezadas por jefes expertos y de reconocida nombradía militar, entre los que principalmente figuraron: García Conde, Negrete, Orrantía é Iturbide, habiendo tocado á este último la fortuna de quitar á la insurrección uno de sus más firmes y valerosos defensores.

Albino García fué batido en el Valle de Santiago por el Capitán D. Agustín de Iturbide, el 4 de junio de 1812, y después de rudo y sangriento combate, en que perecieron más de 200 insurgentes, fué hecho prisionero en unión de su hermano Francisco y de otros dos cabecillas que fueron conducidos á Celaya y entregados al Brigadier García Conde, quien lleno de inmenso júbilo por tan importante presa, quiso llevar hasta el extremo la explosión de ese júbilo, cometiendo un acto incivil y reprobado, y aun puede decirse que de estúpida venganza, pues en el parte respectivo decía al Virrey Venegas lo siguiente:—«La brevedad del tiempo no me ha permitido recibir á ese generalísimo ladrón con todo el tono de burla que deseaba; pero sin embargo le he hecho formar la Tropa, que estaba deseosísima de verlo, haciéndole salva de Artillería con repique de Campanas, paseándolo por la Plaza con un concurso de gente extraordinario, y lo tengo bien asegurado con todos los demás para el justo castigo que merecen.»

Si el tiempo hubiera dado lugar á García Conde, habría crecido de punto el *tono de burla* con que intentaba recibir al inerme *Manco*, pues nada más fácil que hacer una impía befa ó un brutal escarnio con el maniatado prisionero, que estaba ya en la imposibilidad de defenderse y, por tanto, no podía evitar el duro ultraje á que su desgracia lo sujetaba.

Pasada esa burlesca escena, se procedió á tomar á Albino García algunas declaraciones, encaminadas á descubrir el paradero de los intereses que se dijo había robado, y en seguida se le puso en capilla, lo mismo que á su hermano Francisco y á los otros dos prisioneros, dándoseles solamente el tiempo necesario para que se prepararan cristianamente.

Por fin, llegó la hora fatal para los sentenciados á la última pena, y ésta se cumplió en Celaya, la mañana del 8 de junio, con la solemnidad y el bélico aparato que se quiso dar á la ejecución de un cabecilla contra quien pesaban terribles cargos y contra el que

se había desatado toda una tempestad de persecuciones, de maldicciones y de crueles deseos de venganza, de parte de aquellos que tanto odiaban y temían al intrépido revolucionario.

Solamente faltó, para completar el gozo de los realistas, que al rodar en el suelo el cuerpo de Albino García, herido por las balas enemigas, se hubieran lanzado estruendosos vivas y tocado entusiastas dianas; pero en cambio, los cadáveres de Albino y de su hermano fueron suspendidos durante cuatro horas en una horca. La cabeza del primero fué colocada sobre un palo, la mano *manca* se remitió á Guanajuato y la otra á Irapuato, para que también sirvieran de expectación y de escarmiento públicos en aquellos lugares.

García Conde refiere en el parte respectivo que Albino García escribió antes de morir una carta á sus padres, pidiéndoles perdón y mostrándose arrepentido de no haber practicado sus buenos y paternos consejos. (Gaceta del Gobierno de México, núm. 247, año de 1812.)

Así acabó el audaz é indómito insurgente, que fué la continua pesadilla y el terror de los realistas del Bajío, quienes no habían podido separarlo de las filas insurgentes, ni por reiteradas y halagüeñas promesas, ni por medio del indulto, ni por terribles amenazas y persecuciones, que no solamente iban dirigidas á él, sino también á sus padres, pues éstos fueron aprehendidos en Salamanca por orden reservada de Calleja, quien hizo le fueran enviados con una escolta al lugar donde él se encontraba, é igual suerte hubiera tocado á la esposa, si ésta, que era una mujer varonil y de ánimo atrevido, no hubiera acompañado á García, compartiendo con él las duras penalidades de la campaña y los riesgos de aquella lucha sangrienta y sin cuartel.

Refiérese que la esposa de Albino, montada á caballo y con el sable en la mano, tomaba parte en los combates, animando con su ejemplo á los soldados insurgentes. (*México Viejo* por González Obregón, cap. 23.)

Esa atrevida mujer se llamaba Guadalupe Rangel, y era originaria de Cotija. Estuvo presa en Guadalajara, el año de 1812; pero al fin consiguió que la pusieran en libertad. (Colección de Documentos de Hernández Dávalos, tomo IV, pág. 124.)

Realmente es sensible que Albino García, hombre de valor á toda prueba, incansable en combatir á los realistas, firme en sus principios revolucionarios y astuto y audaz en sus operaciones militares, hubiera mezclado á esas recomendables condiciones, muchos actos de inmoralidad, de punible libertinaje y de salvajismo

repugnante, que le acarrearón el encono y el odio de sus enemigos y aún de muchos partidarios de la insurrección, uno de los cuales, el P. Fr. Laureano Saavedra, decía de Albino, en una proclama que dirigió al Ayuntamiento y vecinos de Celaya, lo siguiente:

«¡O maldito manco Albino! Atila de este Septentrion, aborto del infierno, monstruo horrible de impiedades, tus infamias, tus imponderables infamias, tus daños incalculables, han obligado á muchos fieles patriotas á trasladarse á los lugares ocupados por el tirano enemigo! Yo no me asocio con tan espantable rival de la humanidad.» (O. de G. de Realistas. Guizarnótegui, Francisco; tomo 1; fs. 101. Archivo General y Público de la Nación.)

La Suprema Junta de Zitácuaro, de la que era Presidente D. Ignacio Rayón, impulsada por las frecuentes quejas que recibía acerca de la desobediencia y de los actos delictuosos que el turbulento guerrillero cometía, expidió contra él un tremendo decreto en Sultepec, declarándolo traidor á la Nación y á la misma Junta, y ordenando que se le persiguiera hasta exterminarlo por tan *enorme delito*, no obstante de que Albino García supo mantener con su astuta táctica y con sus atrevidas correrías el fuego de la revolución en el Bajío, sin dar un momento de reposo á las tropas realistas.

El famoso guerrillero, despreciando las órdenes y reconvenciones de la Junta de Zitácuaro, decía que para él no había más *junta* que la de dos ríos, ni otra *alteza* que la de un cerro. (Arrangoiz. México desde 1808 hasta 1867, tomo 1.º, ps. 143.)

En una pastoral del Obispo Abad y Queipo se dice que Albino, tomando parte en las disidencias que surgieron entre los jefes insurgentes, había batido á los Mariscales Huidobro, Martínez y Cajiga, y que en Puruándiro colgó al Coronel González, nombrado por Hidalgo.

Lo más probable es que en las duras inculpaciones que se hacían al famoso guerrillero, haya habido algo de exageración; pero de todos modos, la patria le debe haber luchado por ella, con ardiente decisión y con inquebrantable firmeza.

MANILOS, LOS. V. MOROS.

Meco, El.—*Leandro Rosales*.

Se refiere en un parte que publicó el Brigadier realista D. José de la Cruz, que Leandro Rosales era uno de los compañeros del cabecilla indígena Nazario Arias, quien el año de 1812 merodea-

ba por Santa María del Oro y otros lugares de la Provincia de Jalisco.

Las fuerzas realistas de D. Francisco Monroy, Subdelegado de Ahuacatlán, derrotaron al indio Nazario Arias, cerca del pueblo de Xala, y *el Meco* se retiró á dicho pueblo, donde fué capturado, lo mismo que el insurgente Jesús López, quienes fueron fusilados en el referido pueblo, el mes de junio de 1812. (Colección de Documentos para la Historia de la Independencia, por Hernández Dávalos; tomo 4; ps. 435. *Gaceta de México*, tomo 3, 1812.)

Sin embargo de la aseveración anterior, existe un dato oficial en el que aparece que *el Meco* andaba todavía el año de 1814, militando en las tropas de D. José María González Hermosillo, con quien tomó parte en el combate que dicho jefe dió á los realistas en el pueblo de Cuquío, el 1.º de abril de dicho año, y en donde murió *el Meco* á manos del paisano Antonio Prieto, según se refiere en el parte que se rindió al Brigadier D. José de la Cruz. (O. de G. de Realistas. Cruz, José de la; tomo 12; fs. 197. Archivo General y Público de la Nación.)

De donde resulta que alguna de las dos noticias anteriores es errónea, ó que tal vez hubo dos insurgentes con el mismo apodo en la Provincia de Jalisco.

METEMANO. V. VARIOS.

MOCHO, EL.—*Mac Fallen*.

Este individuo era norteamericano y se le señalaba como uno de los principales y más activos cabecillas de la insurrección, en la Provincia de Texas, y como se le confió la comisión de ir á sublevar á los indios *lipanes* y á reconocer el estado de las tropas realistas, en la bahía del Espíritu Santo, fué capturado allí en unión de tres americanos y un español, todos los cuales fueron pasados por las armas, en dicho lugar, el mes de agosto de 1814. (O. de G. de Realistas. Torres Valdivia, tomo 4. Archivo General y Público de la Nación.)

MOLE. V. VARIOS.

MONIGOTES, LOS.—*Antonio Quintero y Quirino Balderas*.

Mandaban una guerrilla de temibles insurgentes, cuyo principal campo de acción eran los puntos inmediatos á Comanja y el Fuerte del Sombrero.

Quintero y Balderas eran afamados en el Bajío por su temera-

rio arrojo y valentía, y ambos murieron en un reñido encuentro librado en la Cuesta del Toro, contra el realista D. Felipe Escalante (mayo de 1817).

Los Monigotes formaban parte de las guerrillas auxiliares del intrépido defensor de Comanja y del Fuerte del Sombrero, D. Pedro Moreno, y dependían del mando inmediato de D. Encarnación Ortiz, *el Pachón*.

Después de la muerte de Quintero y de Balderas, la guerrilla de éstos siguió siendo conocida ó denominada con el nombre de *Monigotes*.

MOROS, LOS.

Según refiere D. Fulgencio Vargas, en un interesante librito intitulado *La insurrección de 1810 en el Estado de Guanajuato*, los *Moros* eran miembros de una familia de apellido González, residente en el Valle de Santiago á principios de la pasada centuria, y el sobrenombre con que se les designaba les fué aplicado porque aquella familia descendía de la raza morisca en España.

El padre y dos hijos de la citada familia se habían manifestado decididamente adictos á la causa de la Independencia, y aunque no llegaron á tomar las armas para defenderla, sí la ayudaban proporcionando subsidios ó recursos de alguna cuantía, por cuyo motivo se hicieron sospechosos á los realistas, quienes espíaron una ocasión oportuna para apoderarse de aquellos peligrosos partidarios, que mantenían estrechas relaciones con los afamados insurgentes Albino García, Andrés Delgado, Tomás Baltierra y otros.

El realista D. Agustín de Iturbide había logrado adueñarse de la situación en el Valle de Santiago, y sabiendo que *los Moros* eran partidarios decididos de la causa americana, se resolvió á apoderarse de ellos, lo que tuvo lugar el 25 de julio de 1812, precisamente cuando dichos *Moros* ó González asistían á una misa en la parroquia del pueblo, muy ajenos de lo que contra ellos había determinado Iturbide, para quien no fué un obstáculo la santidad del recinto en que se verificó la ruidosa aprehensión.

Grande fué el escándalo á que ésta dió lugar entre los fieles concurrentes á la referida ceremonia; pero al fin Iturbide satisfizo sus deseos, y, queriendo dar al público un espectáculo sangriento como los que él acostumbraba, condenó á muerte á *los Moros*, sin que precediera ningún trámite legal á tan dura determinación, la que se cumplió en la plaza principal del pueblo, frente al templo que acababa de ser profanado por el cruel defensor de la causa del Rey.

En vano fué ofrecido á Iturbide un espléndido rescate por la vida de los infortunados prisioneros, pues el jefe realista, que sentía verdadera satisfacción ó gusto de cortar las cabezas y derramar profusamente la sangre de los insurrectos, se mostró entonces como él era: duro, inflexible é inhumano.

Los Moros, dice el Sr. Vargas, sucumbieron «sin que apareciera en sus semblantes el más mínimo rasgo de temor ó apocamiento.»

Probablemente *los Moros* eran los llamados *Manilos*, de quienes decía el Virrey Apodaca al Brigadier D. Domingo Luaces que habían sido despojados ó robados por el Coronel Iturbide, cuando éste estuvo en el Bajío. (O. de G. de Realistas. Luaces, Domingo; tomo 3; fs. 160. Archivo General y Público de la Nación.)

MUERTO, El.—*José María Medrano*, originario de Zacatecas.

En la declaración que ante la autoridad realista de aquella ciudad rindió el joven José María Rosales, hecho prisionero el mes de septiembre de 1813, cuando su padre, el caudillo D. Víctor, entró en Zacatecas, se refiere que José María Medrano, (a.) *el Muerto*, se ocupaba de llevar noticias y correspondencia de la familia de D. Víctor y de varias personas adictas á la insurrección, que estaban en inteligencias secretas con el referido caudillo.

La última correspondencia que Medrano llevó á Zacatecas la ocultó cuidadosamente en un bulto de flores, de *rosa de Castilla*, que haría pasar, en caso necesario, como un encargo para usos medicinales.

A primera vista parece insignificante el mérito que pudo contraer José María Medrano desempeñando el humilde cargo de correo; pero si se toman en cuenta su probada fidelidad, su reserva, sus ingeniosos medios para llevar ocultos los papeles que conducía, las duras fatigas é intemperies que arrostraba para cumplir su comisión debidamente, desde Zacatecas hasta Michoacán ó al lugar en que podía encontrarse D. Víctor Rosales; y sobre todo, el grave peligro que corría entre los realistas, de ser descubierto y tal vez castigado con la muerte, ó cuando menos sumido en alguna cárcel por muchos años, son estos motivos suficientes para considerar muy meritorios los servicios que en esa línea prestó *el Muerto* á la buena causa insurgente.

Después de la declaración de José María Rosales, no se sabe qué pasaría al patriota Medrano.

(Inquisición, tomo I. Archivo General y Público de la Nación.)

NEGRITO CLARA, El.—Se ignora su nombre.

El insigne caudillo D. José María Morelos se dirigía á atacar á Acapulco, por orden del Cura Hidalgo, y en su marcha hacia aquel puerto tocó el pueblo de Tecpan, donde se encontraban D. Juan Galeana y sus hermanos, quienes se unieron luego á dicho caudillo para combatir en favor de la Independencia.

D. Juan Galeana había comprado á unos náufragos de la costa del Sur, un pequeño cañón, que después servía para hacer salvas en las fiestas religiosas que se verificaban en la hacienda del mismo D. Juan. Al mencionado cañón le llamaban *el Niño*, y este formó parte de la artillería de que hizo uso el Cura Morelos contra los realistas de Paris, en el cerro del Veladero.

En ese combate encomendó D. Juan Galeana la defensa de una batería, de la cual formaba parte *el Niño*, á un negrito de la costa, á quien llamaban *Clara*, y de quien se dice que era muy patriota, de mucho valor y de buenas aptitudes para el manejo de los cañones.

Desde entonces, *el Negrito Clara* y *el Niño* fueron inseparables compañeros, pues según se refiere en el *Diccionario de Historia y Geografía* de Orozco y Berra, el citado negrito fué el único artillero que manejaba el pequeño cañón.

Después del sitio de Cuautla, *el Niño* quedó en poder de los realistas; pero en cuanto al artillero *Clara*, no se sabe otra cosa que lo que dice D. Carlos M. de Bustamante, asegurando que, después de consumada la Independencia, *el Negrito Clara* vagaba por las calles de México, llevando amputada una mano y hecho un infeliz pordiosero, que vivía implorando la caridad pública para mantenerse.

NEGRO, El.—*Pedro Rojas*.

Residía en el pueblo de San Angel, en el Distrito Federal, y era negro de raza pura, africana.

No se sabe á punto fijo cuándo ó cómo comenzó su carrera de insurgente; pero hay datos para asegurar que Rojas prestaba sus servicios á la causa mexicana desde el principio de la revolución de Independencia.

Hombre decidido y animoso, se lanzó á combatir con una pequeña guerrilla, compuesta de hombres atrevidos y resueltos, mal armados, pero muy conocedores del campo de sus operaciones, que era comúnmente la parte Sur y Oeste inmediata á México.

Sus habituales correrías eran por los pueblos de San Agustín de las Cuevas, Coyoacán, San Nicolás, Ajusco, Santa Fe, Cuajimalpa y otros varios, donde contaba con amigos y adeptos que le

proporcionaban avisos cuando alguna tropa realista iba á perseguirlo.

Pedro Rojas era subalterno del cabecilla Coronel Nicolás González, (a.) *el Chino*, quien le tenía encomendada la comisión de recorrer los pueblos indicados, tanto para obtener víveres y recursos, como para hostilizar frecuentemente al enemigo; comisión que Rojas desempeñaba con 20 ó 25 hombres, á lo más, y á veces con unos cuantos; pero como él y los suyos eran muy conocedores del terreno en que practicaban sus correrías, la tenaz y encarnizada persecución que se les hacía, resultaba estéril, porque, burlando á los soldados realistas, se dispersaban á su vista, para ir á reunirse á algún punto convenido, ó bien á ocultarse en las escabrosidades de los cerros ó del monte del Ajusco, que era su más seguro y acostumbrado asilo.

Por algún tiempo se mantuvo Rojas causando inquietudes y alarmas en los pueblos, pues no solamente cometía desórdenes, tropelías y robos, sino que algunas veces cebaba su saña contra las personas que aparecían como realistas ó *chaquetas*, principalmente si eran justicias ó gobernadores de dichos pueblos.

El arrojado é infatigable guerrillero había hecho entrar en serios cuidados al Gobierno realista, tanto por las depredaciones y asesinatos que cometía, como porque éste no se limitaba solamente á entrar de sorpresa en las poblaciones pequeñas, sino que también tomaba parte en combates de alguna importancia, como fué el de Jico, en el que se dió muerte á un Capitán realista apellidado Acha, y en el asalto que en el camino de Toluca á México tuvo lugar contra un convoy que se dirigía á esta ciudad. El Virrey no cesaba de recomendar á los subdelegados y jefes realistas que persiguieran con actividad á Rojas, hasta acabar con él ó capturarlo. Así es que tras de muchas y fatigosas expediciones, encaminadas á ese fin, se consiguió sorprenderlo, á principios de 1817, conduciéndolo á San Angel, de cuya cárcel pudo fugarse, burlando la vigilancia de sus guardianes y yendo á esconderse en los cerros inmediatos al Ajusco, de donde salió nuevamente á continuar sus acostumbradas correrías; pero en esta vez su encono creció de punto contra los realistas, á quienes irremisiblemente sacrificaba cuando caían en sus manos; y si debe darse crédito á los partes de algunos jefes y subdelegados, Pedro Rojas se había constituido en un feroz é implacable asesino y bandolero, que tenía sumidas á las poblaciones en un positivo y justificado terror, á causa de los numerosos asesinatos que en toda clase de personas cometía él mismo ó por medio de su asistente José Santos.

Don Lucas Alamán refiere que Pedro *el Negro* tenía una cueva en el monte Ajusco, en la cual hacía arrojar los cadáveres de las víctimas que sacrificaba.

En resumen, fué preciso que se redoblara, con inusitado empeño y vigor, la persecución contra *el Negro*, no sin que durante más de un año lograra todavía burlar esa persecución, causando graves males y frecuentes temores á sus enemigos.

Por fin, y después de continuas y empeñosas expediciones contra el tan temido y sanguinario Pedro Rojas, se logró su captura cerca de la hacienda del Arenal, el 21 de enero de 1818, por una partida realista del Comandante de la villa de Guadalupe, D. Rafael Casasola, quien comunicó al Virrey Apodaca tan importante y plausible suceso para las armas realistas, diciéndole que, después de más de 200 leguas de marcha y contramarcha, sin descanso alguno, se había logrado coger «*al horrendo y desnaturalizado monstruo, que confesó haver asesinado mas de seicientas personas inermes de ambos sexos y edades, sin poder calcular las que ha cometido en las diferentes acciones de guerra en que se ha allado desde el principio de la actual revelion.*»

El Comandante Casasola ordenó inmediatamente la ejecución de Pedro Rojas, sin otra fórmula que haberle tomado una declaración verbal y ministrándole los auxilios espirituales el Cura de San Agustín de las Cuevas.

Después de dicha ejecución, se mandó cortar la cabeza y el brazo derecho al cadáver del famoso insurgente, á cuyos restos se dió sepultura eclesiástica en el referido pueblo de San Agustín de las Cuevas, remitiéndose la cabeza á San Angel, donde fué puesta en un palo para público escarmiento, y el brazo fué suspendido en el mismo sitio en que se dice que Rojas había hecho fusilar al Capitán realista D. Domingo Acha y á dos niños que lo acompañaban.

Tanto fué el regocijo que causó la captura de Rojas entre los partidarios de la causa del Rey, que el V. Cabildo de la Colegiata de Guadalupe tuvo á bien celebrar ese suceso con solemne *Te Deum*, misa cantada y asistencia de la oficialidad realista, para mostrar así la gratitud que debían á la Virgen de Guadalupe por tan señalado favor. Hubo, al mismo tiempo, salvas de artillería y otras demostraciones por el mencionado suceso. (O. de G. de Realistas. Casasola, Rafael; tomo 6, págs. 19, 23 y 49. Archivo General y Público de la Nación.)

¡Tan importante así fué considerada la desaparición del negro africano, que tenía aterrizados á los realistas en los alrededores de México!

La cabeza de Rojas tenía ya un mes de expuesta en San Angel, y como ese horrible espectáculo estaba causando repugnancia al vecindario, supuesto que había entrado aquel triste despojo en estado de putrefacción, el Cura D. Nicolás Conejares aprovechó esa circunstancia para dirigirse al Comandante D. Nicolás Rodríguez, suplicándole en lenguaje piadoso y humanitario que consiguiera del Virrey el permiso de retirar la repetida cabeza del paraje público en que se tenía colocada, tanto por el *fetor que ya exhalaba*, como porque, estando próxima la procesión que el viernes de Lázaro debía celebrarse en San Angel, al *Señor de la Cruz*, no fuera un motivo de disgusto ó de repugnancia para los fieles aquel lúgubre espectáculo.

El Comandante Rodríguez se dirigió al Virrey, exponiéndole los justos deseos del Cura Conejares, cuya petición fué oída y despachada favorablemente. Así es que la pútrida cabeza de *el Negro* fué quitada de la vista del público y sepultada en el cementerio de la parroquia de San Angel, no obstante que el Virrey había dispuesto antes que la repetida cabeza permaneciera expuesta *hasta que se cayera de podrida*. (O. de G. de Realistas. Rodríguez, Marcos; tomo 1.º Archivo General y Público de la Nación.)

Tal fué el triste y desastroso fin que tuvo el temible Pedro, *el Negro*, cuyas sanguinarias hazañas y turbulenta vida atravesaron el largo período de siete años en continua y patriótica lucha contra los opresores de la patria, pues dígame lo que se quiera, Pedro Rojas fué un decidido y fiel insurgente, que supo pagar con su vida el amor que profesaba á la libertad. Fué él, es verdad, un hombre de baja esfera, de conducta desordenada y de carácter áspero é inculto; pero no por eso debe despojársele del mérito de haber combatido sin descanso á la causa realista, desafiando sin temor las iras de poderosos é implacables enemigos.

Estos lo acusaban de verdadero bandido, y después de su muerte hicieron algunas pesquisas encaminadas á descubrir si había de jado riquezas ocultas; pero todo en vano, porque Pedro Rojas había muerto pobre, y pobres quedaban también su esposa y sus parientes inmediatos.

NEGRO HABANERO.—*Francisco Valle*.

No fué este cabecilla de la talla de los famosos Albino García, Andrés Delgado y Matías y Encarnación Ortiz, que figuraron como los más intrépidos y sobresalientes guerrilleros en el Bajío; pero sí era Francisco Valle un valiente y decidido defensor de la Independencia, á la cual consagró importantes servicios en el campo

de la insurrección, desde el año de 1810, pues en las batallas de Aculco y de Calderón le tocó tomar parte como oficial de artillería.

En la historia de aquella época se habla de él algunas veces.

El tercer encuentro en que se le menciona fué á principios de 1811, en Guanajuato, cuando, unido con el cabecilla Reinoso, atacaron ambos audazmente al realista D. Domingo Chico, en cuyo combate mataron á Valle el caballo que montaba.

En octubre del mismo año, le tocó concurrir á los ataques de Celaya y San Miguel el Grande, unido á las tropas del P. Pedroza, de *Huacal*, de Botello y de Landaverde; y en el cerro de la Cruz, cerca de San Miguel el Grande, fueron derrotados por el Comandante D. Ildefonso de la Torre.

No fueron éstos los únicos hechos de armas en que tomó parte *el Negro Habanero*; pero como comúnmente andaba unido á otros cabecillas y jefes superiores, muy poco se le menciona en los partes oficiales, aunque al fin llegó á pagar con su vida la firme adhesión que tenía á la causa de la Independencia, pues el mes de octubre de 1812, fué hecho prisionero en la toma de la *Isla Licéaga*, por el realista D. Agustín Iturbide, quien lo hizo conducir á Irapuato, donde fué pasado por las armas, en unión de los sacerdotes D. José Mariano Ramírez y D. Felipe Amador, capturados también en aquella fortaleza. ¹

Sin embargo, en un documento del Archivo General y Público de la Nación, se dice que Francisco Valle andaba todavía, en enero de 1813, con D. Ignacio Rayón y con el Dr. Cos, aserción que no puede conciliarse con el parte de Iturbide, en el cual se asegura que Valle fué fusilado en Irapuato.

NEGRO LINO, EL.—Platero de profesión y probablemente oriundo de Guanajuato.

Cuando el Cura Hidalgo ocupó aquella ciudad, en septiembre de 1810, *el Negro Lino* se afilió luego á la causa de la insurrección, á la cual prestó algunos servicios, y es casi seguro que haya seguido al ejército insurgente, porque, cuando el caudillo D. Ignacio de Allende tomó á Guanajuato, después de la batalla de Aculco, *el Negro Lino* aparece como el principal ó uno de los principales ins-

¹ *El Habanero* era Teniente de artillería en la citada fortaleza. Por el apodo con que fué conocido Francisco Valle, puede suponerse que ese buen defensor de la libertad era originario de la Habana.

tigadores de los horribles asesinatos cometidos entonces en los europeos presos en la Alhóndiga de Granaditas, pues se dice que él fué quien reunió alguna plebe para asaltar la guardia que los custodiaba, de cuyo feroz é inhumano atentado resultó la muerte de ciento cincuenta de aquellos infelices prisioneros. (México en el Siglo XIX, por Emilio del Castillo Negrete. Tomo 2.º, pág 334.)

NEGRO VALERO.

No se indica su nombre en los documentos en que se le menciona; pero se sabe que era uno de los insurgentes ó cabecillas que militaban en las tropas del Generalísimo D. José María Morelos.

NICHO.—V. NIGUA.

NIGUA, La.—*Antonio Ortiz.*

El inolvidable y glorioso día en que el suelo mexicano amaneció alumbrado por el esplendente sol de la Independencia, proclamada en el pueblo de Dolores, habíanse reunido en torno del benemérito caudillo D. Miguel Hidalgo algunas personas resueltas á secundarlo en su noble y atrevida empresa. Entre estas pocas personas, insignificantes por su posición ó su valer social, pero recomendables por su grande patriotismo y amor á la libertad, se encontraban los siguientes primeros partidarios y defensores de tan sagrada causa, que no por haber nacido en pobre y obscura cuna, son menos dignos de remembranza que los que en esfera superior han merecido que la historia de México guarde sus nombres en brillantes páginas.

Antonio Ortiz, músico, alias *la Nigua.*

José Cecilio Ortega, sereno, *el Reyeno.*

Anastasio Ruiz, paisano, *el Trajo.*

José María Rodríguez, paisano, *el Nicho.*

José María Romero, paisano, *Chemiscua.*

(México en el Siglo XIX. Tomo 2.º)

NINO.—*Mariano Zárate,* originario de Naolinco, Veracruz.

Mariano Zárate, conocido vulgarmente por el rumbo de Jalapa con el apodo de *Nino*, fué insurgente con el carácter de Capitán en las partidas de los cabecillas rebeldes Mateo y José María Ochoa, que militaban bajo las órdenes del caudillo D. Guadalupe Victoria, en la Provincia de Puebla, el año de 1817.

Zárate habfa cometido la punible falta de desertar de las filas

insurgentes, presentándose á indulto ante el jefe realista Monteverde, y por esta razón el General Victoria recomendaba á D. Mateo Ochoa que donde quiera que se lograra capturar á Zárate, lo hiciera pasar por las armas, en virtud del mal ejemplo que había dado su infidencia.

Poco tiempo después, y encontrándose Zárate en Jalapa, le fué sorprendida una carta que le dirigía el cabecilla Agustín Domínguez, en la que le hablaba del proyecto que tenía convenido para que fuera asesinado el jefe realista D. Manuel Concha, Comandante General de la Provincia de Puebla, así como la conveniencia de que agitara en Jalapa la conquista de gente en favor de la insurrección, por lo que se le ofrecían en premio dos charreteras y 200 onzas de oro.

La referida carta dió motivo á que se redujera á prisión á Zárate y se le instruyese causa por los referidos cargos; pero Zárate los negó, alegando que dicha carta era un ardid de sus enemigos, resentidos porque se había indultado. Como el proceso respectivo está trunco, se ignora lo que sucedería después á Zárate. (C. de I., tomo 149, expediente núm. 1961. Archivo General y Público de la Nación.)

NOGALEÑOS, LOS.

Cabecillas insurgentes que anduvieron en Michoacán con el Cura Coronel D. Luciano Navarrete y con Arias y Villalongón.

Los referidos *Nogaleños*, de quienes se tienen pocas noticias, derrotaron, el 1.º de mayo de 1814, cerca de Jocotepec, á la 2.ª División del Ejército de Reserva, haciéndole numerosos prisioneros y heridos y quitándole 4 cañones, algunas armas y parque. (O. de G. de Realistas. Iturbide, Agustín; tomo 3.º, fs. 291. Archivo General y Público de la Nación.)

NORTEAMERICANO.—Tomás.

Dirigíase el Brigadier realista D. José de la Cruz sobre la ciudad de Valladolid, en los últimos días de diciembre de 1810, y al saber su aproximación D. José María Anzorena, Intendente nombrado por el Cura Hidalgo, se apresuró á evacuar dicha ciudad, dejando en el Colegio de la Compañía de Jesús á ciento setenta españoles que tenía presos.

En medio de la anarquía y el desorden que produjo la salida de Anzorena, apareció un herrero de Toluca, llamado Tomás, y conocido por *el Norteamericano*, azuzando á la plebe para que fuera á degollar á dichos españoles, los cuales habrían sido inhumanamen-

te sacrificados si la oportuna intervención del Gobernador de la Mitra, D. Mariano Escandón, y otros eclesiásticos, no hubiera impedido que se consumara la matanza intentada en aquellos indefensos europeos, para lo cual fué preciso que saliera el Viático en procesión, calmando así el furor de la turbulenta multitud. (México á Través de los Siglos. Tomo 3, pág. 179.)

ONCE MIL VIRGENES, LAS. — *Felipa, Antonia, Feliciano, María Martina y María Gertrudis Castillo*, originarias del rancho de Tepozán, en los llanos de Apam.

El mes de enero de 1815, se encontraba de guarnición en Apam, el Comandante realista D. José Barradas, y habiéndosele informado que allí residían unas mujeres conocidas con el apodo de *las Once Mil Virgenes*, adictas al partido de la insurrección, y que se ocupaban de seducir gente para que fuera á incorporarse á los rebeldes, quiso persuadirse de la verdad, y á este fin hizo que sus soldados, previamente instruídos para descubrir en flagrante delito á dichas mujeres, fuera á ponerse en contacto con ellas, ofreciéndoles pasarse por su conducto á las filas insurgentes.

En efecto, los soldados referidos se apersonaron desde luego con *las Once Mil Virgenes*, á quienes hicieron creer que ellos estaban disgustados y aburridos en su Regimiento, porque se les trataba mal y les habían dado palos, y por lo mismo tenían grande deseo de irse con los insurgentes. Las pobres mujeres, crédulas y sin sospechar la astuta trama de los soldados realistas, cayeron en ella, ofreciéndoles una carta para que el llamado cabecilla Nabor los admitiera en sus filas. Así es que, conseguido el intento de dichos soldados, éstos fueron á dar parte al Comandante Barradas, quien á su vez comunicó el asunto al Brigadier D. José María Jalon.

De este hecho, ó más bien dicho, de semejante perfidia, resultó que se procesara á *las Once Mil Virgenes*, en el mismo pueblo de Apam, el mes de enero de 1815, habiéndoseles puesto presas en el cuartel del Batallón de Cazadores de San Luis; mas de las actuaciones respectivas solamente resultó que Felipa, la hermana mayor, era la que directamente se entendía con el cabecilla Nabor, y por consiguiente, ella y José Sebastián Avila, que era el correo que debía conducir una carta á dicho cabecilla, fueron los únicos sentenciados, pues las otras mujeres quedaron en libertad.

Felipa Castillo fué sentenciada á la pena de cuatro años de trabajos en la cárcel de las Recogidas, y José Sebastián Avila á ocho años de servicio en las armas. (C. de I., tomo 93, expediente 14. Archivo General y Público de la Nación.)

PACHONES, LOS.—*Matías, Encarnación y Francisco Ortiz*, originarios del rancho de La Pachona, en el Partido de Pinos, Estado de Zacatecas.

La insurrección habfa cundido rápidamente en varios puntos del Distrito de Pinos, propagándose hasta entre los campesinos de los ranchos donde se fabricaba vino de maguey, llamado mezcal. Ese movimiento revolucionario alarmó á las autoridades realistas, obligándolas á dictar medidas represivas y tiránicas con el fin de sofocar dicho movimiento; pero lejos de conseguir tal objeto, lo que hicieron fué precipitar á mucha gente á adherirse al partido de la insurrección. Fué entonces cuando Matías, Encarnación y Francisco Ortiz, conocidos por *los Pachones*, se lanzaron animosos á defender la causa de la Independencia.

Los referidos *Pachones* eran rancheros indoctos y de educación vulgar. Perteneían á la clase humilde del pueblo y eran excelentes jinetes y hombres de reconocido atrevimiento y valor. Nada se sabe acerca de su conducta antes de que se adhirieran á la causa insurgente, á la cual comenzaron á servir á principios del año de 1812.

Aunque los citados *Pachones* anduvieron combatiendo juntos, será preciso darlos á conocer separadamente, para que se vea lo que cada uno de ellos hizo en favor de la Independencia.

*
* *

Matías Ortiz.—Comenzó á hacerse notable como patriota decidido y como guerrillero temible y valeroso, militando á las órdenes del Dr. D. José María Cos, cuando éste fungía como Comandante General de la Provincia de Guanajuato, el año de 1812.

Los combates más señalados, de los muchos en que tomó parte Matías, fueron los siguientes:

El 28 de junio del mismo año, atacó al Capitán Vicente Bustamante, que regresaba de una expedición á la sierra de Guanajuato, logrando derrotarlo y quitarle un buen número de caballos y ganado menor. En ese combate murieron Bustamante y seis de sus oficiales.

Pocos días antes del combate anterior, habfa derrotado, cerca de Villela, á *los Patriotas* de dicha hacienda y á los de Santa María del Río, capitaneados por D. Ignacio Juárez.

El 30 de agosto de 1813, ayudado de los cabecillas Manuel Zamora y Santos Picazo, atacó al realista D. José María de la Vega, en Ojuelos, Jalisco; pero á pesar del denuedo de los insurgentes, no les fué posible vencer á los defensores de aquel lugar.

En otro ataque sobre la hacienda de Ojuelos, dado el 20 de septiembre, por Rayón y Segura, contra D. Andrés López Portillo, Matías tomó parte activa, portándose con su intrepidez acostumbrada.

El Capitán realista D. Facundo Melgares lo perseguía tenazmente con un cuerpo de 500 caballos, y hubo de encontrarse con Matías Ortiz, en San Felipe del Obraje, donde, aunque los insurgentes eran en menor número, lograron tener encerrado á Melgares durante tres días; pero por falta de parque no pudieron rendirlo, aunque salió al fin huyendo rumbo á San Luis Potosí.

La actividad del guerrillero insurgente era notable, pues no solamente se ocupaba de hostilizar y combatir á los realistas en el campo de la guerra, sino que estableció una fábrica de pólvora y de cañones en el lugar llamado Reyes, la que fué destruída por el citado Melgares.

En la Cuesta Grande, cerca de Silao, derrotó con 400 hombres al realista Gaspar López, haciéndole varios muertos y heridos.

Concurrió al encuentro de armas que D. Rafael Rayón sostuvo, en San Miguel el Grande, contra el realista Mariano Rivas (17 de abril de 1814).

Por tercera vez atacó á Ojuelos, con 300 hombres, cuyo lugar defendía el valeroso Cura realista D. Pablo Morán. El combate fué reñido y sangriento, y á pesar de que Ortiz pretendía derribar la iglesia con un pequeño cañón, no logró vencer á los realistas, quienes le hicieron 30 muertos y muchos heridos (marzo 3 de 1814).

El Cura Morán decía que Matías Ortiz era el *Goliad de los Insurgentes*.

El 14 de octubre de 1814, unido á D. Víctor Rosales y á D. Fernando Rosas, tomó parte en la derrota que sufrió el realista D. Santiago Galdámez, cerca de La Jaula.

El infatigable Matías, cuyo principal campo de acción estaba en las sierras de Ibarra y de Comanja, sucumbió al fin, combatiendo contra los realistas en el Bajío, el mes de noviembre del año referido, y su cuerpo fué sepultado en el pueblo de Dolores.

La tropa que seguía al indomable y patriota insurgente quedó después bajo el mando de su hermano D. Encarnación Ortiz.

*
* *

Encarnación Ortiz.—Después del afamado Albino García, que fué el más notable de los guerrilleros insurgentes en la Provincia de Guanajuato, indudablemente le sigue en importancia Encarnación Ortiz, cuya bizarría y ardiente patriotismo no fueron inferiores á la bizarría y al patriotismo de que dieron frecuentes pruebas otros jefes de superior esfera, en el ejército insurgente; y aún habría alcanzado más renombre que muchos de ellos, si la falta de luces intelectuales y de una educación no vulgar, no lo hubiese colocado solamente en la línea de un simple guerrillero ó de un buen patriota; pero guerrillero notable por su indómito valor y por sus atrevidas hazañas, y patriota distinguido por su ardiente y arraigada adhesión á la causa de la Independencia, así como por la constancia con que afrontó las penalidades y los graves peligros de una prolongada campaña ó de una guerra sangrienta y sin cuartel.

El nombre de Encarnación Ortiz es muy frecuentemente mencionado en muchos partes de los jefes y de las autoridades realistas, que veían en él á un insurgente temible y peligroso, á quien era preciso destruir por todos los medios posibles, como terminantemente se lo indicaba el Virrey al Comandante D. Francisco Orrantía, cuando éste le comunicó que, habiendo ofrecido la gracia de indulto al intrépido Encarnación, le había contestado rechazando con altivez y con desprecio dicha gracia. Por tanto, el Virrey Calleja decía á Orrantía que era necesario perseguirlo hasta que pagara en el suplicio *los males que había causado á la patria* (febrero de 1815).

La táctica de Ortiz era casi la misma que empleaban Albino García y Andrés Delgado, *el Jiro*; esto es, el ataque brusco é intempestivo, la emboscada, la guerra en pequeñas partidas, á fin de inquietar constantemente al enemigo y hostilizarlo donde quiera que la ocasión se presentaba. Sin embargo, no fué solamente ésta la manera con que Encarnación peleaba contra los realistas, sino más bien los combates serios ó formales, pues al lado de los bravos D. Víctor Rosales, D. Pedro Moreno y el inmortal Mina, se distinguió tomando parte en varios hechos de armas notables, como fueron la heroica lucha en el fuerte de los Remedios, defendido por el Cura D. José Antonio Torres; los ataques á Guanajuato y á León por el General Mina, y la defensa del fuerte de San Mi-

guel ó Mesa de los Caballos, que el año de 1817 sostuvieron con tanto ardor el mismo Ortiz y su hermano Francisco, combates, favorables ó adversos, en los que siempre estuvieron á una misma altura el valor y la constancia de *los Pachones*.

Encarnación Ortiz concurrió también á los siguientes importantes combates:

Contra el realista Bernardino Díaz de Cosío, cerca de la Villa de la Encarnación (enero 12 de 1814).

Unido á Rosales, D. Pedro Moreno y Hermosillo, derrotaron, en los Altos de Ibarra, á D. Marcos Bagües, á quien hicieron 200 muertos y 65 prisioneros (agosto de 1814).

En La Jaula, donde fué derrotado el realista Santiago Galdámez (octubre 14 de 1814).

En el pueblo de Dolores, donde Ortiz combatió con 800 hombres contra Orrantia, quien le infirió seria derrota (septiembre de 1815).

En San Juan de los Llanos, donde fué derrotado y muerto el Coronel realista D. Cristóbal Ordóñez (junio de 1817).

El ataque dado por el mismo Ortiz á Guanajuato, penetrando hasta la plaza de San Ramón y poniendo en grande alarma á los realistas (agosto 10 de 1817).

El combate que el Cura Torres sostuvo contra el Coronel realista D. Anastasio Bustamante, en el punto llamado Los Frijoles, donde fué derrotado dicho Cura (abril 28 de 1818).

Por último, el rudo y sangriento ataque que el mismo Ortiz dió, en la hacienda del Pabellón, Aguascalientes, al Teniente realista Ures, cuyo encuentro fué reñido, habiendo resultado derrotados los realistas, con pérdida de 90 soldados y seis oficiales del Regimiento de Barcelona (noviembre 21 de 1819). Parece que este combate fué el último que Encarnación Ortiz tuvo contra los realistas, el referido año de 1819.

Puede asegurarse que el intrépido Cura D. José Antonio Torres, D. Encarnación, su hermano Francisco, D. Miguel Borja, D. Trinidad Zamora y D. Santiago González fueron los que con mayor constancia y denuedo defendían la causa mexicana en el Bajío, después de la dolorosa desaparición del General Mina y de D. Pedro Moreno, y cuando también habían desaparecido del teatro de la guerra otros jefes y cabecillas insurgentes, que ya por haberse acogido á la gracia del indulto, ó porque se habían retirado de la Provincia de Guanajuato, no figuraban en el número de los defensores de la patria.

Al llegar á este período, el Coronel D. Encarnación Ortiz fun-

gía como Comandante General de Sierra Alta, por nombramiento que le confirió, el 4 de noviembre de 1818, el Supremo Gobierno Nacional, y poco antes se le había conferido igual cargo para la Provincia de San Luis Potosí.

Mas no seguiremos adelante sin referir algún otro suceso en que figuró notablemente el referido D. Encarnación.

El Capitán insurgente Manuel Zamora, subalterno del Cura D. José Antonio Torres, había tenido con él un fuerte altercado en el rancho de Las Cabras, de lo que resultó que el citado Zamora le diera muerte alevosa, el 14 de noviembre de 1819. D. Encarnación Ortiz, que había permanecido fiel y unido al Cura mencionado, mandó fusilar luego al asesino Zamora.

Pocos días después, andaba por la Sierra del Norte, unido con Santiago González, Trinidad Zamora y otros, y en esos días (diciembre de 1819), el Cura de Guanajuato, D. Tiburcio Incapié, y el Dr. D. Felipe Vásquez, habían entablado secretas relaciones con Ortiz, á efecto de hacer que se presentara á indulto.

El Padre Incapié había ido varias veces á conferenciar personalmente con Encarnación, quien se resistía á desertar de la buena causa, que con tanto amor había abrazado y defendido durante muchos años, animado del deseo de verla triunfante algún día.

Al fin Ortiz, vencido por las astutas gestiones que le hicieron y por la lisonjera pintura de un feliz cambio de situación, debido á las liberales tendencias del nuevo orden de cosas, emanado del restablecimiento de la Constitución de 1812, consintió en aceptar el indulto que se le ofrecía, dirigiéndose, el 28 de febrero de 1820, al Coronel D. Antonio Linares, á quien por escrito decía, desde el Real de Santa Rosa, que no era el temor de la muerte, ni la tenaz persecución que se le hacía, ni el hecho de haberse indultado otros partidarios de la Independencia, lo que lo obligaba á someterse á las armas del Rey; sino que, cediendo á impulsos de la razón y del convencimiento, se creía en el caso de manifestar su sincero arrepentimiento, ofreciendo perseguir á todos los *pertinaces rebeldes* que quedaban, para lo cual pedía se le concediera el título de Capitán de realistas, así como el de Teniente á su hermano Francisco y el de Alférez á su compañero Félix Orta. Pedía igualmente la libertad de su hijo impúbero, la del Lic. D. Ignacio Ayala y la de Yáñez.

El Gobierno realista, que comprendió desde luego la importancia de la sumisión de Ortiz, á quien tanto se temía, no vaciló en aceptar sus proposiciones, y por tanto, no sólo se le concedió el indulto, sino que desde luego se le expidió el nombramiento de Ca-

pitán, permitiéndole mandar una sección de realistas de 50 hombres, que debía situarse en la Sierra de Guanajuato y cuidar de la seguridad en los alrededores de aquella ciudad.

Ultimados, pues, los arreglos para la sumisión de Ortiz, entró éste, acompañado de 25 de los suyos, en Guanajuato, en cuya plaza mayor, y en presencia de un numeroso concurso del vecindario, aclamaron en alta voz, gritando: ¡Viva el Rey! y fueron recibidos con muestras de marcado regocijo, según refiere el Coronel Linares en el parte que envió al Virrey, el 15 de febrero de 1820.

Ortiz había escrito á su hermano Francisco, excitándolo á que también se acogiera á la gracia de indulto, é igualmente se ocupó de dirigir aviso á todos los que se nombraban americanos, exponiéndoles los motivos que lo impulsaron á someterse á la autoridad del Rey, recomendándoles secundaran su ejemplo para que así se pusieran á cubierto de los males que les esperaban y de las duras penas á que pudieran hacerse acreedores por su rebeldía. (O. de G. de Realistas. Linares, Antonio; tomo 13, pág. 97. Archivo General y Público de la Nación.)

Escribió también al Virrey dándole las gracias y ofreciéndole la experiencia que había adquirido como insurgente.

Francisco Ortiz, á quien el mismo Padre Incapié se había encargado de seducir, cayó también en la astuta red tendida á su hermano Encarnación, y ambos, hábilmente sugestionados, ó mejor dicho, vencidos y engañados por los eclesiásticos intermediarios de quienes se había valido el Coronel Linares, quedaron al fin sometidos al servicio del Gobierno realista, y en obsequio de la verdad debe decirse que no abusaron de las facultades ó de las instrucciones que se les dieron para que cuidaran de la paz y el orden, en la zona confiada á su custodia y vigilancia.

El único mal que la sumisión de *los Pachones* ocasionó á la causa insurgente, fué que, á ejemplo de ellos, se sometieron también muchos de sus defensores, aunque no pocos le quedaron fieles y siguieron combatiendo con brío á las armas realistas.

En resumen, esa sumisión parece increíble y no era de esperarse de parte de un hombre que tantas y tan firmes muestras de adhesión había dado á la causa de la Independencia; que había combatido sin descanso en favor de ella; que había desafiado con valor indomable la tenaz y continua persecución que le hicieron todos los jefes realistas que operaban en las Provincias de Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí; que había llenado de terror á los partidarios del Rey, venciendo los muchas veces en rudos y sangrientos combates; y por último, que pocos días antes de su repen-

tina sumisión, se manifestaba firme en sus ideas y resuelto á seguir luchando contra los opresores de la patria, como lo prueba una carta que, el día 26 de diciembre de 1819, escribió al Dr. D. Felipe Vásquez, de la cual son una parte los siguientes párrafos: «Yo he abrasado el partido de la Nación, no pr. ser Poderoso, no pr. aser a mi antojo lo qe. se me pone, atroyendo derechos Divino y humano, no pr. Pelear contra la féc qe. primero sufriría ser frito en aseite qe. faltár a mi Religion. Pues unicamte. lo qe. hé peleado hasta la fecha. es contra el mal Gob.º p.ª Sacudir el llugo del Gobierno déspota de los gachupines, qe. hase mas de Trecentos años, qe. nos há tenido en la esclavitud, oscureciendonos todos los derechos del Hombre, los adbitrios y los Ingenios conque podía Esta Nacion aber salido de la miseria en qe. asta aqui se bé. Yo tampoco trato de ser el qe. mande el Reino, p.º si trato de qe. la Soberania Resida en el Pueblo y qe. el Pueblo elija el Gob.º qe. mejor le combenga, con tal de qe. sea un Gob.º catolico apostolico Romano y liberál qe. oiga las quejas de todo el Mundo, y de la misma Nacion, no Extrangero. Este es mi sistema y no otro. Esta es la causa que defiendo y no otra.»

Y después de asegurar que las maldades que cometían sus soldados no eran con su consentimiento, pues siempre que podía castigaba á los culpables, agrega (quejándose de que el Comandante de San Felipe, D. Gregorio Arana, no había cumplido el compromiso que celebró con Albino García para respetar en la guerra á las gentes pacíficas), lo siguiente: «Y pr. eso no me Indultaré jamás; como digo tengo honor, tengo palabra, y U. crea qe. donde se aprecia el honor, en nada se tiene la Vida, pues estando en la lucha todabia se falta á este tratado, qué. fuera si ya estuviera en aquel partido, sirbiera yo de Irricion como an serbido barios picaños qe. pr. temor de qe. no los maten se an indultado, etc.» (O. de G. de Realistas. Linares, Antonio; tomo 13, pág. 142. Archivo General y Público de la Nación.)

De todos modos, la intempestiva sumisión del infatigable y patriota insurrecto no puede explicarse satisfactoriamente, sino aceptando el peso ó la influencia que sobre su ánimo pudieron ejercer las promesas ó las sugerencias del Padre Incapié, á quien profesaba grande aprecio y sincero respeto. Este acto de debilidad de uno de los más ardientes partidarios y más atrevidos defensores de la Independencia, no debe parecer extraño, pues antes que él habían caído en semejante debilidad otros notables insurgentes, como D. Ramón Rayón, D. Manuel Muñiz, D. Juan Arago, D. Melchor Múzquiz, D. Manuel de Mier y Terán, D. José Manuel Izquierdo, D.

José Antonio Magos y otros, entre los cuales había hombres de claro talento y de principios bien marcados ó decididos, en favor de la causa mexicana.

Sin embargo, si censurable fué la flaqueza que Ortiz cometió entonces, muy pronto debía lavar, con un hecho heroico y con su propia sangre, la obscura mancha que había caído, en hora malhadada, sobre su nombre de intrépido guerrero y de intransigente patriota.

D. Agustín de Iturbide, furibundo y sanguinario perseguidor de los insurgentes, cuando estuvo al servicio de la causa del Rey, se había lanzado de nuevo al teatro de la guerra, aparentemente con el fin de seguir defendiendo dicha causa; pero en realidad para proclamar la Independencia, que tanto había combatido antes, como en efecto la proclamó en el pueblo de Iguala.

Varios de los antiguos realistas se adhirieron luego al plan proclamado por Iturbide, y entre ellos estaba D. Anastasio Bustamante, á quien se unió D. Encarnación Ortiz para seguir combatiendo en favor de la buena causa, que con tanto empeño, valor y constancia había defendido durante muchos años, y á la que en mala hora abandonó, cayendo en la astuta red que le tendieron los realistas.

El afamado *Pachón* se incorporó á Bustamante con un cuerpo de caballería, compuesto de la mejor y más atrevida gente de la Sierra Gorda de Guanajuato, y como el citado Bustamante sabía muy bien de lo que era capaz el célebre insurgente, le dispensó merecidas consideraciones y afectos, á pesar de que antes habían sido los dos encarnizados y tenaces enemigos.

He aquí lo que, acerca de los últimos servicios patrióticos del *Pachón*, ha dicho el autor de estos apuntes en el tomo 2.º del *Bosquejo Histórico de Zacatecas*, pág. 230:

«Cuando en el mes de Agosto de 1821, marchaban unidas las divisiones de Echávarri y Bustamante sobre la capital de Nueva España, para abreviar el triunfo de dicho plan (el de Iguala), tocó á Ortiz, con su aguerrido cuerpo de jinetes de Sierra Gorda, ir á la vanguardia de dicho ejército.

«Diversas ocasiones mostró, durante esa breve campaña, el mismo arrojo y la misma sangre fría de que había dado elocuentes pruebas en combates verdaderamente sangrientos y en comisiones difíciles y peligrosas.

«A fines del citado mes de Agosto, se había comprometido un combate parcial, cerca de Atzacapotzalco, entre una avanzada de las tropas de Bustamante y la vanguardia de los realistas, que mandaba el General D. Miguel Concha.

«Bustamante envió, en auxilio de dicha avanzada, á Ortiz y al Teniente Coronel D. Esteban Moctezuma; pero como la fuerza enemiga era superior, los esfuerzos de los independientes se hacían infructuosos ante el número y la disciplina de los realistas. Entonces Ortiz, dirigiéndose al Capitán D. Manuel Arana, de los *Fieles de Potosí*, contra los cuales había combatido antes nuestro indomable compatriota, le dijo:

—«Ahora se verá si los *Fieles* van hasta donde lleguen los de la Sierra de Guanajuato.

—«Los *Fieles*, replicó Arana, van hasta donde entran los hombres; vamos adentro, compañero.

—«Vamos, dijo el *Pachón*.

«Ambos oficiales se arrojaron con inusitado denuedo sobre el enemigo, acuchillando á muchos realistas y logrando penetrar hasta la plaza de Atzacapotzalco, adonde habían sido ya replegadas las tropas de Concha.

«Formalizado el ataque sobre dicho lugar, se hizo reñida la acción; pero los realistas, que tenían buenas posiciones en las principales alturas, resistieron con desesperación, y Bustamante se vió obligado á emprender la retirada; pero no queriendo dejar perdido un cañón que se había logrado introducir hasta cerca de la plaza y que quedaba metido entre el fango, dió orden de recuperar dicho cañón.

«Algún oficial le hizo presente que no había mulas ni carretón para moverlo. Entonces tomó la palabra *el Pachón* y dijo:

—«El cañón no debe abandonarse, sin abandonar antes la vida. ¡Vamos, muchachos, vamos á traerlo!

«A esta indicación también correspondió espontáneamente el Capitán Arana, y ambos jefes y sus soldados, se lanzaron hacia la plaza de Atzacapotzalco, donde se trabó terrible combate, del cual resultó la muerte del intrépido Ortiz, quedando herido Arana y muertos casi todos los *Fieles de Potosí* y los soldados del *Pachón*. Allí también salió herido ó contuso D. Valentín Canalizo, que después fué Presidente de la República (agosto 19 de 1821).

«Cuando Bustamante supo la muerte de Ortiz, se consternó profundamente, y dijo al Ayudante Erdozáin:

—«Marche U. y dígale á Endérica que se retire dejando el cañón, que bien puede abandonarse, pues bastante caro lo ha pagado el enemigo; que el cuerpo de Ortiz no se deje allí, y que se conduzcan luego los heridos.

«También Iturbide sintió la muerte heroica de Ortiz, ordenando, como un honor póstumo al nombre del intrépido pinense, que *pasase revista de presente*.

«Bustamante, D. Carlos, le consagró también frases merecidas y honrosas en su *Cuadro Histórico*, y el Sr. D. Revilla, en un artículo que escribió, en enero de 1844, referente á la jornada de Atzacapatzalco, dice lo siguiente:

«Ortiz, conocido por *el Pachón*, era una celebridad de la época; su patriotismo de un tiempo, que ahora volvía con mayor brío á desarrollar, y su valor de siempre, lo hacía notable entre los héroes; y su singularidad infatigable en el servicio y en el peligro, le valía el honor de marchar á la vanguardia. Yo lo contemplé con una mezcla de temor y simpatía, con aquel sentimiento interior de los primeros años que tan pronto nos aconseja permanecer, tan pronto huir de lo que hiere nuestra alma de curiosidad ó de desconfianza. Si mis recuerdos de aquella época, muy vagos por sí, no fuesen débiles, con las revelaciones de personas fidedignas que han podido conservar una idea hasta el día, de aquel hombre, tipo de nuestros primeros guerrilleros, yo diría que era de una estatura alta, de color trigüeño, ojos rasgados y llenos de vivacidad, barba escasa, franco en sus maneras, lenguaje y expresión, que participaban del candor, jovialidad y respeto de nuestros hombres del campo, con un tanto de lo brusco del soldado, según era la persona con quien se comunicaba; un carácter suave y condescendiente con sus subordinados, ínterin no faltasen á la disciplina y al honor militar, pues entonces era inexorable en el castigo; sagaz y emprendedor, con un valor y serenidad probados en los momentos en que el éxito se dejaba libre á la temeridad; una constancia sin igual para sufrir todo género de privaciones; un sentimiento de pundonor, que le aumentaba la confianza de sus jefes; y por último, poseía suma destreza en el manejo del caballo y en el uso de sus armas.»

«Tal fué el valiente guerrillero que luchó por la causa de la patria, hasta derramar heroicamente su sangre por ella. Pinos debería justamente consagrar algún recuerdo de gratitud á la memoria de tan denodado insurgente.»

Francisco Ortiz.—Poco hay que decir acerca del que podemos considerar como el tercero de los llamados *Pachones*, pues desde que sus hermanos Matías y Encarnación comenzaron á pelear por la Independencia, él aparece también luchando en favor de la misma causa, y casi siempre al lado de ellos, por lo que puede decirse que su vida, como insurgente, está identificada con la de Matías y Encarnación, cuyo patriotismo, valor y constancia supo imitar, participando igualmente de los peligros, los trabajos y los reveses en que se vieron envueltos aquéllos, así como de sus triunfos y de su

popular renombre, aunque siempre figuró en menor escala que sus hermanos.

Francisco tenía el grado de Teniente Coronel y fungió algún tiempo como Comandante de armas de la demarcación de San Felipe.

Cuando el General Mina abandonó el ataque que había emprendido sobre Guanajuato, á fines de octubre de 1817, se dice que Francisco Ortiz hizo prender fuego al tiro general en aquella ciudad, originándose de esto el incendio de algunas casas adyacentes. Esto disgustó fuertemente al General Mina, quien por ese desmán reprendió á Francisco, el cual, después de la muerte de dicho caudillo, se fué á seguir combatiendo al lado de Encarnación, hasta que ambos aceptaron la gracia de indulto en Guanajuato, á fines de 1820, sirviendo algún tiempo al Gobierno realista.

Después de esto, ni la historia, ni los documentos oficiales de aquella época mientan más el nombre de Francisco Ortiz.

PADRE ETERNO.—V. VARIOS.

PADRE CHOCOLATE.—*Manuel Muñoz*, originario de Silao.

D. Francisco Ignacio Castañeda, en un informe que rindió en México, al Virrey, en octubre de 1815, pintaba al P. Fr. Manuel Muñoz como á un hombre criminal y detestable, asegurando que su conducta, antes de la insurrección, había sido verdaderamente escandalosa, supuesto que se entregaba á públicas embriagueces y otros *crímenes horrendos*, por cuya conducta el Cura Bezanilla, de Silao, le había mandado formar sumaria, remitiéndolo á Valladolid, á disposición de aquel Obispo, quien lo mandó poner en la cárcel que llamaban de Palacio; mas como en esos días entró en dicha ciudad el Cura Hidalgo, logró el P. Muñoz quedar en libertad.

Agrega D. Francisco Ignacio Castañeda que, con motivo de que el Cura Hidalgo mandó poner presos á muchos europeos en la cárcel de Valladolid, el Intendente Anzorena había nombrado al *Padre Chocolate* en calidad de custodio ó alcaide de dichos europeos. He aquí lo que Castañeda decía acerca del encargo conferido al P. Muñoz por Anzorena: «... no pudo este viejo infame haver escogido para el efecto, hombre ó monstruo mas á medida de sus feroces y barbaros decesos: los oprimió (á los europeos presos), y afligió insesantemente, hasta llegar á tener ferocidad bastante de corazón para con conocimiento entresacarlos para el degüello, segun las listas que de aquellos monstruos recibía, asegurandose tambien haver cambiado por sí mismo la desgracia de unos en otros, á

fuerza de cohechos; por esta conducta, luego que entraron las Tropas del Rey, fué procesado y puesto en prisión; se le puso en libertad el 22 de julio, quando con motivo de la victoria entonces conseguida contra los Rebeldes, no quedó en la prision un solo delincuente . . . » (O. de G. de Realistas. Acusados de Infidencia, tomo 1.º, pág. 220. Archivo General y Público de la Nación.)

No obstante haber sido puesto en libertad, al poco tiempo reincidió en el delito de infidente y se le volvió á poner preso, en la cárcel correccional de Valladolid, el año de 1815; pero se ignora cuánto tiempo duró recluso esta segunda vez.

El historiador Alamán considera que fueron algo exageradas las inculpaciones de crueldad atribuídas al *Padre Chocolate*.

PAJARO, El.—*Esteban ó Agustín Rodríguez*.

Este anduvo con una guerrilla insurgente por el Bajío, y militaba á las órdenes del cabecilla Miguel Borja y de Pedro *el Aguador* (1812 á 1816). Era guerrillero valiente y temido de los realistas.

PAPATULLA.—*Mariano Rodríguez*.

Con el carácter de Coronel prestó sus servicios á la causa insurgente, en la Provincia de Puebla; pero no se sabe cuándo ingresó en las filas de la revolución.

Rodríguez pertenecía á las tropas del Brigadier D. Francisco Osorno, y sus operaciones militares tenían lugar principalmente en el Distrito de Tepeji de la Seda y puntos limítrofes.

Hallábase Rodríguez con una pequeña fuerza en el pueblo de Zacapala, y advertido de esto el Coronel realista D. Félix de la Madrid, ordenó al Capitán Pedro Zapata que saliera á sorprender al citado Rodríguez. Zapata marchó de Tehuicingo con tal objeto, el 1.º de octubre de 1816, logrando encontrar al cabecilla insurgente en el citado pueblo de Zacapala; pero tan pronto como se avistó la tropa realista, que fué á la madrugada del día siguiente, *Papatulla* se parapetó con su tropa en la iglesia, desde donde hizo una vigorosa resistencia, sin que durante el combate pudieran los enemigos vencer, por medio de las armas, á la bizarra tropa americana. Por tanto, le fué preciso al Capitán realista ordenar, después de algunas horas de rudo y sangriento combate, que se prendiera fuego á la iglesia. Solamente de esta manera y cuando el humo y las llamas del incendio impidieron á los insurgentes seguir defendiéndose, se consiguió dominarlos, no sin que hubieran causado algunos daños á los asaltantes.

Rodríguez y casi todos sus bravos compañeros quedaron en

poder de los realistas; pero en el parte que á este suceso se refiere, no se dice la suerte que correría el valiente *Papatulla*. (O. de G. de Realistas. Llano, Ciriaco; tomo 22; fs. 37. Archivo General y Público de la Nación.)

PATANGO.—*Mariano Guerrero*.

El Coronel realista D. Francisco de las Piedras, que fungía como Comandante Militar, del Distrito de Tulancingo, deseando atraer á la obediencia al insurgente Coronel D. Mariano Guerrero, conocido con el apodo de *Patango*, le dirigió, en enero de 1816, un oficio en el que lo excitaba á que abandonase las filas de la revolución y se sometiera al generoso indulto que le ofrecía en nombre del Rey, siempre que, poseído de un sincero arrepentimiento, aceptara dicha gracia y alguna ventaja que también le ofrecía.

La contestación del Coronel Guerrero revela claramente que éste era un firme defensor de la libertad mexicana y un patriota decidido, á quien no deslumbraba ni seducía el brillo halagador del oro y el atractivo de una vida holgada, supuesto que su corazón lo sentía rebotante de amor por la patria, á la cual estaba dispuesto á consagrar toda la fuerza de sus energías y patriotismo.

He aquí dicha contestación:

«Mas bien pr. qe. se desengañe V. de una vez a cerca de mi modo de pensar, que por significarle la indignacion que causó en mi Espiritu el Bando adjunto á su Papel de 7 del corriente.

«Le contesto ahora asegurandole, que ni todo el oro y plata robada á nuestra Nacion por los Monopolistas Gachupines, ni las delicias de una vida afeminada, ni los alagos de una fortuna mas brillante son capaces jamas de seducirme para cometer contra mi desgraciada Patria la baxesa infame de ayudar á que se perpetue su Esclavitud, como lo esta V. haciendo, y lo hacen otros muchos Criollos indignos del ayre que respiran. Yo hé jurado delante de lo mas sagrado que hay entre los hombres no reconocer otro Soberano que la Nacion, ni otro gobierno que él que ella,—usando de sus derechos inviolables, quisiera establecer: un Juramento tan solemne y tan Santo debe ser observado religiosamente y será mucha gloria para el que lo hizo sellarlo con la Sangre de sus venas, y justificar con tan digno sacrificio á los ojos de las Naciones cultas, que aunque en el suelo Mexicano existen por una dolorosa fatalidad algunos ó muchos Urangutanes (sic) como Beristain, Iturbide, Armijo, y Piedras etc., hay también Hijos sencibles que á pesar de la obscuridad de su origen estan profundamente penetrados de lo precioso y amable que es la Livertad politica de las Nacio-

nes.—A Dios. Quartel Gral. en Huauch.^o En-^o 13. 816.—*Mariano Guerrero* (rúbrica).—Sr. D. Francisco de las Piedras.» (Archivo General y Público de la Nación.)

PATITAS.—Juan García.

Este guerrillero, según aparece de un parte que D. José María Hornelas dirigió al General D. José de la Cruz, desde Teocaltiche, el 4 de julio de 1814, fué derrotado en el Monte de las Cuartillas, cerca de aquel lugar, por el mismo Hornelas. Juan García huyó de la persecución que se le hizo, internándose en la Provincia de Zacatecas.

El citado guerrillero pertenecía á las tropas del intrépido y afamado insurgente D. José María González Hermosillo y militaba á las inmediatas órdenes de un jefe apellidado Rodríguez.

Patitas era hombre activo y valiente y se ocupaba de hostilizar de diversos modos á los realistas, en el Sur de Zacatecas, y frecuentemente penetraba en el Territorio de Jalisco, de donde algunas veces se extrajo partidas de caballos y de reses. (O. de G. de Realistas. Cruz, José de la; tomo II; fs. 372. Archivo General y Público de la Nación).

PERLA DEL LAGO, La.—Gertrudis Vargas.

A principios de la pasada centuria, refiere el Sr. Fulgencio Vargas, residía una noble matrona en el pueblo llamado Puerta de Andaracua, á orillas del pintoresco lago de Yuririapúndaro, Estado de Guanajuato. Esa matrona, aparte de los sentimientos de caridad y filantropía que la caracterizaban, distinguíase también por su leal y espontáneo afecto á la libertad de la patria.

Así es que cuando el inmortal Caudillo de la Independencia, después de haber proclamado la redención del pueblo mexicano, en Dolores, penetró en la Provincia de Michoacán, á la cabeza de sus atrevidas huestes, presentósele en la Loma de Zempoala D.^a Gertrudis Vargas, acompañada de su hijo José María Magaña, á quien expresamente llevó para ofrecerlo al Cura Hidalgo como un soldado ó defensor de la patria, suplicando al ínclito Caudillo lo aceptara, é hiciera que, cuando llegase la hora del combate, fuese de los primeros en empuñar las armas, colocándolo en los puntos de mayor peligro. El Cura Hidalgo escuchó con visible emoción las patrióticas y entusiastas palabras de aquella varonil mujer, que al desprenderse, tal vez para siempre, de su único y querido hijo, consumaba en aquellos solemnes momentos el más doloroso, pero á la vez el más satisfactorio y heroico sacrificio en el altar de la patria.

Pocos días después, D. José María Magaña, militaba en el ejército insurgente con el grado de Capitán.

Debemos transcribir aquí el interesante episodio que acerca de dicho Capitán refiere el autor antes citado.

«En alguna ocasión llegan á su casa [de la señora Vargas] soldados insurgentes conduciendo al Capitán Magaña, que había sido herido en reciente encuentro con los realistas.

—«¿Qué nuevas traen ustedes?—les pregunta la señora, acercándose al grupo del jefe y sus compañeros.

—«Tristes, madre—le responde aquél.—La suerte nos fué contraria; el enemigo presentóse en mayor número que nosotros y no pudimos resistirle.

«Entonces D.^a Gertrudis, ardiendo en santa ira, con sus manos azota la cabeza de su hijo, que postrado de hinojos imploraba su perdón.

—«¿Es así como el señor Cura te enseñó á defender los derechos de tu patria? ¿Así comprendes sus enseñanzas y aquilatas sus consejos?

«Y continuó con más entereza y animación:

—«El verdadero soldado es el que se acostumbra á vencer ó morir, mas nunca presentando la espalda al enemigo. Ve á curar tus heridas, y cuando estés restablecido, torna al combate y procura vengar la ofensa que sufriste. ¡México lo reclama y tu madre lo ordena!»

La señora Vargas, prosigue diciendo el referido autor, hacía peligrosos viajes á Chilpancingo, con el solo propósito de llevar fuertes cantidades de dinero, que ella misma entregaba de su propio peculio á los miembros del Congreso, para ayuda de los gastos de la causa insurgente, sin que á tan decidida y patriota dama le arredraran las duras penalidades y los riesgos que tales viajes ofrecían en el temible clima de las tierras del Sur. (La insurrección de 1810 en el Estado de Guanajuato, por Fulgencio Vargas; pág. 60.)

PELÓN CHILAQUES.—*José María Ramírez. V. CHALLO.*

PERRITO, El.—*Lázaro.* Se ignora su apellido; era originario de la hacienda de Bañón, Estado de Zacatecas.

Lázaro militaba en las fuerzas de D. Víctor Rosales, y con el grado de Capitán mandaba una guerrilla de 25 á 30 hombres, la que dependía del cabecilla Sebastián González, titulado Coronel.

Solamente se sabe que *el Perrito* contaba con gente atrevida

y que, el 8 de febrero de 1816, llevando sólo 20 hombres, se arrojó sobre las fuerzas realistas del Comandante D. Eugenio José de Oviedo, que contaba con número superior de soldados, trabando rudo combate, por más de dos horas, en la estancia de Santa María, cerca de la hacienda de Punteros (San Luis Potosí). La suerte fué adversa al cabecilla insurgente, pues á pesar del denuedo y encarnizamiento con que se batió en dicho encuentro, fué derrotado, dejando doce muertos en el campo y tres prisioneros, que fueron fusilados, el día 9 del mismo mes, en la hacienda del Espíritu Santo. (O. de G. de Realistas. Torres Valdivia, tomo 8. Archivo General y Público de la Nación.)

PERRO, El.

Valiente y temible cabecilla que, en unión de otro, apodado *el Sancarleño*, andaba por el rumbo de Temascalcingo, el año de 1818. Ambos fueron perseguidos tenazmente por las tropas realistas, hasta que el Teniente Coronel D. Andrés Torres logró capturarlos cerca de dicho lugar, é inmediatamente hizo que fueran pasados por las armas. (Clero regular y secular, tomo II. pág. 106. Archivo General y Público de la Nación.)

PESCADORES, LOS.—V. VELERO.

PESCUEZO.—*Joaquín Ponce de León*.

Este individuo era nativo de Valladolid, y fué uno de los cómplices de la conspiración tramada allí, á fines de 1813, por D. Anastasio Borbón, D. Juan Soravilla, el P. D. Martín García Carrasquedo y otros.

Ponce era músico y cantor de aquella Catedral, y en su casa se celebraban bailes y reuniones, en las que se cantaban versos sediciosos y una marcha insurgente á Morelos, por lo que se le puso en la cárcel y se le procesó, en unión de otras personas acusadas como cómplices en la referida conspiración.

Fué sentenciado á destierro de un año, fuera de Valladolid, en compañía de su mujer, María Josefa Orozco, y estuvo preso cuatro meses.

PESETA.—*Antonio Castilleja*, originario de Valladolid.

En la causa que el mes de marzo de 1817 se comenzó á instruir en aquella ciudad contra el cabecilla insurgente Ignacio Arzate y socios, por el delito de haber andado en las tropas del Cura Morelos, aparece que Antonio Castilleja fué uno de los comprendidos en la

citada causa, acusándosele de que había tenido parte en dicha insurrección, sirviendo como recaudador de contribuciones en el pueblo de Ocuila, y que á la muerte del cabecilla Mariano Gómez, lo había substituído Castilleja, por orden de otro cabecilla apellidado González. Se le probó también que se había encontrado en la acción de Tesmalaca, donde fué hecho prisionero el Cura Morelos, con el cual anduvo más de cuatro años. Castilleja no negó ninguno de estos cargos, y antes, por lo contrario, los confesó con llana franqueza en su declaración.

El citado Castilleja estuvo preso en la cárcel de Cuernavaca, y tanto él como sus compañeros de prisión fueron sentenciados á destierro á España, y remitidos *bajo partida de registro* al Juez de Arribadas de Cádiz, para que allá disfrutaran *la real gracia de indulto*. (C. de I., tomo 1.º, pág. 25. Archivo General y Público de la Nación.)

PICADOR, El.—Se ignora su nombre.

Con el carácter de Capitán prestó sus servicios á la causa de la Independencia, en la tropa del Coronel Fr. Laureano Saavedra, y sucumbió en el combate que cerca de Celaya tuvo lugar entre los insurgentes y el Comandante realista D. Francico Guizarrótegui, el 28 de diciembre de 1811.

Esto es lo único que se sabe acerca del referido *Picador*.

PIMPINELA, La.—*Isabel Moreno*, originaria de Lagos.

Refiere el Dr. D. Agustín Rivera, en su opúsculo intitulado *Viaje á las Ruinas del Fuerte del Sombrero*, que D.^a Isabel Moreno era mujer adicta á la causa de la Independencia y que alguna vez tuvo una disputa con D.^a Ana Jaso, que era muy realista, y á la cual había levantado las ropas para darle *nalgadas*.

PINACATE, El.—*Victoriano González*.

Lo único que he podido inquirir acerca de este insurgente, es que merodeaba con una pequeña guerrilla por varios pueblos inmediatos á México.

PINTO, El.—*Florencio N.*

Este cabecilla, cuyo apellido se ignora, pertenecía á las tropas insurgentes del P. D. José Manuel Izquierdo, que andaban por Sul-tepec, el año de 1817.

El Pinto y un compañero suyo fueron sorprendidos, la noche del 12 de abril de dicho año, por el Teniente Coronel realista D.

Francisco Salazar, en el pueblo de Almoloya, quien inmediatamente, y sin haberles formado sumaria, los mandó pasar por las armas, previos los auxilios correspondientes. (O. de G. de Realistas. Concha, Manuel; tomo 6, pág. 81. Archivo General y Público de la Nación.)

PINTO, El.—*José Gutiérrez.*

Cabecilla insurgente que andaba en el hoy Estado de Guerrero, el año de 1814, y al que se perseguía tenazmente. Fué á refugiarse, encontrándose bastante enfermo, al pueblo de Cuacalco, donde falleció, el 25 de noviembre de dicho año, dos días antes de que llegara allí una fuerza realista, que iba con el fin de capturarlo. (O. de G. de Realistas. Armijo, Gabriel; tomo 3, fs. 187. Archivo General y Público de la Nación.)

PÍPILA.—*Juan José Martínez.*¹

Doce días después de que el Cura D. Miguel Hidalgo había lanzado el grito de libertad en el pueblo de Dolores, la ciudad de Guanajuato experimentaba una terrible conmoción, un sacudimiento intempestivo, ocasionado por la presencia del primer ejército insurgente, que en número de veinte mil hombres y acaudillado por dicho sacerdote, se había presentado en aquella ciudad, el 28 de septiembre de 1810.

El caudillo de la revolución, deseando que no hubiera derramamiento de sangre, pidió al Intendente Riaño que le rindiera la plaza; pero esta intimación fué contestada con una terminante negativa.

No quedaba, pues, al Cura Hidalgo, otro recurso que el de apoderarse de Guanajuato por la fuerza. Así es que aquella masa de gente, sin disciplina, deseosa de pillaje y de matanza, armada en su mayor parte con machetes, cuchillos, palos y picas, al escuchar la primera voz de mando para el combate, prorrumpió en estrepitosos gritos de: ¡mueran los gachupines! Y lanzándose furiosa por las sinuosidades de aquel terreno abrupto, se dirigió á los cerros de San Miguel y del Cuarto.

Entre tanto, inmensas multitudes del pueblo recorrían las calles en confuso tumulto y alarmadas, al paso que otras presenciaban, desde las alturas inmediatas, los movimientos del ejército insurgente. Entre esas multitudes andaba un joven barretero como

¹ Algunos historiadores le asignan otros nombres distintos del que ciertamente le corresponde.

de veinte años de edad, de pelo rubio, ojos azules y fisonomía inteligente y picaresca. Ese joven era Juan José Martínez, barrete-ro de la mina de Mellado, quien, como casi todos los de su clase, estaba acostumbrado á acometer trabajos peligrosos y á emplear el valor y la audacia, cuando era necesario. Juan José Martínez era conocido entre sus compañeros con el apodo de *Pipila*.

Este fogoso y atrevido muchacho, sabiendo que el ejército de Hidalgo iba á batir á la ciudad y que los europeos y otros vecinos habían guardado en la Alhóndiga de Granaditas muchos caudales en dinero y en diversos objetos, corrió á la mina de Mellado, y bajando rápidamente á sus obscuras y tortuosas labores, gritaba á los *pueblos* que allí había, exclamando: *¡afuera, muchachos; ya tenemos independencia y libertad!* Estas palabras cundieron con velocidad entre los trabajadores de las minas, y poco después éstos corrieron á unirse con otros grupos del pueblo. Desde aquel momento sólo se escuchaba entre aquella muchedumbre, imponente y entusiasmada, la estrepitosa exclamación de: *¡á Granaditas! ¡á Granaditas!*

La Alhóndiga de Granaditas era el único asilo que quedó al Intendente Riaño y á los que con él se resolvieron á esperar allí el formidable choque de los insurgentes, porque en la imposibilidad de defender otros puntos de la población, se limitó la defensa á aquel estrecho y fortificado recinto; y, por lo tanto, éste fué el objetivo principal del ataque en aquella sangrienta jornada.

A las dos de la tarde del día mencionado, la lucha había asumido un aspecto terrible, y presagiaba que el desenlace iba á resolverse en escenas sangrientas y espantosas. La plebe, unida á los insurgentes, había hecho causa común con ellos. No eran ya solamente los 20,000 legionarios del Cura Hidalgo los que embestían con furia á los defensores de Granaditas; era también el populacho de la ciudad, que enardecido, y lanzando aterradoras amenazas y gritos de venganza, se acercaba á las trincheras, arrojando una inmensa cantidad de piedras sobre las azoteas del castillo, cuyos defensores, haciendo uso de fusiles y de frascos de hierro cargados de pólvora, á guisa de granadas, sembraban la muerte entre los grupos más inmediatos de los asaltantes.

El Intendente Riaño, hombre pundonoroso y de inequívoco valor, había caído muerto por una bala que le atravesó la frente; pero este desgraciado suceso no disminuyó la resistencia de los realistas, y antes, por lo contrario, siguieron defendiéndose con desesperación, resueltos á sucumbir en aquella ciega y obstinada lucha.

Había corrido ya mucha sangre, y la multitud, cada vez más

tumultuosa y enfurecida, atronaba el aire con estrepitosos alaridos de guerra, arrojándose con ímpetu sobre los fosos que rodeaban el edificio; pero con unos pocos de fusiles, con piedras y con puñales, no era posible rendir á sus defensores, quienes recibían muy poco daño de parte de los que los atacaban.

El Cura Hidalgo estaba impaciente y emocionado á la vista de aquella tremenda escena, y deseando poner fin á ésta y que no se siguiera derramando más sangre en paulatinos y estériles esfuerzos, creyó que el recurso más expedito para penetrar á la fortaleza era el de romper ó quemar su puerta principal. Pero, ¿quién se encargaría de ejecutar tan peligrosa comisión? ¿quién querría arriesgar la vida para proporcionar á los asaltantes la entrada en el interior de Granaditas?

El Cura Hidalgo dirigió entonces la vista á un grupo del populacho, y descubriendo entre él á Juan José Martínez, que se había distinguido excitando y animando á la plebe, le dijo estas ó semejantes palabras: «Sería bueno quemar la puerta de la Alhóndiga, *Pípila*. La patria necesita de tu valor.» El intrépido muchacho no vaciló al escuchar la respetable voz del sacerdote caudillo, y procurándose luego una losa ó piedra plana, y una tea de resina, como las que usaban los barreteros en sus trabajos subterráneos, se cubrió la espalda con dicha losa, y empuñando la tea con la mano derecha, avanzó, escurriéndose ó deslizándose, hacia la puerta del castillo, y aunque le llovían las balas sobre su improvisada coraza, pudo llegar y poner fuego á la referida puerta. Las llamas comenzaron á devorarla, y á la vez que el pánico se apoderaba de los sitiados, las insolentadas turbas se precipitaron furiosas sobre la Alhóndiga, pasando por entre las llamas y el humo de la incendiada puerta.

Pocos momentos después, el interior de Granaditas ofrecía escenas horrorosas de implacable venganza y de pillaje. Los infortunados defensores caían acribillados á puñaladas en los patios, en las escaleras y en los salones del edificio, donde, según refieren algunos historiadores, el suelo quedó literalmente encharcado con la sangre de centenares de víctimas, que en vano imploraban clemencia, sin que pudieran escapar de aquella atroz é inhumana carnicería, sino unas cuantas personas.

Desgraciadamente la lucha entre los partidarios de la Independencia y los defensores de la causa realista, se inició con una horrorosa y horripilante matanza, que no pudo contener á tiempo el jefe de la revolución, porque las multitudes enfurecidas y desordenadas son como los torrentes impetuosos, que todo lo arrollan

y lo destruyen, sin que nada pueda detenerlos en su precipitado curso.

La hazaña ejecutada con pasmoso atrevimiento por el héroe plebeyo, de gabán de jerga y de sombrero calañés, fué realmente acto de temerario valor y de patriótica abnegación. Desde entonces se hizo célebre Juan José Martínez, y la historia abrió sus páginas para inscribir merecidamente el nombre de aquel intrépido y entusiasta partidario de la Independencia. (Bustamante. Cuadro Histórico, tomo 1.º, pág. 39.—Gerardo Silva. Glorias Nacionales, pág. 15.—Museo Mexicano, tomo 4.º, pág. 205.—Zamacois, tomo 6.º, pág. 384.)

Zamacois refiere que después de la toma de Granaditas, *el Pipila* se dirigió á Mellado, llevando una red llena de oro, y que ya no se volvió á oír nada de él, porque probablemente murió asesinado.

Algún historiador ha puesto en duda que en realidad existiera Juan José Martínez, *el Pipila* y, por tanto, que su atrevida hazaña fuera cierta; pero el Sr. Castillo Negrete, en su historia de *México en el Siglo XIX* (Apéndice del tomo 3.º), consigna unas certificaciones expedidas, el año de 1833, por el General D. Juan Pablo Anaya y otras personas, en que acreditan haber conocido al mencionado *Pipila*, cuya esposa se llamaba María Victoriana Bretadillo, oriunda de Guanajuato.

Se asegura que *el Pipila* murió en el combate del Maguey, en que fué derrotado D. Ignacio Rayón, el 3 de mayo de 1811.

PITO AGUACATE.—V. CHALLO.

POCARROPA.—*José Eusebio Mártir*.

Este individuo era Capitán y pertenecía á la guerrilla insurgente de Cayetano Ramos, (a.) *Capitán Pepe*, y cuando éste fué derrotado en la Noria del Tecomate, cerca de Salinas del Peñón Blanco, por una partida del Cura realista D. Francisco Alvarez, José Eusebio se pudo escapar de ser prisionero; mas á los pocos días fué capturado cerca de Pinos, en unión de Obispo Reyes y de Rufino Blanco, todos los cuales fueron pasados por las armas en dicho lugar, el 25 de enero de 1815. (Oficio de Andrés López Portillo al Brigadier Manuel Torres Valdivia. Archivo General y Público de la Nación.)

POLVORILLA.—*Vicente Enciso*, oriundo del Real del Monte, y de oficio, tejedor.

A mediados del año de 1819 fué descubierta una conspiración

contra el Gobierno realista, en los Llanos de Apam, en la cual aparecían como agitadores y emisarios principales Marcos García y Miguel Serrano, quienes fueron encausados, por tal motivo, en Tulancingo, habiéndose descubierto también que Vicente Enciso, (a.) *Polvorilla*, era el conductor de la correspondencia entablada entre dichos conspiradores y los insurgentes de aquel rumbo; pero no se sabe si fué capturado ó si llegó á imponérsele algún castigo.

QUERETANOS, LOS.—*Guadalupe y Matías Sánchez*. V. VARIOS.

RATÓN, EL.—Se ignora su nombre.

Este cabecilla y otro, nombrado *Barrabás*, andaban á principios de 1811 por Huichapan, Cadereyta, Zimapán y otros lugares de aquel rumbo, y dícese de ellos que eran valientes y temibles; pero turbulentos y desordenados. Militaban bajo las órdenes de los Villagranes y de D. Eduardo Magos, hermano del famoso insurgente Dr. D. José Antonio del mismo apellido.

El día 3 de mayo del referido año, entraron con 200 hombres á Tequisquiapán, donde cometieron algunos robos y otros desórdenes, particularmente en la casa del Cura D. Mariano Oyarzábal, de la que se extrajeron la cera labrada que había en ella y algunos otros objetos, rompiendo la caja de los Santos Oleos, que era de maderas finas y contenía pomos de cristal, y llevándose presas á diez personas tenidas como realistas. (Clero regular y secular, tomo 112. Archivo General y Público de la Nación.—El Clero de México y la Independencia, por el Lic. D. Genaro García, pág. 140.)

RATÓN, EL.—*José María Villaseñor*, Tambor Mayor del Batallón Ligero de Infantería Provincial de México.

Se le formó causa en Valladolid, el mes de septiembre de 1811, acusado de tener correspondencia con el Coronel insurgente D. Manuel Muñiz, á quien había ofrecido unirse y llevar también otros soldados del referido Batallón.

El proceso fué adverso al infortunado Villaseñor, pues agotados todos los recursos que tocó para librarse de algún castigo, se le sentenció á ser pasado por las armas, sentencia que se ejecutó, el 4 de septiembre de 1811, fusilándolo por la espalda como traidor. (C. de I., tomo 2. Archivo General y Público de la Nación.)

RAYEÑO, EL.—*José Cecilio Ortega*. V. NIGUA.

ROMPEDORA, La.—*María Guadalupe*, india del pueblo de San Vicente, jurisdicción de Coatepec, Chalco.

Esta era una mujer viuda que se ocupaba frecuentemente de comunicar noticias á los insurgentes, acerca de lo que hacían los realistas de dicho pueblo, y de dónde y cómo se ocultaban para escapar de la persecución de los rebeldes. Algunas veces iba *la Rompedora* á Texcoco y otros lugares á darles personalmente dichas noticias, y como la conducta de esa mujer llegó á oídos del Gobernador y República del citado pueblo de San Vicente, mandó el referido Gobernador aprehenderla y formarle sumaria, acusándola también de que estaba en inteligencias secretas con el cabecilla insurgente José Zapotla para que éste y los suyos sorprendieran al Alcalde del pueblo, saqueáran su casa, lo colgaran y cometieran otros atentados contra varias personas del mismo lugar.

Sin embargo de que en las actuaciones respectivas no resultaron suficientes datos ó motivos para imponer á la reo alguna pena corporal, el Subdelegado de Chalco, Lic. D. Manuel Neyra, temía que si *la Rompedora* quedaba en libertad, se experimentarían desgracias en aquel pueblo, por lo que creyó conveniente remitir á México á la acusada; pero el Oidor Bataller dictaminó que se le pusiera en libertad, lo que se verificó el 21 de marzo de 1815. (C. de I., tomo 93, expediente n.º 17. Archivo General y Público de la Nación.)

RONCO, El.—*Manuel Aguilar*.

Este fué uno de los Capitanes insurgentes que, en la costa de Veracruz, anduvieron con el Padre Coronel D. José Antonio Lozano, y era Comandante del Cantón de Coazintla; pero en agosto de 1813 se desertó de allí, llevándose algunos hombres armados, por lo que el Padre Lozano pidió al General D. Francisco Osorno lo aprehendiese y se lo remitiera para castigar sus faltas é insubordinación. (C. de I., tomo 84, expediente n.º 2. Archivo General y Público de la Nación.)

SALMERÓN.—*Tomás Baltierra*.¹

Entre la multitud de cabecillas insurgentes que combatieron en el Bajío en defensa de la Independencia, figuró Tomás Baltierra, y aunque no fué tan notable como Albino García, *el Manco*; como Encarnación Ortiz, *el Pachón*, y como Andrés Delgado, *el Jiro*, no

¹ Parece que el nombre *Salmerón* era un segundo apellido de Baltierra.

por eso dejó de distinguirse como guerrillero audaz y valiente y como activo y buen patriota.

Salmerón apareció en el campo de la lucha á principios de 1811, y se titulaba Brigadier y Comandante de las Divisiones Nacionales del Norte, aunque se sabe que solamente llegó á mandar un grupo como de 500 á 600 hombres.

Varios fueron los encuentros y combates en que Baltierra tomó parte:

En diciembre de 1811, acompañó á Albino García en el ataque que éste emprendió contra Guanajuato, en donde, ayudados dichos cabecillas por una multitud de la plebe, pusieron en grave apuro á la guarnición realista, aunque al fin se vieron obligados á retirarse después de varias horas de obstinado combate, en que perdieron un cañón y alguna gente.

El 29 de julio de 1812, unido á Pedro *el Aguador*, atacó también á la misma ciudad, logrando solamente penetrar en los barrios de Santa Ana y Valenciana, donde, según se refiere en algunos partes realistas, cometió saqueos y otros desórdenes.

Concurrió al ataque librado por el Dr. Cos entre Dolores y Guanajuato contra las tropas de García Conde, en cuyo encuentro se portó con notable bravura, mereciendo por ello una especial mención del mismo Dr. Cos.

En enero de 1813, tomó parte *Salmerón* en el ataque que D. José María Licéaga, Velasco y Rubí emprendieron contra el Capitán realista D. Manuel Gómez, en Celaya, de cuya plaza fueron rechazados.

Finalmente, el año de 1814, anduvo unido con *los Pachones* y con Rosas, expedicionando y combatiendo por San Miguel el Grande, Dolores, San Felipe y otros muchos lugares del Bajío.

No es posible dar noticias ordenadas y completas acerca de dicho insurgente, porque ni en los documentos oficiales ni en los relatos históricos de aquella fecha, se encuentran suficientes datos para saber todo lo que Tomás Baltierra hizo en favor de la causa por la cual combatió desde 1811 hasta 1814; pero algunas veces lanzaba proclamas de carácter patriótico, para avivar el espíritu revolucionario en el Bajío.

En un parte del Comandante D. Anastasio Brizuela al Brigadier D. José de la Cruz, se dice que *Salmerón* murió en el ataque que el Cura D. José Antonio Torres y los PP. Navarrete y Uribe dieron, el 16 de febrero de 1814, en la Piedad, á dicho Brizuela.

SEGUIDILLO, El.—*Francisco Peña*.

Valiente cabecilla que anduvo unido al insurgente Vargas en la Nueva Galicia, los años de 1811 y 1812, y que sucumbió en un encuentro con las tropas del Coronel realista D. Pedro Celestino Negrete. (Historia de México por Alamán, tomo 3.º, pág. 183.)

SIMONELA.—*Simón Pantoja*. V. VARIOS.

TAMBORERO, El.—*José María N.*

Indio, originario de Texcaltitlán, jurisdicción de Temascaltepec, en la Intendencia de México.

Este individuo fué acusado de infidente y se le formó sumaria en Temascaltepec, en noviembre de 1819; pero se ignora cuánto tiempo estuvo preso y si se le impuso alguna pena.

TATA GILDO.—*Hermenegildo Galeana*, originario de Tecpan, Estado de Guerrero.

Cerca de dicho pueblo existía una hacienda llamada el Zanjón, perteneciente á D. Juan Galeana, hermano de D. Hermenegildo, de la cual éste era el Administrador.

Hombre de costumbres morigeradas, humilde, íntegro, filántropo y de constante consagración á las rudas fatigas de la labranza y otros quehaceres propios de las fincas de campo, á la par que dotado de vigorosas energías y de valor reconocido, D. Hermenegildo disfrutaba del respeto y la estimación de sus sirvientes, quienes le mostraban obediencia y le ayudaban de buena voluntad. Mas no solamente entre éstos se granjeó merecidas simpatías, sino también entre los negros de aquella comarca suriana, los cuales, conocedores de las recomendables cualidades de D. Hermenegildo, llegaron á rendirle culto de una sincera adhesión y de un espontáneo aprecio; y fué tal la popularidad que supo conquistarse, que aquellos fieles y sencillos costeños lo llamaban comúnmente *Tata Gildo*.

Acababa de estallar la revolución de la Independencia, y el fuego del patriotismo comenzó á incendiar algunos pueblos de la Provincia de Michoacán. El Cura de Carácuaro, D. José María Morelos, se habfa puesto á las órdenes del primer caudillo de la insurrección, quien lo comisionó para que organizara tropas y fuera á atacar el puerto de Acapulco. Dirigiase á dicho lugar el Cura Morelos, cuando, á su paso por el pueblo de Tecpan, se le unió allí D. Juan Galeana con alguna gente y un pequeño cañón llamado *el Niño*.

Refiere el historiador D. Carlos M. de Bustamante que D. Hermenegildo Galeana, obligado por el realista Guevara, había tenido que batir en Chilpancingo á una partida de 200 hombres enviados por Morelos desde Aguacatillo, á los cuales derrotó. (Cuadro Histórico, tomo 2.º, pág. 13.) Sin embargo, D. Juan Galeana no encontró muchas dificultades en atraer á la causa de la revolución á D. Hermenegildo, cuya ayuda fué verdaderamente valiosa para las armas insurgentes, pues este modesto y bravo suriano llegó á distinguirse como uno de los más decididos partidarios, como firme é incorruptible patriota y como luchador incansable, cuya valentía y atrevimiento rayaron en actos de sorprendente intrepidez y heroísmo.

Teatro y testimonio de sus guerreras hazañas fueron los campos de Acapulco, Citlala, Chichihualco, Tlapa, Chiautla, Tixtla, Huajuapán, Orizaba, Izúcar, Cuautla, Valladolid y otros lugares; hacer una relación minuciosa de todos los combates en que *Tata Gildo* se encontró, sería asunto de escribir muchas páginas. Preciso es, sin embargo, señalar algunos de esos combates, porque así se verá que la fama de hombre valiente que disfrutaba, no fué exagerada, ni se la crearon los partidarios de la insurrección, sino que tan justa nombradía se la conquistó él mismo con su grande corazón y con su espada, y no se la negaron ni los mismos realistas.

D. Hermenegildo comenzó á hacerse notable en los campos del Veladero y la Sabana, frente á Acapulco, donde una tropa realista lo acometió briosamente á la bayoneta; pero sin lograr desalojarlo de las posiciones que defendía (abril de 1811).

El General Morelos se dirigía á Chilpancingo, en mayo del año de 1811; pero era preciso derrotar antes al realista Garrote, lo que consiguió Galeana en Chichihualco y en Tixtla, facilitando así que aquel caudillo entrara en Chilpancingo, donde dejó con una pequeña guarnición á D. Nicolás Bravo y á dicho Galeana. Allí los atacó el Comandante D. Juan Antonio Fuentes, con ímpetu y arrojo, y estaban ya á punto de sucumbir los bravos insurgentes, por falta de municiones, cuando el oportuno auxilio del General Morelos convirtió en victoria la que iba á ser una segunda derrota, pues el jefe realista fué completamente desbaratado. En ese combate decidieron el triunfo los soldados de Galeana, acuchillando y persiguiendo al enemigo hasta Tlapa.

En Huajuapán derrotó al realista Caldeas, á quien por segunda vez pudo derrotar en Tepecuacuilco, donde encontró la muerte dicho jefe (1812).

No pocas veces se vió el intrépido suriano envuelto en inminen-

te peligro de perder la vida, como fué en el combate de Tenancingo, donde pudo librarse de recibir la muerte, gracias al grande afecto que le tenían sus soldados, pues en el momento en que iba á dispararle un balazo, casi á quemarropa, un soldado realista, se interpuso el negro Faustino Castañeda para defender á D. Hermenegildo, recibiendo en la cabeza el balazo que iba dirigido á dicho caudillo. (Cuadro Histórico de Bustamante, tomo 2.º, pág. 32.)

En Aculco tuvo que verificar una retirada difícil y atrevida, habiéndose visto á punto de ser capturado; pero su grande arrojo lo salvó, después de que él había dado muerte á tres enemigos que lo perseguían, y para escapar de otros que lo buscaban, se ocultó en el hueco de un árbol (noviembre de 1812).

Pero cuando D. Hermenegildo Galeana confirmó los timbres de guerrero intrépido y arrojado, fué en el memorable sitio de Cuautla, donde el Cura Morelos le tenía confiada la defensa de uno de los puestos de mayor importancia y peligro, en el que con indomable valentía rechazó varias veces á los enemigos, humillándolos y causándoles fuertes pérdidas.

Durante aquella gloriosa y prolongada defensa, en la que el gran caudillo Morelos, el no menos bizarro Cura Matamoros y otros valientes patriotas conquistaron merecidos laureles y brillante renombre, cosechó también inmarcesibles palmas y ruidosa fama el modesto campesino de las montañas del Sur, cuya presencia en los combates causaba verdadero terror en las filas realistas.

La intrepidez y el valor temerario de Galeana habían provocado una rabiosa emulación ó envidia entre los jefes realistas, pues algunos de éstos pretendían medir su arrojo con aquel denodado insurgente.

Un Coronel de los sitiadores lo retó á personal combate, disparándole un pistoletazo, al que respondió Galeana con un tiro de carabina que lo dejó muerto.

En otra ocasión, el indomable Galeana saltó la trinchera para combatir cuerpo á cuerpo con un Coronel apellidado Segarra, á quien mató de un balazo, y cogiéndolo de un pie, lo llevó arrastrando á la plaza, con asombro de los enemigos que presenciaron esta escena.

Antes del sitio de Cuautla se encerró en Tecualoya, donde fué batido por Porlier. Allí peleó con inusitada bravura, atendiendo personalmente á los puntos de mayor peligro. Saltó los parapetos con algunos de sus subalternos y se echó encima de los cañones del enemigo, matando á los artilleros y llevándose á la plaza dichos cañones. Porlier se vió obligado á retirarse.

Día con día hostilizaba al enemigo, y cuando Morelos le confió la defensa de *la toma del agua*, tan disputada por sitiadores y sitiados, Galeana cumplió esa peligrosísima comisión de una manera verdaderamente heroica, pues como refiere un historiador, hubo veces en que los defensores de Cuautla bebieron el precioso líquido mezclado con la sangre de los valientes que sucumbían para que no murieran de sed sus compañeros.

El caudillo Morelos, con el propósito de observar de cerca las líneas enemigas, se atrevió á hacer personalmente un reconocimiento. Galeana quiso impedir esa temeraria resolución; pero el Generalísimo no atendió á las observaciones que se le hicieron, y como justamente se temía, llegó á verse rodeado de enemigos y á punto de perecer en sus manos; pero Galeana se lanzó violentamente á protegerlo, logrando salvarlo después de una tenaz y reñida refriega.

En un combate parcial, de los que casi diariamente ocurrían en Cuautla, los soldados de Galeana, desmoralizados por la falsa noticia de que había muerto su querido jefe, comenzaban á desbandarse atacados por el realista Larios; pero advertido de esto D. Hermenegildo, hizo á sablazos que sus subordinados volvieran á la línea de combate.

Por último, cuando después de la prolongada, sangrienta y brillante defensa que el ejército de Morelos había hecho durante setenta y dos días, se decidió á abandonar á Cuautla, D. Hermenegildo Galeana llevaba la vanguardia la noche de la desocupación de la plaza, y como un centinela avanzado le marcara el ¡quién vive!, Galeana se echó encima de él, matándolo de un balazo.

Después de aquel sorprendente y memorable sitio, en que Morelos y todos sus sufridos y valerosos soldados dejaron imperecederos y gloriosos recuerdos, D. Hermenegildo Galeana siguió, como siempre, luchando con ardor y sin descanso en pro de la justa causa, y así le vemos trabar reñida lucha en Ozumba contra el realista D. Luis del Águila; en el Cacalote, completando la derrota de Andrade; en Oaxaca, ocupando á viva fuerza los conventos de Santo Domingo y el Carmen; en Valladolid, tomando la garita del Zapote y penetrando á las primeras calles de la ciudad, y el año de 1814, en Acapulco, sosteniendo rudo combate en el Veladero contra las tropas de Armijo, y en Tecpan, cayendo sobre los cuarteles realistas y apoderándose de armas, municiones y víveres.

Tales fueron, aunque muy brevemente reseñadas, las principales proezas del denodado suriano, durante su gloriosa campaña de más de tres años. Pero la negra mano del destino se empeñó en

paralizar el curso de tantas y tan envidiables hazañas, haciendo que en un día, verdaderamente triste y luctuoso para la patria, desapareciera de entre la falange de los más bravos y fieles defensores de nuestra Independencia, el indomable y benemérito *Tata Gildo*.

Ese funesto día fué el 27 de junio de 1814.

Habíase empeñado reñido combate, en Tantoyuca, entre la tropa de Galeana y la del realista Juan Ignacio Feraud, y como la suerte fuera adversa á las armas insurgentes en esa jornada, un incidente inesperado hizo que D. Hermenegildo Galeana cayera derribado de su caballo, por el encuentro intempestivo con una rama de árbol. Los realistas, que vieron ese incidente, procuraron cercar al indómito guerrero, quien al hacer esfuerzos para defenderse con su espada, fué atravesado en el pecho por un balazo que le disparó el realista Joaquín de León, quien viéndolo ya muerto, se apresuró á cortarle la cabeza, clavándola en la punta de una lanza para llevarla á Tantoyuca, donde se encontraba el Coronel D. Francisco Avilez, que había sido testigo presencial del valor de D. Hermenegildo en Acapulco y en otros lugares.

La referida cabeza fué colocada en un paraje público de dicho pueblo, donde unas prostitutas tuvieron la osadía y la avilantez de burlarse de ella y ultrajarla; pero el referido Avilez las reprendió duramente, diciéndoles que aquella cabeza debía ser respetada, porque era la de un hombre valiente.

Este terrible y duro golpe, no solamente lo deploraron con acerbica pena los fieles subalternos de *Tata Gildo* y los buenos partidarios de la insurrección, sino de un modo particular el Cura Morelos, que lo amaba sincera y entrañablemente, porque nadie mejor que él conocía los grandes méritos y las apreciables virtudes que como guerrero, como patriota y como partidario, distinguían a modesto hijo de Tecpan.

Tuvo mucha razón el Jefe Supremo de los ejércitos insurgentes, cuando, al saber la trágica muerte de Galeana, dijo que se consideraba perdido, porque le habían quitado al Cura Matamoros, su brazo derecho, y á D. Hermenegildo Galeana, su brazo izquierdo.

El historiador D. Carlos M. de Bustamante decía del inolvidable suriano, que era en extremo valiente y que siempre se le veía atacando á la vanguardia. Terrible en el combate, era un cordero en la paz; jamás había fusilado á nadie, aun teniendo órdenes para hacerlo; calculaba con acierto, y su serenidad era inalterable en los momentos más peligrosos ó comprometidos; honrado y sin

mezquinas ambiciones, se hizo respetar hasta por sus mismos enemigos.

Puede asegurarse, sin escrúpulo alguno, que Galeana es una de las figuras más brillantes, uno de los patriotas realmente immaculados, uno de los héroes que con más justo título deben vivir en el corazón de los buenos mexicanos; porque Galeana no solamente luchó con ardor y constancia inextinguibles hasta derramar su sangre por la patria, sino que, siempre fiel á sus patrióticos principios, fué invulnerable á las indecorosas sugerencias de la perfidia, de la ambición, de la cobardía y de las flaquezas vergonzosas, que nunca tuvieron cabida en su pecho repleto de abnegación y de limpio patriotismo.

Tal fué en el campo de la lucha insurgente el ínclito Galeana, á quien la patria agradecida elevó á la categoría de héroe ó de benemérito, por medio del decreto de 21 de julio de 1823, expedido por el Congreso General de la República.

TATA IGNACIO.

A este insurgente, que anduvo agregado al ejército del Cura Hidalgo, lo describe D. Lucas Alamán como un indio feroz y de instintos sanguinarios, á quien se le confió la repugnante é inhumana comisión de degollar á ochenta europeos, presos en Valladolid, de orden del mismo Cura Hidalgo, los cuales fueron sacrificados en los cerros del Molcajete y de La Batea, cerca de aquella ciudad.

Refiérese también que *Tata Ignacio*, después de haber empapado sus manos en la sangre de los infelices europeos degollados en Valladolid, siguió ejerciendo la inicua tarea de asesino y de verdugo, pues casi no había un asesinato en Michoacán en el que dejara de figurar *Tata Ignacio*, cuya inmoralidad y cinismo eran tales, que cuando el P. Luciano Navarrete le entregaba á algunas víctimas destinadas al sacrificio, aquél ponía en venta previamente, y á la vista de las mismas, las ropas que llevaban, obligándolas á despojarse de ellas para que no se echaran á perder al recibir ellos la muerte.

Parece realmente increíble lo que queda referido acerca del indio *Tata Ignacio*; pero así lo aseguran algunos historiadores que merecen crédito y aún el mismo Cura Hidalgo.

Se cree que *Tata Ignacio* murió asesinado.

TECOLOTE, El.—*Luis Antonio Conde*, originario de San Juan de los Llanos, Estado de Puebla.

Este guerrillero, de quien se dice que andaba unido á otro llamado Claudio Marín, y que era muy valiente y de depravada conducta, según el parte que el realista Joaquín Bonilla dirigió al Comandante Militar de Zacapoaxtla, el 9 de febrero de 1815, fué capturado en el cerro de Acoaco, junto con su compañero Marín y dos mujeres que los acompañaban, llamadas María Guadalupe Córdova y María Tomasa, del pueblo de Tenextatiloyan.

El Tecolote, al ser aprehendido, hizo vigorosa resistencia; pero los realistas lo rindieron á golpes de fusil.

Tanto José Antonio Conde como Claudio Marín fueron conducidos á Tlatlauqui, donde, previos los auxilios espirituales, se les sentenció á ser pasados por las armas, lo que se verificó el 13 de dicho mes.

En cuanto á María Guadalupe Córdova y María Tomasa, el Comandante de Zacapoaxtla, D. Cayetano Gómez González, que debe haber sido un hombre de alma negra y corazón depravado, las sentenció á una pena infamante, inicua. He aquí la sentencia respectiva:

«Disponga V. que las mugeres corompidas que andaban con los reos, las ponga en un perpétuo deposito, y si puede sér fuera de ese Pueblo, mejor, como Teutilan, etc., pero antes serán sacadas á la vergüenza pública, paseadas por ese Pueblo (Tlatlauqui) en burros, desnudas de medio cuerpo arriba, trasquiladas, y tan enme-ladas, que se les pegue la gran porcion de plumas con que deba cubrirse el medio cuerpo desnudo y la cabeza, etc.»

El Comandante de Tlatlauqui, D. Joaquín Bonilla, dió parte de haber cumplido las terribles sentencias contra Claudio Marín y Luis Antonio Conde, así como contra las infelices María Guadalupe Córdova y María Tomasa. (O. de G. de Realistas. Moreno Daoiz, José; tomo 2; fs. 264. Archivo General y Público de la Nación.)

TEOLOAPAM.—*Vicente Calderón.*

Fungió como Capitán de una guerrilla insurgente, por el rumbo de La Goleta, Tenancingo y otros lugares, donde era su habitual campo de operaciones, desde el año de 1814, combatiendo y hostilizando siempre á los realistas, hasta que fué aprehendido en un punto denominado Diego Sánchez, cerca de La Goleta, por el Capitán realista José María Sosa.

Se le formó luego sumaria en el Real de Sultepec, y como era de esperarse, le fué impuesta la pena del último suplicio, como consta de la siguiente orden:

«Habiendo sentenciado el Consejo de guerra de oficiales á que

sufra la pena de muerte el Reo Vicente Calderon (a) Teloloapam, y que se execute en el Pueb.^o de Texcaltitlan deverá V. salir esta tarde con su Porcion Volante conduciendo al Reo, para que llegando a dcho. Pueblo disponga V. se le administren los Stos. Sacramentos por el Pe. Cura de Almoloya qe. deve hallarse allí; y mañana á las quatro de la tarde pague sus delitos con el ultimo suplicio; deviendo colocar en el citado punto y en el paraje mas público el Braso derecho y la Caveza en dcho. Almoloya baxo los mismos terminos. Dios gude. á V. ms. as. Rl. de Sultepec, 23 de Febro. de 1818.—*Miguel Torres*.—Sor. Tente. Antonio Cosmes.» (C. de L., tomo 267. Archivo General y Público de la Nación.)

TENEZACHE, El.—*Benito Loya*.

Lo único que se sabe de este cabecilla insurgente es que había logrado reunir una fuerza de caballería y de infantería, en número respetable, pues el día 2 de abril de 1812 le presentó acción, en la hacienda de Vilela, al Comandante realista D. Higinio Juárez.

Loya tenía á su mando, ese día, 300 infantes y 500 caballos. El combate fué rudo y sangriento y duró dos horas; pero el jefe realista obtuvo la victoria, según se dice en el parte respectivo, y Loya perdió allí muchos soldados muertos, 25 prisioneros, armas, caballos y otros objetos. (Colección de Documentos para la Historia de la Independencia, por Hernández Dávalos; tomo 4; pág. 427.)

TORO, El.—*Pedro Moreno*, originario de la hacienda de La Daga, cerca de Lagos.

La inveterada y casi general costumbre entre escolares y estudiantes, de designar á sus compañeros con apodos, más ó menos adecuados, y á veces caprichosos y ridículos, alcanzó también en su juventud á D. Pedro Moreno, á quien sus camaradas de colegio designaban con el apodo de *el Toro*, tanto por su marcada gordura como por su robustez y valentía.

El Dr. D. Agustín Rivera nos hace saber que, además de esos caracteres físicos de D. Pedro Moreno, lo distinguió también el de su crecida estatura, pues los huesos del ilustre hijo de Lagos se hacen notables por su tamaño entre los restos de los otros héroes de la patria.

Para saber lo que fué D. Pedro Moreno como defensor de la Independencia y como abnegado hijo de la patria, sería preciso vaciar aquí todo lo que acerca de él ha dicho el citado Dr. Rivera en el Viaje á las Ruinas del Fuerte del Sombrero, en la Breve Contestación á D. Cirilo Gómez Mendivil y en otros folletos sali-

dos de la pluma del mismo ilustrado y fecundo historiador; pero en la imposibilidad de alargar estos apuntes, baste saber que D. Pedro Moreno ocupa hoy un lugar muy brillante y distinguido entre los más renombrados caudillos que combatieron con valor indómito por el triunfo de la libertad mexicana, hasta ofrecer el sacrificio de sus propias vidas en los altares de la patria.

Un patriotismo sincero y ardiente lo hizo abandonar sus particulares intereses para lanzarse á la revolución, en defensa de la Independencia, á cuyo fin obtuvo del General insurgente D. Manuel Muñiz la autorización para organizar en Lagos cuatro compañías de caballería, armadas y equipadas á expensas del mismo Moreno y de otros patriotas de aquel lugar.

Con esa pequeña tropa, compuesta de hombres valientes y dispuestos á combatir al lado de su digno jefe, se levantó D. Pedro Moreno en su hacienda de la Sauceda, el 13 de abril de 1814, invocando la santa causa de libertad; y con esa misma tropa hizo verdaderas hazañas de atrevimiento y de valor, en muchos encuentros contra las disciplinadas y aguerridas tropas realistas, particularmente en los combates de Piedras Coloradas, La Jaula, Los Altos de Ibarra, San Juan de los Herreros, Ojo de Agua, San Juan de los Llanos, Comanja y Fuerte del Sombrero. Sobre todo, en este último, que fué el teatro principal de sus más admirables y gloriosas proezas.

Allí, con una reducida guarnición, se defendió durante dos años contra las tropas realistas de D. José Brilanti y del Cura D. Francisco Alvarez y también contra las del Brigadier D. Pascual Liñán y D. Pedro Celestino Negrete, quienes atacaron varias veces aquella fortaleza con verdadero empeño de rendirla, sin que hubieran logrado ese intento, porque sus defensores, resueltos á luchar hasta el último extremo, no permitieron que los enemigos dieran un paso adentro del recinto fortificado, y cuando pretendían hacerlo, pagaban bien cara su osadía, dejando en los fosos ó al pie de las trincheras numerosos muertos. Sin embargo, los víveres comenzaron á escasear dentro del Fuerte, lo mismo que las provisiones de guerra, y sobre todo el agua, que fué la causa principal para que los denodados compañeros de D. Pedro Moreno no pudieran seguir resistiendo los continuos ataques del enemigo, pues reducidos á un estado precario y lastimoso, á fuerza de tantas fatigas y privaciones, tuvieron que sucumbir, doblegados por una situación irremediable y angustiosa.

En tales condiciones no quedaba á D. Pedro Moreno otro recurso que consumir un dolorosísimo y forzoso sacrificio; esto es,

romper el sitio, perdiendo los pocos elementos que allí quedaban y dejando expuestas al furor y á la venganza de los enemigos á las personas inermes que vivían dentro de la fortaleza, entre las que estaban también la esposa del mismo Moreno y sus pequeños hijos.

Así es que, tomada tan fortuita determinación, y después de haber clavado los cañones, emprendieron la salida D. Pedro Moreno, el jefe americano Davis y unos 50 hombres entre mexicanos y americanos, de los que pertenecían á la tropa del General Mina, quien algunos días antes había salido del Fuerte del Sombrero. Peligrosa y temeraria en extremo fué la empresa; pero era necesario acometerla, á riesgo de perderlo todo, en el caso de haber intentado continuar una resistencia que se hacía ya casi infructuosa é imposible, pues las dos veces que el General Mina se esforzó en introducir víveres y agua á los sitiados, no pudo conseguirlo, porque se lo impidió la tenaz resistencia de las numerosas fuerzas realistas.

En resumen, D. Pedro Moreno y los pocos que le acompañaban pudieron salir del Fuerte, el 19 de agosto de 1817, con grave riesgo de perder la vida ó de caer en manos de los sitiadores.

D. Pedro estuvo oculto en una barranca durante tres días y casi sin comer, hasta que casualmente fué encontrado por un arriero, quien lo condujo en su cabalgadura hasta el rancho del Chamuscado, donde se encontraban dos hermanas de dicho caudillo. Allí permaneció como un mes, sufriendo una fuerte diarrea, y cuando estuvo aliviado ya, siguió expedicionando por varios lugares, hasta que pudo nuevamente unirse al General Mina, con quien tomó parte en los combates de La Caja y Guanajuato; pero habiendo ambos jefes intentado tomar algún descanso, se dirigieron al rancho del Venadito, donde el Coronel D. Francisco Orrantia logró sorprenderlos, capturando á Mina, que fué después fusilado, y matando á Moreno, que sucumbió defendiéndose valientemente contra sus agresores, quienes acabaron con él á lanzas, cortándole en seguida la cabeza y conduciéndola como un sangriento trofeo, clavada en la punta de una pica. El cuerpo mutilado del indómito caudillo fué recogido después por su hermano D. Pascual y otros de sus compañeros, quienes lo sepultaron en la misma hacienda de La Tlachiquera.

La cabeza fué llevada á Lagos y puesta en un palo para que sirviera de expectación pública en aquel lugar, hasta que después de tres meses fué quitada de allí por manos piadosas y humanitarias.

Así acabó aquel insurgente intrépido, que por más de tres años combatió sin descanso y con ardiente patriotismo contra las armas españolas.

Pero si bizarra y meritoria fué la conducta de D. Pedro Moreno en los campos de batalla, su actitud asumió las proporciones del heroísmo cuando, instado por el P. D. Pedro Vargas para que aceptara el indulto que el General D. José de la Cruz le ofrecía, siquiera para salvar así á la pequeña niña Guadalupe, capturada por el realista Brilanti, é hija de D. Pedro, éste, lejos de doblegarse ante aquella capciosa proposición, respondió que hicieran lo que gustasen con su pequeña Guadalupe y que aun le quedaban otros hijos, de los que podían disponer. ¿Se puede decir por esto que D. Pedro estaba despojado en lo absoluto de los tiernos y nobles sentimientos paternales que debe abrigar todo buen padre de familia? No; es que aquel valiente campeón estaba decidido y aún obligado á consumir el más grande, el más doloroso de los sacrificios en pro de la salvación de la patria; y esta clase de sacrificios, este linaje de costosísimas ofrendas, jamás debe tenerse como un baldón ó como una mancha afrentosa. El mismo caudillo decía al General Cruz, contestando la carta que éste le escribió, proponiéndole el indulto: «¿Pero de qué sacrificios no es acreedora la Patria?»

Otros hechos de D. Pedro Moreno son testimonios evidentes de su sincero interés, de su lealtad, de su abnegación y de su ardiente y concienzudo amor á la causa de la Independencia, pues no solamente se lanzó á defenderla renunciando á la posesión de legítimos intereses, á la quietud del hogar y al bienestar de la familia, sino que, extraño á toda clase de torcidos manejos y de indecorosas ambiciones, se puso de buena voluntad bajo las órdenes del General Mina cuando éste arribó al Fuerte del Sombrero, y sucesivamente, también á las del malogrado Young y á las del Coronel Bradburn.

D. Pedro Moreno jamás manchó su carácter de soldado insurgente con acciones indignas y reprobadas, ni en su corazón tuvieron cabida la envidia que envilece y la discordia que mata las más nobles y justas aspiraciones.

Bastará leer las contestaciones á las cartas que le dirigieron el General Cruz, los Coroneles Reynoso y Ordóñez y D. José María Beretervide, proponiéndole el indulto y halagando su amor propio, para saber que D. Pedro, aparte de haber sido un hombre de claro talento y de caballerosa educación, fué también un acérrimo partidario de la Independencia, cuyos principios defendió con la firme é ilustrada persuasión de la justicia y la necesidad de hacer triunfar tan santa y tan noble causa. Así es que, íntimamente penetrado de los poderosos motivos que lo habían hecho abrazar y defender esa causa, levantó muy alto la voz en su contestación al

General Cruz, para decirle estas enérgicas y elocuentes palabras: «quiero más bien verme muerto que respirar un solo instante entre mis enemigos.»

Y así fué la verdad, porque desde que se puso al servicio de la causa nacional, hasta que sucumbió gloriosamente en manos de sus sanguinarios y enconados enemigos, no respiró otro ambiente que el de la libertad, en la justa lucha contra los opresores de la patria.

Mas no fué la muerte de D. Pedro Moreno la única ofrenda que él depositó en aras de la causa que defendía. Su hijo Luis, de 15 años de edad, y su hermano Juan de Dios sucumbieron peleando en La Mesa de los Caballos, al lado de los famosos insurgentes Matías y Francisco Ortiz, llamados *los Pachones*.

Doña Rita Pérez, dignísima esposa del héroe del Sombrero, participó con él los peligros, las miserias, las privaciones y las amarguras que experimentaron los esforzados defensores de aquella fortaleza, y cuando ésta cayó en poder de los realistas, la respetable matrona y sus cuatro pequeños hijos Josefa, Luisa, Severiano y Pudenciana, quedaron también en poder de los vencedores. Doña Rita fué conducida á pie y entre filas á la villa de León, llevando consigo á sus mencionados hijos. Allí se le puso presa en la cárcel pública y después se le condujo á Silao, donde al día siguiente de su llegada tuvo el grande dolor de ver morir á su pequeña Pudenciana, de un poco más de un año de edad. Tal vez este terrible golpe fué la causa principal de que Doña Rita perdiera también prematuramente el fruto que entonces llevaba en sus entrañas.

En vano la infortunada dama apeló á sus verdugos en demanda de compasión, pues no fué sino el año de 1819 cuando pudo obtener su libertad.

La niña Guadalupe, de dos años y medio de edad, había sido plagiada por Brilanti y el Cura Alvarez, (a.) el *Padre Chicharro-nero*, quien la habrfa inmolado indudablemente, si no se lo hubiera impedido Brilanti. Sin embargo, esa inocente criatura no volvió á ver más á sus padres, porque la retuvo en su poder mucho tiempo el mencionado Brilanti.

Las hermanas de D. Pedro sufrieron también la persecución y los ultrajes con que los realistas se vengaron de toda aquella benemérita familia de héroes y de mártires.

Por último, D. Rafael Castro, hermano político y secretario de D. Pedro, fué degollado por los realistas.

La Junta de Jaujilla, conocedora de los relevantes méritos del patriota D. Pedro Moreno, decretó, el 9 de noviembre de 1817, una pensión á su esposa D.^a Rita y á sus hermanas.

Con mucha razón el pueblo mexicano, representado por el primer Congreso de la República, pagó una justa deuda de gratitud, declarando, por decreto de 19 de julio de 1823, *Benemérito de la Patria en grado heroico* al inolvidable y esclarecido caudillo D. Pedro Moreno.

TRAJO, El.—*Anastasio Ruiz*. V. NIGUA.

TRIGUERO, El.—*Guillermo Zúñiga*, originario de Santiago Undameo.

Este guerrillero insurgente fué aprehendido, el 28 de marzo de 1814, en unión de otros seis que en la hacienda de Tirio celebraban un baile, al que habían concurrido varios cabecillas insurgentes.

Los citados presos fueron remitidos á Valladolid, donde se les instruyó causa, el mes de mayo de dicho año.

En cuanto á Guillermo Zúñiga, se pudo aclarar que, además de que era hombre de malos antecedentes, frecuentaba la amistad de algunos rebeldes y aún llegó á formar parte de la guerrilla del insurgente Cabrera.

Uno de los informantes contra Zúñiga aseguraba al Asesor de la causa que ese individuo era *pollo de cuenta* y que debía tenerse presente esto al tiempo de juzgarlo.

Varios fueron los testigos que depusieron contra él; pero al tomarle la confesión con cargos, se sostuvo firme en una completa negativa de lo que se le imputaba. El Fiscal D. Mariano Quevedo pedía la pena de muerte para el reo, en nombre del Rey; pero llevada á votación esa sentencia ante el jurado, éste opinó por mayoría que se impusiera al reo la pena de ocho años de presidio ultramarino. Opúsose á esta sentencia el Oidor Relaño, insistiendo en que la pena que legalmente correspondía á Zúñiga era la del último suplicio. En tal concepto, volvió el jurado á reunirse, y sosteniéndose en su primera determinación, confirmó la sentencia de ocho años de presidio en ultramar, la que fué también confirmada en México por el Oidor Galilea y por el Virrey.

Así es que el reo Zúñiga fué á compurgar á Filipinas una larga condena por el delito de haber sido insurgente; pero no se sabe si volvió á su patria después. (C. de L., tomo 97, expediente n.º 13. Archivo General y Público de la Nación.)

TUATO, El.—*José Medina*, de Malinalco.

Desde el principio de la revolución fué insurgente y militó en

la guerrilla de Juan Valerio, á quien ayudó en varios encuentros y saqueos por el rumbo de Malinalco. Fué capturado, procesado y remitido á la Real Cárcel de México, en octubre de 1811.

TÍO CURRO.—Se ignora su nombre.

El *Tío Curro* era un andaluz dotado de buen corazón y de carácter jovial. Se había agregado á las tropas del caudillo D. José María Morelos, quien le profesaba mucha estimación, tanto por la bondad que distinguía á dicho *Tío Curro*, como porque éste era parlanchín y amante de decir gracejadas que divertían al referido caudillo.

Durante el famoso sitio de Cuautla se atrevió el Cura Morelos á ir personalmente á reconocer una posición del enemigo, y aunque D. Hermenegildo Galeana y otras personas, previendo el grande riesgo que iba á correr, procuraron disuadirlo, no lo lograron, pues el intrépido jefe se lanzó temerariamente á cumplir su propósito. Pocos momentos después se vió súbitamente atacado por los enemigos y á punto de perecer; pero acudieron luego en su defensa algunos de sus subalternos, entre los que estaba *Tío Curro*, quien durante la refriega cayó del caballo. No se dice si recibió algún balazo ó si al caer pudo sufrir algún fuerte golpe; lo cierto es que el animoso y buen andaluz quedó casi moribundo en poder de los realistas, quienes cebaron su saña contra él, pasándolo luego por las armas. (Cuadro Histórico de Bustamante, tomo 2, pág. 42.)

VARIOS.

En diversas partes de jefes realistas se hace referencia á diversos cabecillas insurgentes que andaban en la Provincia de Guanajuato, á los que solamente se menciona por sus apodos y nombres propios, haciéndolos aparecer como rebeldes y bandoleros; pero sin señalar ningún hecho notable que los hubiera distinguido en la guerra de la Independencia.

Los referidos cabecillas son los siguientes:

ALCABALERO, El.—No se conoce su nombre.

BOTAS PRIETAS.—*Julián Macías.*

COJO, El.—*Juan Briones.*

CUATE, El.—*Antonio Velasco.*

CHINILLOS.—*Julián Valdés.*

CHIVERO, El.—*Manuel Frías.*

CHOPAS.—*Ignacio Alvarez.*

METEMANO, cuyo nombre no se menciona.

MOLE.—*Gregorio Jiménez.*

PADRE ETERNO, El.—No se menciona su nombre.

QUERETANOS, LOS.—*Guadalupe y Matías Sánchez.*

SIMONELA.—*Simón Pantoja.*

ZURDO, El.—*Tomás N.*

VELERO, El.—No se menciona su nombre; pero se dice que era originario del pueblo de Santa Cruz, Guanajuato.

Este guerrillero insurgente y los llamados *Pescadores*, del pueblo de Amoles, se ocupaban de hostilizar á los realistas, interceptando ganados y otros víveres destinados á los lugares que ocupaban aquéllos, por lo que á dichos insurgentes se les tenía por salteadores y bandidos.

El Velero fué tenazmente perseguido y logró sorprenderlo el Teniente Manuel Arvide, en un rancho inmediato á Santa Cruz, pero sin conseguir capturarlo.

Después de esto no se sabe más acerca de dicho cabecilla. (O. de G. de Realistas. Campo, Miguel; tomo 3; fs. 18. Archivo General y Público de la Nación.)

VENADO, El.—*José María Ochoa.*

Se menciona á este individuo, como uno de los cabecillas de la revolución insurgente en la Provincia de Veracruz, en la causa que se instruyó, el año 1818, en Jalapa, contra Mariano Zárate, (a.) *Niño.*

VENTA.—*José Rangel.* Originario de Otontepeque, jurisdicción de Tulancingo.

Fué procesado en este último punto, el mes de febrero de 1813, lo mismo que D. Andrés Baños, acusados de que querían entregar la hacienda de Otontepeque á los insurgentes y de haber acometido á mano armada á los indígenas del pueblo de Santa Ana.

Rangel fué sentenciado á seis años de presidio ultramarino. (C. de I., tomo 45, expediente 10. Archivo General y Público de la Nación.)

ZALEA.—*José María Flores.*

Este cabecilla tenía el grado de Capitán y perteneció á las fuerzas insurgentes que operaban en el Distrito de Toluca, el año de 1816.

Flores era un hombre á quien los realistas temían mucho, tanto por su valor como porque se le consideraba dotado de audacia y sagacidad, atribuyéndole un corazón perverso y una conducta

consagrada al latrocinio y otros excesos, que tenían asolado el campo de sus correrías.

Por esta razón se le perseguía con actividad y encarnizamiento; pero casi siempre lograba escapar, debido á su arrojo y á los ardidés con que burlaba á las tropas realistas.

Sin embargo, el Capitán D. José Vicente González logró sorprenderlo en un rancho inmediato á Tenango, donde fué hecho prisionero, en unión de dos soldados suyos, á todos los cuales se pasó por las armas, cerca de Calimaya, el 30 de mayo de 1816, sin más fórmula que haberles ministrado los últimos auxilios de la religión. (O. de G. de Realistas. Gutiérrez, Nicolás; tomo 6; fs. 224. Archivo General y Público de la Nación.)

ZAPATITOS.—V. CABALLO FLACO.

ZAPOTILLO.—*Agustín Arrazola.*

Don Francisco Arrangoiz, en su obra México desde 1808 hasta 1867, refiere que Arrazola fungió como Comandante realista en un pueblo de la Mixteca Baja y que fusiló á muchos insurgentes; pero que el año de 1813 abandonó la causa del Rey para unirse á las tropas del caudillo suriano D. Vicente Guerrero, con quien siguió combatiendo en favor de la Independencia. (Obra citada, tomo I, pág. 277.)

No fué el año de 1813 cuando Arrazola se pasó á las filas insurgentes, porque todavía en marzo de 1814 era realista, pues el día 1.º de dicho mes, unido al P. Fr. Juan Herrera, Cura de Jamiltepec, derrotó en este pueblo y en el de Tututepec á unas partidas de insurgentes, quitándoles 50 armas de fuego y 4 cajas de pólvora. (O. de G. de Realistas. Armijo, Gabriel; tomo 4; fs. 62. Archivo General y Público de la Nación.)

ZARCO, El.—*Anastasio Ramírez*, originario del Mineral de Marfil, en Guanajuato, y de oficio adobero.

El Zarco no figuró como Capitán ó jefe de alguna tropa insurgente; pero sí fué soldado de la guerrilla que capitaneaba en el Bajío un tal Fonseca, con quien militó algún tiempo hasta el mes de enero de 1819, en que lo capturó el Teniente de realistas D. José María Prieto, en la hacienda de Cuevas. Conducido á Guanajuato, se le instruyó allí causa, acusándolo de haber andado en las filas de los rebeldes y de haber dado muerte al Capitán D. Ignacio García, Comandante Militar de Marfil. *El Zarco* respondió á esos cargos negándolos con firmeza y atribuyéndolos al odio y ma-

la voluntad de los testigos que declaraban en su contra, y como el acusado apeló al testimonio de algunas personas que lo conocían desde su infancia, éstas declararon en su favor, abonándolo como hombre de bien. Esta circunstancia y la buena defensa que hizo el Lic. D. José María de Licéaga salvaron al *Zarco* de un duro castigo, logrando que se le considerara comprendido en la gracia de indulto, que le fué otorgada por la Real Sala del Crimen, el 29 de mayo de 1820, después de un año de prisión en la cárcel de Guanajuato. (C. de I., tomo 168. Archivo General y Público de la Nación.)

ZORRO, El.—*Miguel Hidalgo y Costilla.*

El ilustre Padre de la Patria, el esclarecido Caudillo de la Independencia, había hecho sus principales estudios, como es bien sabido, en el Colegio de San Nicolás, de la ciudad de Valladolid, y como la costumbre de aplicar apodosos ha sido y es muy común entre las agrupaciones de estudiantes ó escolares, los compañeros de Hidalgo, en el referido Colegio, le aplicaron el sobrenombre de *Zorro*, tal vez porque el aventajado estudiante había podido dar desde entonces evidentes muestras de sagacidad, de viveza y de cálculo.

En la causa que la Inquisición le formó desde el año de 1800, por asuntos de herejía, se dice lo siguiente:

«Que sus astucias, ficciones y engaños los exercitó en dicho Colegio [el de San Nicolás de Valladolid], de manera que sus con-
colegas le llamaban el Zorro, dando á entender en esta espresión, que así como el Zorro es animal taimado, astuto, fingidor y engañador, así este Reo era un verdadero Retrato, é imitador del Zorro en sus astucias, ficciones, mentiras y engaños, como se manifestará en esta Acusacion.» (C. de D. para la H. de la Independencia por Hernández Dávalos; tomo I; n.º 55; pág. 130.)

Lo cierto es que bajo la piel de aquel *Zorro* seminarista se ocultaba el futuro sacerdote que más tarde, poseído de ardiente amor patrio y animado por el noble sentimiento de ver libre y feliz al pueblo mexicano, acometió con heroica abnegación y arrojo la peligrosa empresa de disputar á España la libertad de Anáhuac; y entonces fué cuando el ignorado y débil *Zorro* del Colegio de San Nicolás, entró en justa y terrible lucha con el poderoso *León de Castilla*.

Esa lucha, que fué una grandiosa epopeya de patrióticos esfuerzos, de costosos sacrificios, de episodios admirables y de actos de brillante heroísmo; esa lucha tormentosa y prolongada, que em-

papó con la sangre de innúmeras víctimas nuestro querido suelo, trajo al fin, como justo y forzoso resultado, la manumisión de las castas envilecidas y la soberanía del pueblo mexicano.

¿Quién ignora que D. Miguel Hidalgo, el Sacerdote Caudillo, el eclesiástico patriota y abnegado, lanzó desde un oscuro pueblo el atrevido reto á nuestros viejos dominadores, proclamando la Independencia de esta codiciada parte de la América?

La vida política del insigne Libertador es tan conocida ya en toda la República, que apenas habrá muy pocos mexicanos que ignoren lo que el inolvidable Cura de Dolores hizo en favor de nuestra Independencia, ó que no sepan que la generosa sangre de aquel preclaro patricio fué derramada en un patíbulo como precio inestimable de nuestra libertad.

No es el objeto principal de este pequeño trabajo presentar biografías acabadas ó extensas de los personajes que en él figuran, y por lo mismo, no cabe consignar en estas estrechas páginas toda la gloriosa historia del más egregio de nuestros libertadores, á quien el pueblo mexicano recuerda con admiración y con respeto, y á quien la gratitud nacional prepara una digna y entusiasta manifestación en la próxima festividad del Centenario de la Independencia.

ZURDO, El.—V. VARIOS.